

CARLOS LA CASA



FESTIVAL

Orsai





**CARLOS LA CASA** nació en Buenos Aires en 1981. Es actor, escritor y director. Ganó varios premios en teatro y escribió, junto a Daniel Cúparo, *Sucursal*, la obra ganadora del Premio Orsai para teatro. En narrativa, ganó el Concurso de Cuento Inédito de la Feria del Libro y el Premio Sor Juana Inés de la Cruz del Estado de México por *Evita replicada*, novela que también resultó finalista del Premio Clarín en 2015 y 2017.

---

*l*  
*ligera*







# FESTIVAL



CARLOS LACASA



**Orsai**

2023, Carlos La Casa  
@escribiresdivertido

Edición: Caro Martínez  
Dirección de arte: Margarita Monjardín  
Corrección: Manuel Cantón  
Diseño de colección: Brenda Ruseler  
Diseño y maquetación interior: Laura Angriman  
Lectura para versión sonora: Matías Leiva

2023, Editorial Orsai S.R.L.  
@comunidadorsai  
Serrano 1141 | 1414 CABA

editorialorsai.com  
Primera edición: septiembre de 2023  
ISBN: 978-84-15525-38-7  
Impreso en Argentina

LUNES



Odio a la gente que hace teatro, son todos una mierda. Y lo sé bien, porque soy uno de ellos. Vos también, Julieta. Es verdad que generalizo, pero si hiciéramos un cálculo de cuántas personas en nuestro rubro merecen el calificativo de insoportables o estúpidas, lo más probable es que el número esté por arriba del noventa y ocho por ciento, eso habilita a decir «todos». Lo escribo y pienso que esa estadística quizá sea aplicable a la raza humana. Ojo, no me indulto de esa etiqueta: también soy infumable. Pero la que importa acá sos vos. Lo que voy a contar pasó porque te iba a ver y, al enterarme, me hice el boludo. Como en muchos episodios indeseables de mi vida, termino lastimado por ser deshonesto conmigo mismo. Ante algo que me inquieta, mi intuición enciende una luz roja avisándome que tenga cuidado, pero mi neurosis se despierta con máscara de pobrecita y susurra: «No seas así, malpensado, ¿por qué sos tan negativo?». Esa voz con aires de sabiduría me invita a la autodestrucción; entonces inauguro ese vínculo que no conviene, agarro ese trabajo que odio, compro esa remera que me va a hacer sentir feo. Tuve la alerta y la desoí cuando Alejandro llamó ese martes de abril, debían ser las once y media de la noche.

—Dani, estoy armando un festival de teatro, acá en Córdoba. Para septiembre. Quiero que vengas con el unipersonal —dijo.

Ni siquiera saludó. Le dije que no, tenía que suspender mis clases y eso significaba perder una parte de las cuotas de los alumnos. Además, habían pasado tres años desde la última función del unipersonal, y odiaba reestrenar espectáculos después de cierto tiempo. Lo sentía como reciclar una bicicleta olvidada a la intemperie: cuando te subís anda, pero está rota, oxidada y con las llantas comidas por las ratas. El turro de Alejandro, antes de decirme cuánto iban a pagar, incluso sabiendo que para mí era un fangote de guita, dijo lo que yo quería oír:

—Viene Juli —soltó—. Y también Nico. Podríamos comer juntos.

Los nombró así, en diminutivo, como si los cuatro siguiéramos teniendo veinte años y juntáramos monedas de un peso para comprarnos una grande de muzzarella en el Ugi's piojoso de Congreso. Pero teníamos arriba de cuarenta y, en mi caso, también una deuda enorme en dólares, cuyas cuotas se inflaban hasta lo imposible, que tenía que pagar para no perder el auto. Por eso, cuando Alejandro dijo que me querían pagar trescientos mil pesos, le pedí que me contara más, aunque ya había decidido ir. Me dije que era por la guita. Pero era por vos. Siempre fue por vos, Julieta. Hasta el final.

La voz de mi amigo explicándome el asunto me remontó en el tiempo. Vos conocés su historia: Alejandro se hartó de Buenos Aires hace diez años y volvió a Córdoba,

donde estaba su familia. Conoció a Gabriela, con quien se casó. Ella tiene un tío que trabaja en la Secretaría de Cultura, un burócrata que a lo largo de varios gobiernos logró mantenerse clavado en su cargo. Este señor adoraba a Alejandro (¿quién no?) y le dio un puesto administrativo en la Secretaría. Alejandro entendió que ahí podía trabajar poco, ganar mucho y pedir licencias, así que iba a tener tiempo para escribir. O simular que escribía, porque después no anotaba una línea. Que es lo que suelen hacer casi todos los que escriben: quejarse de que no tienen tiempo, y si lo tienen malgastarlo. Para su sorpresa, el trabajo le gustó: Alejandro coordinaba actividades culturales, conocía gente. El cargo lo mantenía activo y social, dos cosas que siempre le habían costado.

Hacía un tiempo, le habían pedido que armara el Festival Internacional de Teatro de Córdoba, y ahora quería que yo llevara el unipersonal. Porque era mi amigo, pero también porque lo había escrito él: si lo hacíamos, cobraría derechos de autor. Hablaba como un guía turístico tratando de venderme un paquete atractivo.

—Vení unos días antes —dijo—. Boludeamos, ensayamos y hacés la función.

—Sos un hijo de puta —le dije, con amor.

—Bueno, también la ves a Juli —agregó—. Capaz cogés con ella y todo. A Nico lo llevamos al monte y lo cagamos a trompadas, ¿querés?

—Calláte, forro.

—Hay trescientas lucas. Por ahí más.

—A ver, contame —dije.

Como en un dibujito animado, apareció en mis ojos el signo de los dólares y escuché el sonido de una caja registradora abriéndose. Era tan fácil: iba, me sobaban el ego después de una linda función, tomaba fernet en un lugar pintoresco con cuarteto de fondo, compraba una caja de colaciones de dulce de leche y volvía con el auto pago. Capaz conocía a una mujer. Tan fácil, si no fuera que ibas a estar. Alejandro y la puta madre que te parió.

—Vení, no seas pelotudo —dijo.

—Dejáme pensarlo.

Siguió como si le hubiera dicho «contá conmigo». Me avisó que se iban a comunicar de Cultura para coordinar. Así fue: al otro día llamaron y arreglamos rápido. Alejandro, en unas horas, había logrado levantarme el cachet a trescientos veinte mil pesos por cinco días. Además de la función, tenía que fumarme los actos que la Secretaría iba a hacer para la tribuna: dar una charlita —que para inyectarle glamour anunciarían como masterclass—, el evento de apertura, el de cierre, y alguna mesa redonda sobre la presencia o ausencia de algo en el teatro contemporáneo. Querían cerrar el festival con mi unipersonal. Lo más tentador fue que pagaban ahí mismo, con un cheque que podía cobrar de inmediato. Me ofrecieron pasajes de avión, pero me gustaba la idea de ir en auto. Con mi Volkswagen Up podía tardar ocho horas, nueve si metía paradas técnicas. Se los propuse y no tuvieron problema en pagarme los gastos. Me olvidé del asunto atorándome de trabajo. Muy cada tanto pensaba qué sería de vos, Julieta, cómo estarías. Me obligué a no meterme en redes para espiarte y cumplí.

Unos días antes de la fecha, me llamaron para ultimar detalles. Armé la valija así nomás, con unas prendas premium (o sea, camisas) para los eventos más caretas. Estuve hábil y decidí no cargar libros. En mis últimas vacaciones, solo en la costa, me llevé *Vueltas al tiempo*, la autobiografía de Arthur Miller. Unos días antes de tomarme el Flechabus (ahí no quise manejar), fui a la librería Zivals en Corrientes y Callao e hice de la compra un ritual, porque iba a ser Mi Lectura Oficial Del Verano. Llamé para reservarlo, fui a la tienda, lo pagué con gusto y lo hojeé tomando un cortado en el bar La Academia. Me había prometido ese libro durante años y estaba orgulloso de saldar mi deuda. Era largo, un ladrillo de más de seiscientas páginas. Lo cargué en el bolso con cuidado, como si llevara un cachorro recién nacido. Arribé al departamento que había alquilado en Villa Gesell, lo deposité en un estante y se llenó de polvo toda la quincena. Si llovía, compraba una porción de rabas y una Stella Artois helada y miraba programas de chimentos. A la vuelta, lo dejé en mi biblioteca. Sigue ahí. Cuando lo veo, siento que se me caga de risa en la cara, diciendo: «¡Qué al pedo me compraste, flaco!».

Lo primero que hice, después de que corté la llamada con Alejandro, fue abrir el cajón donde había guardado el texto de la obra. Estaba lleno de tachaduras, aureolas de café y notas al margen, signos que demostraban que el texto teatral es el más vivo, que sigue mutando en ensayos, como un libro que se escribe mientras se lee. Busqué el archivo en la computadora y lo mandé a imprimir y anillar. En los meses que transcurrieron entre el llamado y el viaje,

me fui reencontrando con el material. Corría un poco el sillón y ensayaba en el living. Era extraño, como si recordara un sueño ajeno. La noche anterior al viaje le avisé a mi hija que me iba (me había olvidado) y me dijo, tratando de disimular la alegría adolescente que la desbordaba, que quizá me usaba el departamento. Después, hice una boludez hermosa: armé una playlist en Spotify con la música que escuchaba en la época que pasamos juntos. Daft Punk, Red Hot Chili Peppers, Moby y otros. Le puse de nombre «Viaje a Córdoba». Siempre original yo. Cargué en la mochila la autobiografía de Miller, se la iba a llevar a Alejandro de regalo.

Subí al auto y me dieron ganas de ir al baño. Eran los mismos nervios que me agarran antes de salir a escena. Si lo pensaba en serio (¿qué es «pensar en serio»?), no iba. Habría perdido el auto, pero quizás también habría evitado todo lo que pasó. Pero nunca lo voy a saber. Porque esa mañana arranqué, puse primera y salí.

## 2

En una estación de servicio compré un café y llené el tanque. Anduve con mi ventanilla baja hasta que entré a la Ruta 9, la cerré, encendí el aire acondicionado y me puse los anteojos de sol. Empezó esa onda verde que tiene la autopista, y entré en una pausa mental. Por eso había elegido ir en auto: iba a tener horas de ese estado que es una mezcla de sueño y recuerdos, una lobotomía momentánea producida por el acto mecánico de manejar. Era también una manera de hacer balance y establecer protocolos para saber cómo operar cuando nos viéramos, aunque sabía que cualquier regla («le voy a dar la mano, no un beso», «si me siento muy atraído lo voy a esconder») no iba a funcionar y terminaría siendo de otra manera, como siempre pasaba con vos. En esa incertidumbre radicaba parte de tu encanto; en la sensación de estar en el aire sin red, como cuando se te ocurría cambiar textos en medio de una escena y era genial lo que decías, pero yo quedaba girando en falso, con unos nervios que me comían los músculos. Igual lo resolvía, tu caos terminaba demostrándome que yo era capaz de algo mejor, aunque costara calambres el aprendizaje. Qué tensión, por Dios.

Porque encima siempre fui (soy) un tenso, y como actor ni hablar. Ya lo decía mi primer profe de teatro, en la

primaria: «Ahumada, usted es tan duro que duele mirarlo». Buena onda el profe. Oscar, se llamaba. Tirador de dardos psicológicos. Si no venías con un mínimo blindaje emocional de fábrica, sus comentarios te hundían la autoestima en el fondo del océano. Yo tenía once, estaba en sexto grado. A principios de ese año, un grupo de padres y madres participaron en un acto donde Oscar —que, además de padre de dos alumnos, era dueño del quiosco donde comprábamos Mielcitas y Naranjús— jugaba a estar en un bote y sacaba el agua imaginaria con una lata, al grito de «¡Nos hundimos!». Recuerdo que me maravilló esa magia. Todos en el público reíamos, y en simultáneo yo veía la fábrica de la mentira: el marinero en realidad es el señor pelado con cara de culo que atiende el quiosco, y la lata, una de tomates peritas en conserva con la etiqueta despegada. En el segundo semestre, apareció en la puerta de la escuela un cartel hecho en papel maché: «Clases de teatro». Supe que el profe era el mismo que sacaba el agua y me anoté. Oscar había bautizado a su quiosco Lear, referencia que entendí años después. Decía que había actuado una vez con Alcón; se sentaba al fondo del aula, fumaba un Marlboro atrás de otro y se enojaba con nosotros porque no éramos Marlon Brando. A pesar de su carácter de mierda, dejó algo bueno en mí. En la mañana de mi graduación, me palmeó la espalda con tanta fuerza que casi escupo mi pulmoncito pre adolescente, me agarró la cara tan de cerca que pude oler su aliento a pucho, y susurró: «No pares, pendejo». Es el mejor consejo que recibí en la vida. Entendí que, detrás de su cortina

de humo, había alguien que me creía capaz. Vos también tenías esa mirada conmigo.

Durante la secundaria me metí en todos los talleres de teatro que pude. Terminé e hice el ingreso al Conservatorio Municipal, donde me rechazaron. Al año siguiente, volví a intentar y recibí otro bochazo. Me banqué hacerlo tres veces, hasta que entré. El mismo año que te anotaste vos y lo lograste en tu primer intento. A veces pienso en qué hubiera pasado si lo conseguía antes, o no insistía. ¿Nos hubiéramos conocido? No sé cómo aguanté, el proceso era descorazonador: se anotaban más de trescientos y podían ingresar veinticinco en cada turno, mañana y noche. No tenían turno tarde, el espacio entre uno y otro se dejaba liberado para que los alumnos ensayaran en las aulas. Ese detalle me gustó, se alineaba con lo que percibía que el arte podía darme: orden, en contraste con el delirio con el que convivía. Porque yo nací y me crié en la locura, hijo de un padre esquizofrénico y una madre alcohólica. «Parece la dupla de una obra de Albee», dijiste cuando te conté. Te mandé a la mierda, me acuerdo.

Eso fue después de que vos me contaras tu ingreso al mundo teatral, menos romántico que el mío. Una tarde salimos a caminar y terminamos adentro de una cervecería; en esa época no había tantas y tenían sillas cómodas, no estas banquetas de hierro de ahora, que parecen elementos de tortura de la Inquisición. Ya éramos compañeros de curso y novios que flotan sobre la alegría de crear, pichoncitos, que van a estar juntos para siempre. Te estoy sirviendo tu segundo vaso de Quilmes, vos comés

manías y soltás relajada, como quien cuenta el día que avizó pajaritos en su primer camping, una de las tantas veces que tu viejo las cagó a palos a vos, a tu vieja y a tu hermana. Entonces, una tarde de mucho sol, una vecina sensible te invitó a tomar la leche, porque a ese ritmo te iban a romper el brazo o las costillas. Quince años tenías. Mientras ella te hacía un café con leche y te preguntaba si querías abrir un paquete de Bay Biscuit, encontraste un libro de Editorial Losada. «Amarillo como una hoja de otoño», así dijiste. *Yerma*. Lo abriste y te gustó el perfume del papel viejo, y también otra cosa: junto a los nombres de los personajes, el libro tenía escritos a lápiz otros nombres. Eran familiares y amigos de tu vecina, que habían armado un grupo de teatro independiente en los setenta. Tenían una doble vida, y si existía otra vida podías salir de esta, dijiste. El libro te rescató, esa palabra usaste.

Llegué al primer peaje en Escobar y me metí en una fila con Telepase. Lo compré porque voy seguido afuera de Capital. La camioneta que estaba delante de mí avanzó y frenó, no le agarró la tarjeta y la barrera quedó baja. Y se quedó ahí. Sabiendo que es un procedimiento mecánico, ¿no se te ocurre pensar que la cámara no te tomó? ¿Por qué no movés el vehículo un poquito? No, el señor se quedó esperando el milagro y de atrás me tocaron bocina, como si yo fuera la madre del energúmeno. Miré a un costado, a los que pagaban de forma manual. En una cabina, una chica triste les cobraba a los conductores. Esto es un McDonald's vial, los empleados están muertos en

vida. Desde afuera, el trabajo del peaje me fascina, siempre quise escribir una obra sobre ellos y las preguntas que me disparan. ¿Si alguien se planta y no pasa? ¿Si los putean? El que está en el auto se va y ellos se quedan con la bronca. Después de veinte segundos larguísimos, el genio descubrió que podía retroceder y albricias, la barrera se levantó. Bien ahí, campeón. Pasé, me metí yo, volvió a levantarse la barrera y seguí.

Y ahí voy, fantaseando con cómo va a ser nuestro encuentro, Julieta. Me hice mil películas, un catálogo de ciento ochenta y dos escenarios diferentes. Lo concreto me devolvía la serenidad: vas a laburar para tener el auto, me decía. Me costaba horrores pagarlo. Una vez escuché decir: «Si abrazás el arte, hacés voto de pobreza». Es cierto. Si no tenés una familia que te ayude a pagar las cuentas, elegir el arte es un salto de fe. Salvo mi época de estrellita televisiva, pasé gran parte de mi vida zafando, arañando, y esos verbos que terminan en «ando» y hablan de alguien que se las (odio la palabra) rebusca, como quien vive raspando el fondo de una olla a la que siempre le brotan un par de cucharadas más de guiso recalentado, la cantidad suficiente para no morirse de hambre. Con cuarenta y cuatro años, me había hartado de esa rutina. De joven no me pasaba. Al contrario, qué alegría cuando logré el ingreso al conservatorio. El proceso es para corajudos. Te anotás en noviembre, para rendir en marzo del otro año. Y empezar en abril. Y si no entrás, no tenés nada. Algunos se anotaban en varias carreras y armaban un plan B, anticipando un fracaso. Yo no. De puro terco, decidí que si no entraba

iba a trabajar para juntar plata, tomar cursos y leer mucho. Así hice dos años. Hasta que una mañana, por fin, leí mi nombre en el listado.

Qué selección mundial de freaks era nuestro curso. Me acuerdo del Chino Rodríguez, stone que usaba un flequillo tipo Carlitos Balá y venía siempre en enteritos, incluso los días que teníamos Expresión Corporal y la profesora lo retaba porque él no podía levantar la gamba con esa prenda; de Laura Tavarozzi, que se acostó con muchos, incluidos los gais. Me acuerdo de la colorada Panebianco, que desayunaba porro; de Marina Bedrossian, que desayunaba Lexotanil; de Juan Manuel Baviera, que quería ser famoso, pero supo que había que leer y desapareció. Y, por supuesto, me acuerdo de cuando te vi.

Primer día de clases. Subí la escalera de la antigua casona que nos hacía de escuela, vi a un grupo de chicos y chicas sentados en el pasillo. Se me acercó uno con cara de loco: Alejandro. Se presentó y dijo que me había visto en una obra. Yo venía de hacer un papel en una versión muy independiente, muy libre y muy mala de *Las aves*, de Aristófanes, en una sala de mala muerte, dirigida por un ser de cuyo nombre no quiero acordarme. «Bueno tu laburo, un poco lenta la obra», dijo Ale. Lo odié, porque tenía razón. Te miré, Julieta. Estabas sentada en el piso, tenías un vestido de bambula blanco y las piernas cruzadas. «Hola», dijiste sonriendo y pensé: a la mierda. Abelardo Castillo dice en algún cuento: «Todo lo que nos va a pasar con una mujer se sabe siempre en el primer

minuto». Qué chanta sos, Abelardo. Suena lindo, eso sí. Que es lo importante al escribir, supongo. Tenías un libro enorme entre las piernas: *Crónica del pájaro que da cuerda al mundo*, de Murakami. Por favor, que esta chica no tenga novio, pensé.

Mientras catalogaba a la banda de zoológico que éramos y te espiaba, Alejandro me siguió hablando. Nos hicimos amigos enseguida. El fin de semana siguiente a que empezáramos las clases, fuimos a caminar por avenida Corrientes y metimos los dedos en los saldos de todas las librerías, abiertas hasta las dos de la mañana. Qué milagro, sólo en Argentina: una librería de madrugada, una discoteca de historias. Amaba hablar con Ale, sobre todo escucharlo. Él contaba teorías sobre conspiraciones estéticas, sobre cómo la profusión de Lo Aburrido era parte de un plan maquiavélico para dejarnos en nuestras casas y colonizar nuestras mentes. Predijo lo que iban a hacer el streaming y el celular veinte años después. Sí, éramos unos precursores. En varias áreas. Por ejemplo, ahora hay una maratón de pizza en la avenida Corrientes. Una patota de adictos a la harina prueba una porción en casi todas las pizzerías del recorrido, y elige las que más les gustan. Nosotros lo hicimos mucho antes, señores. Arrancábamos en Imperio, la que está en Chacarita. Evitábamos locales emblemáticos fuera de la avenida (La Mezzeta, El Cuartito, entre otras) porque éramos solo dos para una tarea titánica y debíamos limitarnos. Hacíamos la cata comiendo una porción al corte y sobre la barra, porque nuestras críticas serían para el pueblo, para el hombre de

a pie. Analizábamos con detalle y poesía la experiencia. «Un queso fuerte que no ataca, con leves motas de almendra, que en combinación con el tomate de excelente calidad produce un amargor dulce que se mantiene hasta el final del bocado. Las servilletas de papel áspero en ambas caras, que no resbalan y absorben, suman a la experiencia, para limpiarse con efectividad el chorreo de grasa en manos y labios. Recomendamos». Alejandro armó un blog y puso algunos de los textos. Nuestro podio quedó conformado por Banchero, Güerrín y Las Cuartetas, no necesariamente en ese orden.

Nosotros terminamos la carrera, pero él dejó en segundo año. El escenario lo ponía demasiado nervioso. ¿Te acordás de cuando pasaba a hacer una escena? Le transpiraban las manos y se ponía tenso, parecía que le había agarrado una chiripiorca. Encontró su veta expresiva en escribir. Tenía una cabeza efervescente que se descargaba en cuadernos y papelitos. En 2002 ninguno tenía celular. El primero fue Nico, apareció con uno de esos ladrillos grises con la antena de goma negra y dura, enormes e incómodos, que no se podían guardar en ningún lado. Lo digo porque a Alejandro le hubiera venido bien un artefacto para dejar notas de voz. Su tecnología de punta era una libreta Norte, con una lapicera retráctil atada con hilo de matambre a la espiral, para no perderla. Lo asaltaba una idea y la anotaba de inmediato. Esa acción me daba un poco de envidia y miedo, más que un artista creando parecía un asmático que sufre un ataque y saca el puf para rescatarse. Unos meses después de empezar

las clases, se notaba que Alejandro no estaba bien. Me acuerdo de que desapareció y no lo encontrábamos, hasta que me llamó una noche. Me contó que había estado cuatro días sin dormir y que había logrado comunicarse con el Arcángel Miguel, que le dijo que iba a llegar lejos y que tenía que cuidarse de las masitas dulces, porque lo iban a envenenar. Lo internaron dos semanas. Cuando salió estaba bien, pero no volvió a cursar con nosotros ni a actuar. Se metió de lleno con la escritura. Durante un tiempo, nos dio un taller en la casa de Nico. Hacíamos un ejercicio solo: analizar diálogos malos. Decía que había que entrenar el detector de mierda, como indicaba «San Hemingway». Traía en VHS películas con Mirtha Legrand, con Luis Sandrini, todas las dirigidas por Enrique Carreras, que grababa del canal Volver. Las reproducía con el volumen al máximo y hablábamos de los textos en detalle, para entender por qué eran insufribles. Le daba pudor cobrarnos, le pagábamos con cigarros que yo compraba en nombre del grupo (éramos cuatro) en una tabaquería en Uruguay 50. Cuánto amor que le poníamos.

En el kilómetro doscientos, apareció una YPF. Siempre me resultó excitante ver una estación de servicio en la ruta, me entran ganas de parar, aunque no lo necesite. Será que hacer una pausa en el viaje es una manera de reafirmarlo, parada en boxes con refrigerio para volver mejorado al movimiento. Digo boludeces, Julieta, ya sé. Pero hice toda la ceremonia: metí el auto en uno de los lugares de estacionamiento, compré un café adentro, salí y me alejé

para fumar un cigarrillo, que me costó encender por el viento. Hice mi pis reglamentario antes de seguir. Volví al auto, sonaba el tema «Universally Speaking», de los Red Hot Chili Peppers. Estaba orgulloso de mi playlist.

Cuando conocí a Nicolás, me pareció insoportable. El primer día de clases se presentó con nombre y apellido: «Yo soy Nicolás Eduardo De Santamarina». Me hizo acordar a «Soy Íñigo Montoya, tú mataste a mi padre, prepárate a morir». Era alto y flaco, o más bien largo, porque medía un metro ochenta, que no es gigante, pasa que daba la sensación de que se estiraba. Contó que había leído todo Meyerhold, todo Grotowsky, todo Eugenio Barba. «Todo *literab*», remarcaba, «para conocerlos y refutarlos». Se sintió más atraído hacia Strassberg y el método, lo había leído en inglés y viajó a New York seis meses, para hacer seminarios en el Actor's Studio. Yo asentía, pensando que mi máximo contacto con la teoría era un libro de Stanislavsky mal traducido y medio roto, robado en un puesto del Parque Rivadavia. Algunas cosas hicieron que Nicolás y yo pronto nos lleváramos bien. Una fue advertir que, aun habiendo nacido en una cuna bastante más cómoda que la de la mayoría de los mortales, él se rompía el lomo laburando. Eso me despertó admiración y respeto. Armaba sus ejercicios y escenas con dedicación, lo veías repasando en el patio y otros rincones de la escuela, parecía el dueño de una empresa con su actitud y eso generaba el rechazo de los ilusos que sostenían que «en el arte no se puede planificar, hay que fluir». Concepto lindo, si no fuera porque después lo que fluye es la pobreza y no pueden pagarse ni el viático

para ir a la función. En Nicolás esa actitud hizo que se destacara, los resultados de su trabajo sostenido se notaban. A mí me costaba más, tenía que articular el estudio a la mañana, ocuparme de mi casa y el trabajo de mozo en Noctiluca, un bar medio pelo en Colegiales. Mi tiempo libre lo usaba en lavar ropa y esas minucias cotidianas. Si quería relajar, fumaba porro, que siempre tenía a mano, porque vivía en una casa compartida con otros cuatro soñadores que fueron pioneros en el autocultivo y tenían un stock enorme. Nicolás me enseñó a organizarme, en las salidas invitaba y decía que le devolviera la guita después. Los dos sabíamos que eso significaba «nunca». Estos gestos se los agradezco.

Estaba con él cuando te vi de una manera diferente, Julieta. Cuando me pasó algo que no era solo deseo. Teníamos clase en el aula que más nos gustaba, esa larga con piso de madera, cortinas para lograr el apagón y jugar con las luces. Pasaste a contar una anécdota. Un ejercicio teatral tan bobo como alcahuete de lo que uno es, porque no hay manera de ocultarse y todo intento por escondernos termina revelándonos más. Estabas descalza, tenías el pelo atado con una trenza prolija, una musculosa naranja y una pollera de bambula verde con toques de azul. Te sentaste sobre un cubo de madera gris, cruzaste las piernas con una elongación que nunca tuve ni tendré, y empezaste a contar que cuando eras chica tu mamá te llevaba en el tren Sarmiento a ver a tu abuela. Pero antes de salir, tu vieja calentaba leche en un jarro de acero inoxidable que las mujeres de tu estirpe se venían heredando

desde la época de Rosas, y las dos miraban juntas, de la mano, cómo subía la espuma al hervir la leche y ella apagaba la hornalla antes de que el jarro rebalsara. Sobre tu voz cortada por la emoción, escuché: «Linda piba, ¿no?». Era Nicolás, a mi lado. Asentí, sin dejar de mirarte. «Ah, vos estás recontra enamorado ya», dijo. Todavía hoy, con un divorcio en mi haber, algunas parejas clase B y otras buenas, no tengo idea de qué es estar enamorado. Si me apuran, digo que el amor se parece más a quedarte en un sillón con alguien que te gusta que a estar caliente. En ese momento quise abrazarte y que me contaras la anécdota a mí solo. Te aplaudieron mucho. Vos llorabas.

Armamos un lindo grupo ese primer año. Estábamos con estos loquitos que recordé y los viernes hacíamos fiesta en lo de Panebianco, una antigua casa chorizo, de esas que habían sido conventillos a comienzos del 1900. Se la copábamos el fin de semana para ensayar y tomar fuerte. Pero Nicolás, vos y yo habíamos hecho un subgrupo siamés que compartía todo menos el baño. Íbamos al teatro, comíamos, charlábamos sin parar, nos quedábamos a dormir en casa de Nicolás. Los primeros meses ninguno quiso tocarte un pelo, como si fueras una hermana o como si el acto de pasar al plano físico manchara esa amistad que nos parecía sagrada. Igual, en el curso ya habíamos empezado esa competencia adolescente de acostarnos todos con todos, menos con los que de verdad queríamos, porque le teníamos pánico al afecto. Especialmente yo. Y pasó que compramos entradas anticipadas para ir al teatro, y el día de la función Nicolás llamó y dijo que no se sentía bien,

que no iba a venir, y que le diéramos la entrada a alguien. Pero decidimos ir solos. Ahora que lo escribo, creo que no se enfermó: quería eso, que vos y yo nos encontráramos. O sabía que la obra era un desastre: nos clavamos un bodrio en el Teatro San Martín, un pastiche fabricado con las cartas de unos exiliados uruguayos. Un rato después, en una pizzería, comiendo una porción de parados y compartiendo un chopp porque no nos daba para más la billetera, te hablé con vehemencia:

—¡Estoy harto de que me quieran educar en el teatro! —dije, y mastiqué un pedazo de mi fugazzeta—. Tienen que avisar si van a dar lecciones, así elijo venir o no.

—No entiendo.

—Claro, Juli —dije, embaladísimo y nervioso por tenerte para mí—. No tengo nada contra los exiliados, aclaro. Para que no me acusen de que me gustan las dictaduras. Pero no voy al teatro a saber que son algo malo. ¡Eso ya lo sé!

—Ajá.

—Voy a que me cuenten algo. Chiquito, aunque sea. Siempre tuve repulsión por la moraleja en la ficción. Desde los cuatro años, para ser exactos. Con He-Man.

—¿Qué te pasaba?

—Terminabas un capítulo lleno de acción y suspenso. Al final, te ponían un personaje explicando lo que habías aprendido. Los odiaba. Si ya lo vi, no me lo expliques, amigo. Es como explicar un chiste, pierde la gracia.

Te reías. Sentí que me mirabas de una manera distinta, la ausencia de Nicolás había dejado espacio a lo

que podíamos ser nosotros. Caminamos por Corrientes. Cuántos momentos hermosos le debo a esa avenida. Mientras yo vociferaba que, encima de la lección de moralina, la entrada había salido cuatro pesos y eso era lo que ganaba en una quincena, me diste el brazo. Cuando hay amor, ciertos gestos son más excitantes que una foto en bolas. Pasaste tu brazo entre mi bícep y mi pecho, yo hice ángulo con el antebrazo, y vos te dejaste descansar sobre mí. Te dije que esa caca que habíamos visto era como un podólogo que te engaña. Vos confiás en que va a hacer su trabajo, pero cuando te tiene agarrada del dedo gordo del pie aprovecha que te tiene de rehén y suelta: «Quiero contarte de algo llamado Socialismo, es muy lindo y vas a ser mejor persona por conocerlo». Dijiste que tu vieja y tu hermana no estaban. «Vamos», dije. No quería estar en mi casa y lo bueno de ir a la tuya era que no necesitábamos plata, podíamos tomar y comer lo que hubiera. Ya habíamos pasado muchas tardes, tu vieja tenía unas galletitas de coco riquísimas que guardaba en una lata antigua, podíamos bajarnos eso de postre.

Llegamos cerca de las doce y te pregunté si tenías una birra. «Me tomaría un mate», dijiste. «Dale», te dije. Vi un jarrón y te pregunté si era el mismo donde tu vieja hervía la leche. Me confesaste que la anécdota no existía, que querías mentir para ver si te creían. Te aplaudí. Pusiste la pava, diste la vuelta y te besé. Te quedaste quieta, medio no entendiendo y medio disfrutando.

Nuestra primera vez no tuvo nada de extraordinario. Al contrario, fue bastante mala: yo acabé rápido de los

nervios, en el medio te dije que te quería y me morí de vergüenza. Vos estabas tensa. La mañana siguiente dijiste: «¿Ahora qué hacemos?». Sentíamos que habíamos traicionado a Nicolás. Una boludez, en ese momento parecía una catástrofe. ¿No es así la adolescencia? O la vida, capaz. Debatimos próximos pasos, como si tratáramos un asunto de seguridad nacional. Llamamos a Nicolás al mediodía, lo invitamos a merendar a tu casa y le contamos. Se alegró y dijo: «Por fin, estaba harto de la tensión sexual entre ustedes». No podíamos creer que desde afuera se viera tan clara.

Casi a las dos de la tarde, unos kilómetros después de San Pedro, vi una parrilla hecha de troncos con techo de paja. Paré. Me senté al aire libre. El mozo usaba una musculosa blanca, tenía colgada del antebrazo una servilleta mugrosa y se movía como si tuviera otras ocho cosas más urgentes que hacer antes que atenderme. «¿Con qué vamos, maestro?», me preguntó, pasando la servilleta sobre la mesa de madera. Pedí media porción de entraña y cambié las papas fritas de guarnición por una ensalada mixta, para sentirme más fit. Cuando estábamos juntos podíamos comer todo el día, cualquier porquería. Hoy, si como un flan mixto, necesito ocho días de ayuno para sacarlo de mi cuerpo. Pagué en efectivo y dejé una buena propina. Encendí un cigarrillo y decidí que sería el último del viaje, no iba a volver a parar. Fumé mirando tu perfil de Instagram, meditando si te avisaba que iba a ir. Imaginé que sabías. En otra mesa, una pareja me miraba y cuchicheaba, sospeché que debatían sobre si yo era famoso

o solo les recordaba a alguien conocido. Resabios de mis antiguos trabajos televisivos. Apagué el cigarrillo en el cenicero de lata sobre la mesa, saludé con la mano al mozo, subí al auto y arranqué.

Nunca imaginé, Julieta, que esa noche íbamos a inaugurar una relación tan larga y hermosa. Tenía veintiuno y mi legajo consistía en dos noviazgos durante la secundaria. Uno con una compañera de curso (Lourdes: rubia, alta, muy buena onda) que duró varias semanas, y otro con una compañera de un taller de teatro (Analía: rubia, bajita, cara con rasgos indígenas, inteligentísima) con la que había logrado mi récord de once meses. Ahora sentía lo que nunca: no quería que nos despegáramos. Vos tampoco. Éramos dos pendejos sensibles y calientes que cogíamos en todos lados. ¿Te acordás la tarde que nos metimos en la terraza del conservatorio? En verdad era el techo de una oficina, tenía una escalera medio escondida, a la salida de una ventana. La descubrimos una tarde después de una clase de maquillaje, nosotros íbamos a la mañana, pero ese seminario se hacía en contraturno. Eran las siete y oscurecía. Encontramos ese huequito y trepamos, dijimos «qué linda vista», y no sé cómo a los dos minutos estábamos uno arriba del otro, moviéndonos tipo samba que pierde los tornillos, ese traqueteo juvenil que nos producían las hormonas, la juventud y la adrenalina de estar en un lugar donde no corresponde estar ni hacer lo que estábamos haciendo. Vos abajo y yo arriba: esa era la postura en la que terminaban nuestros encuentros. Decíamos que, en la cama, éramos Shakespeare: clásicos y

efectivos. A veces cogíamos riéndonos, eso me gustaba. Y no digo sonriendo, digo con carcajadas mezcladas con los gemidos, reíamos porque éramos inmortales y lo nuestro iba a durar para siempre.

De esa época, atesoro una fila de diapositivas mentales. Vos tomando café doble para despertarte, sentada en el pasillo de la escuela. Nosotros viendo teatro de la mano, o escapándonos aburridos en medio de la función, o revisando ferias americanas para hacer acopio de vestuario. Si alguno estudiaba un texto, nos cebábamos mate y nos tomábamos la letra. Las horas eternas que pasamos fumando en tu habitación debatiendo cómo poner una luciérnaga en una escenografía. «Pero una luciérnaga de veras», decías, con un gesto serio, pero yo te explicaba que el primer paso era cazarla y ahí desechas la idea, sin contar con que el bichito no tenía perilla y se iba a prender o apagar a su antojo. Cosas que en el momento son mínimas y luego comprendemos que fueron destellos de lo trascendental. Fuiste mi primera compañera de vida, concepto que había oído más de una vez, pero que antes de lo nuestro me sonaba a tener una amiga peronista. Cursar juntos tenía una desventaja: si nos peleábamos, estábamos obligados a compartir el día. Igual, éramos dos bambis, no durábamos separados ni cinco minutos. Alejandro nos decía «los imbéciles enamorados». Muchas cosas las seguíamos haciendo los tres, con Nicolás, incluso si él se ponía de novio. Cosa que pasaba seguido, porque sus parejas no le duraban más de dos meses. Los veranos pasábamos unas semanas juntos

en la casa de tu abuelo en San Clemente. Cuatro años duró esa fiesta.

Ya antes de recibirnos, Nicolás, vos y yo queríamos tener proyectos. Nos metimos a averiguar por obras que amábamos, y conocimos el infierno para adquirir los derechos de autor. Primero, había que encontrar quién los tenía. Segundo, nos querían cobrar como si fuéramos productores de Broadway. «¿Quieren hacer diez funciones de *Muerte de un viajante*? No hay problema, son seis mil dólares». Con eso vivimos doce años, señor. Tampoco nos gustaba la idea versionarla sin declararlo, o solo cambiarle el nombre. Conocíamos uno que tenía una escuela, donde hacían obras conocidas de esa manera: a *Art* le pusieron *El cuadro*; a *Historia del zoo*, *El banco de plaza*. Los proyectos que nos ofrecían rara vez nos entusiasmaban, porque el texto no nos gustaba, no aguantábamos a alguien del equipo o todo eso junto. Éramos unos rompebolas importantes. Y encima, ambiciosos. Una noche, hartos de no encontrar materiales, decidimos que íbamos ser los Soda Stereo del teatro, un power trío que escribiera, produjera y dirigiera sus piezas y les volara la peluca a los espectadores, a pura energía de rock teatral. Era nuestro cuarto año del conservatorio, el proyecto final para recibirnos era el montaje de una obra y nos había tocado el peor profesor del mundo: Antonio Melián, que llegaba dos horas tarde a todas las clases y no daba ninguna explicación por eso. Se teñía de negro caoba y olía a colonia barata, con la que trataba de ocultar su olor a alcohol, que era más barato que la colonia. No queríamos abandonar, ni volver otro año y lo hicimos

sin ganas, pero después de clase nos quedábamos los tres leyendo obras y pensábamos qué armar. Debatíamos para defender nuestras posturas. Ustedes querían hacer *Señorita Julia*, de Strindberg; dije que era un bodrio y discutimos hasta que nos tiramos pepas y bizcochitos. Decidimos tomar escenas de Molière y armar sketches sueltos. Tratamos de escribir los tres. No pudimos. Te quedaste con la tarea y le encontraste una linda vuelta. Alejandro nos dio una mano grande. Hicimos cuatro funciones en un teatro en un sótano, en Banfield. Qué mística, por favor. Recibidos, enfocamos en crecer como grupo. Nos sobraba la energía y nos adorábamos. Soñábamos con fundar un movimiento como el de los sótanos de Buenos Aires en los ochenta, un Parakultural del siglo XXI. Dejé de trabajar de mozo y dediqué mi tiempo a nuestros espectáculos y a ir a castings de publicidades. Estaban lejos de lo que para mí era actuar, pero si no tenés un mango, con un comercial laburás una jornada y salvás el mes o más.

En la ruta, un auto se me puso al lado y tocó bocina: un hombre me había reconocido, a pesar de los lentes oscuros. Adoro cuando me saludan como si fuera un amigo. Los entiendo: me vieron en la tele, pasaron horas conmigo, sienten que soy de la familia. Yo trato de ser amable y retribuyo los saludos o acepto la selfi, si la piden. Hoy día estoy en una zona fantasma: dudan cuál es mi nivel de fama, para decidir si vale la pena saludarme, pedirme una foto o ignorarme. Manejando me suele pasar: freno en un semáforo, y quien queda a mi lado me mira con gesto de «a este lo tengo de algún lado». Este hombre tocó bocina

otra vez, despacito, dejando claro que no era al de adelante, sino a mí. Nos saludamos con la mano. Avanzó, lo dejó irse y seguí camino a vos, Julieta.

Hicimos tres espectáculos con buenas críticas y horrible recaudación. Estaba harto de patalear para no caer bajo la línea de pobreza. Cuando tenía ganas de mandar todo a la mierda, me cayó el casting que me puso en la tele. Había dejado fotos y currículum en cuanto agente, representante o contacto tuviera, y me llamaron de Usina, una de las pocas agencias que me trataba bien. Una serie de eventos afortunados terminó conmigo en el prime time: el dueño de la agencia era amigo de un empresario que compró parte de un canal y quería empezar a producir. Usina tenía la tarea de elegir los papeles secundarios para una nueva tira diaria y llamó a cinco personas, una era yo. Uno de los convocados cayó enfermo, otro no sabía la letra, otro era conocido y querían caras nuevas, sospecho que para pagar menos. Quedamos dos. Y yo estaba tan desencantado, tan decidido a que este iba a ser el último casting de mi vida, que me relajé; y eso, en contra del postulado que sostiene que para hacer algo bien hay que «darlo todo», puede hacer que una actuación sea gloriosa. Nada más atractivo que aquello que se te presenta con la actitud de «no me importa si te gusto». Por eso mismo no podés dejar de mirarlo, es un acto de autoafirmación. En ese momento no me di cuenta. Al contrario, me acuerdo que salí del casting y me subí al colectivo decidido a trabajar de mozo otra vez. Basta del sueñito de actor. No daba más, había llegado al límite de mi frustración.

Me llamaron a los dos días: «Quedaste, pibe». Me acordé de Oscar, dándome el consejo de que no parase. Vos y yo, Julieta, tomamos un café con leche y hablamos, porque iba a tener que dedicarme exclusivamente a eso. Mi vida cambió por completo. Grababa de siete de la mañana a siete de la tarde. Tenía que estudiar letra. Llegaba roto a nuestros ensayos, a veces una grabación se extendía y no iba. Dejé nuestro espectáculo y decidimos que el nuevo lo iban a hacer Nicolás y vos, no me daba el tiempo ni el cuerpo. Iba a sumarme después, sabiendo que hacerme conocido nos podía ayudar a llevar gente a la boletería. Pasó algo más grande: la tira salió y fue una bomba. Recuerdo tu cara la primera vez que me saludaron en la calle. Se acercó una chica de quince años, me pidió un autógrafo y la miraste con odio. Me dieron ternura tus celos. Nosotros casi no nos veíamos, salvo fines de semana y conmigo medio zombi por el sueño. No te digo que la fama se me había subido a la cabeza, pero estaba contento. Tenía veintitrés, ganaba en un mes lo que antes tardaba dos años en juntar, actuaba en la tele, me ofrecían teatro comercial y hasta cine. A las grabaciones se sumaron notas, anuncios para hipermercados, y «presencias», que hice con culpa; me parecía un robo que me dieran guita por estar sentado en una disco, tomar gratis todo el alcohol que pudiera, dejar que me sacaran fotos con las primeras cámaras digitales y volver a casa a dormir.

La tira duró un año. Casi terminando, pasó lo de ustedes. Decías que los ensayos con Nicolás iban bien, pero teníamos que juntarnos para ver si seguíamos,

disolvíamos el grupo o parábamos un tiempo. Yo tenía la tira, vos estabas metida en varios proyectos y ya dadas clases, a Nicolás lo habían llamado para dirigir en el Cervantes. Nos estábamos haciendo grandes. Quedamos en vernos a las siete de la tarde, en mi departamento, al que me había mudado gracias a mi sueldo y que les prestaba para ensayar, porque era la vivienda más cómoda. Justo ese día, después del almuerzo, el estudio se quedó sin luz por un problema eléctrico. No lo pudieron resolver y a las dos y media nos liberaron. Fui en remis a casa, quería llegar temprano y recibirlos bien. Tendría que reírme después de esta frase.

Cuando leí el cartel que decía «Córdoba: 88 kilómetros», iban siete horas de viaje. La ruta se volvió lenta, había un embotellamiento. Me acordé de Cortázar y su autopista del sur. No avanzábamos nada. Odio esto y las estupideces que empiezan a suceder alrededor: el que se altera a los siete segundos y cree que tocar bocina nos va a convertir en helicópteros; el que se baja, camina hacia delante para descifrar el misterio y si la fila avanza tiene que volver corriendo para meterse adentro del auto. El peor es el que camina unos pasos, no descubre nada y se apoya en tu ventanilla para contarte ocho teorías sobre el motivo que nos frena, ninguna basada en evidencia concreta. Nótese que hablo con el género masculino, nunca vi a una mujer haciendo estas boludeces. Uno descubrió que en un auto había una embarazada y le preguntó si necesitaba ayuda. Ese me cayó bien. A los diez minutos, avanzamos despacito, un tramo. Y frenamos. Después lo mismo. Así

cinco o seis veces. Entonces vi un camión de carga sobre el pavimento, parecía un insecto gigante que en el medio de su marcha decidió tirarse a dormir. Por las marcas de las ruedas en el asfalto, sospeché que había perdido el control y derrapó. A unos metros, unos conos rodeaban un auto destruido y con las ruedas hacia el cielo. Me pareció que había alguien adentro. La fila se hizo más angosta, hasta que pasamos el sector del accidente. No pude con mi vicio, producto de haber escuchado frases sónicas, del estilo «un actor tiene que ser un detective de la vida». Bajé la velocidad y miré adentro del auto: no había una persona. Había varias. Distinguí siluetas y manos torcidas. Seguí el viaje con culpa, como si tuviera la obligación de detenerme y ayudarlos.

Y entonces llegué a casa. Dieciocho de agosto de 2003. Lunes. Claro, me acuerdo la fecha. ¿Querés más detalles, Julieta? Antes de entrar, pasé por el supermercado chino de enfrente y compré un paquete de galletitas Melba. Tenía que comer sano y poco, la tele me exigía energía y delgadez, pero esa tarde quería darme un gus-tito. Abrí la puerta y la imagen, antes que sensual, me pareció monstruosa. No porque la mujer que amaba y un amigo estuvieran cogiendo. O sea: no por eso, que sí dolió. Lo primero que pensé (te lo juro por mi hija) fue que me estaban arrugando el cubre sillón, hermoso y carísimo. Un detalle estúpido, claro. Quizá fue una manera de protegerme contra el dolor. Y sí, dije «monstruosa». Porque espiar la intimidad ajena revela que el sexo no es puro ni bello, como cuentan las películas. Ninguna: las

porno exageran y suben la vara a niveles fantasiosos; a los hombres nos hacen creer que deberíamos tener un termotanque entre las piernas y aguantar cuatro horas antes de acabar. Las otras, las eróticas o las que solo tienen escenas de sexo, muestran el acto como una coreografía del Bolshoi. Nunca se despeinan. Ninguno se pone forro. Cuando acaban nadie va al baño, ni se lavan. Es momento de dejar de poner escenas de sexo en las ficciones. Si contaron que dos se gustan y entran a una habitación, después de mirarse con ganas y tomar vino, la imaginación trabaja sola. Hoy cualquier púber vio más cosas explícitas que todos sus antepasados juntos. Hay que hacer al revés: mostrame qué pasa adentro del cuarto cuando lo que vayan a hacer no sea tener sexo. Si el tipo le va a hablar de inversiones cripto vestido de payaso o ella va a hacer sonar una corneta haciendo la vertical, me interesa. Si no, cierren la puerta, y lo que hemos visto y vivido completará el resto.

Pero me fui de tema. El tema de vos cogiéndote a Nicolás. No entendí qué era esa criatura gemidora, mi cabeza no podía conectar lo que veía con ningún concepto. Fueron dos segundos, me resultó una eternidad esa rotunda cognitiva en mi cerebro, tratando de dar sentido a la escena. Después sonreí. ¿Te conté? No, nunca hablamos de esto. Quiero decir, hablamos, pero no del momento en sí. Te miré. Estabas en tetas y con los ojos cerrados, el pelo suelto y cabalgando como sentada en un jueguito mecánico. Gritaban tanto que no se dieron cuenta de que yo había entrado. Pensé que exageraban, como cuando no

tenés tantas ganas y cedés por aburrimiento o por hacerle un favor al otro y gritás fuerte, para que parezca que estás muy caliente. Actuar, se llama. Me viste y te costó salir del sexo. Eso me mató. Abriste los ojos, que preguntaban «¿qué hacés acá, no venías más tarde?», pero tu boca, Julieta, decía otra cosa. Me la acuerdo perfecto, podría dibujarla: los labios hinchados, con esa tensión que anuncia la cercanía del orgasmo. Todas tus terminales sensibles conectadas a la pija de este hijo de mil puta adentro tuyo, activándote los circuitos de placer reptil que te encarcelaban. Va a sonar machista y no me importa, porque creo que es la verdad: pensé que conmigo nunca habías disfrutado de esa manera. O quizá sí, pero verlos me hizo sentir que nuestros rounds de amor de esos años no eran nada contra esta pelea por el título mundial, que te tenía a vos como ganadora indiscutida.

Descubrí también que las ficciones mienten en cómo se reacciona a estas situaciones. Busqué las escenas similares que había visto. Lejos de asistirme, se atoraron en mi cabeza, como una multitud que quiere salir por una puerta diminuta. Me quedé tarado, en la acepción exacta del verbo: me taré. Unos segundos después dije: «Qué pedazos de hijos de puta», y aplaudí. Vos te levantaste del sillón, estabas con la pollera de bambula con la que yo me enamoré de vos, la que muchas veces te habías dejado puesta para hacer el amor conmigo, y eso terminó de romperme el corazón. Lo siguiente sí fue digno de una comedia de verano en Carlos Paz: te paraste y te tapaste las tetas con las manos. Decías «perdón» y frases derivadas. Te había

visto desnuda mil veces, pero te encontré sobre otro y te agarró pudor.

Nico levantó su ropa y encaró para el baño; le dije que no, que se cambiara y se fuera. Cruzamos miradas los tres, en silencio. Ustedes con la respiración agitada, yo con el corazón golpeándome en el pecho, a punto de reventar. Caminé tranquilo por el medio del living, un caballero medieval metiéndose impertérrito a la cueva del dragón. Entré a la cocina y no cerré la puerta. Decidí que iba a comer mis Melba y con eso recuperaré un poquito de autoestima. Me había caído un recreo después de meses, quería disfrutar de mis galletitas favoritas y ustedes dos, manga de mierdas, no iban a arruinarme el momento. Abrí la canilla de la piletta. Sobre el ruido del agua entrando a la cafetera, escuchaba tintineos de cinturones, hebillas, elásticos y calzados. Eran ustedes, que se cambiaban sin hablar. Cuando saqué la lata de café de la alacena, me di cuenta de que me temblaban las manos. La puerta se abrió y se cerró: era Nicolás yéndose. Puse el filtro en la cafetera, la cargué con café y la encendí. Fuiste al baño. Escuché que tiraste la cadena. Volviste bien peinada y oliendo a mi desodorante. Te pregunté si querías un café, mientras aguantaba el llanto.

No recuerdo mucho de nuestra conversación, estaba despertando de un knockout. Conservo retazos de frases. «No quería lastimarte», dijiste en algún momento. «Me hacés cagar de risa», respondí. Mi pregunta principal era «¿por qué?», hábito que teníamos ejercitado por la pretensión de entender a los personajes, buscando los motivos de

sus actos. Quería encontrar la lógica, aunque no era ilógico que te estuvieras acostando con otro, porque estábamos como el culo hacía rato. Resumiendo, pediste perdón y te fuiste. No hubo que aclarar que el trío teatral no existía más. Lloré horas, en un momento ya no sabía bien por qué. Incluso lloré de cansancio, el régimen de sueño que imponían las grabaciones demandaba una exigencia que me volvía loco. No hablamos por una semana, nos juntamos para devolvernos algunas cosas y no te vi más. Llamé Nicolás y le corté. Fue su único intento. Sin solución de continuidad: corte total con los dos.

Pasé por todas las fases. Primero, negación, para poder seguir. Después, una angustia arrasadora, que drenaba yendo a correr. Me ayudó estar tapado de trabajo. A la tira le iba bien, eso abrió otras puertas y era fácil acostarme con alguien en la cima de mi fama. Terminé de grabar a fin de ese año y me rajé a México. Cerré el duelo ahí, ocho o nueve meses después. Al otro año seguí en la tele, en una tira que duró poco. Al tercer año me harté y no agarré. Empecé a dar clases. Conocí a Marina, que era asistente de producción en una obra que se anunció con bombos y platillos y pasó por la cartelera porteña sin pena ni gloria. En la cena de nuestro primer aniversario, me dio una caja con un moño. La abrí, adentro tenía un palito. Pensé que me había regalado un termómetro. Era un test de embarazo positivo. Pegué un grito que todo el restaurant se dio vuelta para mirarnos. A los nueve meses vino la luz de mi vida: Valentina. Fue por ahí que me enteré de que Nicolás y vos iban a hacer una

obra, que seguían siendo pareja y habían tenido un hijo. No me sorprendí, ni me enojé. Eso me dio miedo: ¿cómo podía ser que pasara de aquel llanto desgarrador a esta indiferencia?

Eran casi las ocho de la noche y todavía había luz, esa es la maravilla de la primavera, que alarga el día. El GPS me mandó por la ruta nueva y no le hice caso, quería ver el viejo arco de entrada a Córdoba. Giré. Ahí estaba. Me encanta, es como un castillo que hacharon hasta dejarle la estructura mínima. El último sol pegaba sobre una de las torres y fabricaba un naranja brillante, por el contacto de la luz con la piedra. Estaba cansado de manejar, pero sentía una calma linda. Entré por avenida Sabattini, fue imposible no pensar en Gabi. Estaba a quince minutos. Imaginé que estarías parada en la puerta del hotel, esperándome. Asumí las ganas tremendas que tenía de verte. Se acabó la farsa: había venido para estar con vos. Y por la guita, claro.

Cuando renació en mí el impulso de crear, unos ocho años después, Alejandro ya vivía en Córdoba y hablábamos por Skype. Le conté mi idea sobre un hombre que vuelve de la muerte por veinticuatro horas. Nada original, pero tenía unos textos que me parecían buenos. Si lograba no convertir la propuesta en el cliché de «vivir está bueno y no lo entendí hasta que me morí», podía funcionar. Alejandro, con su lucidez delirante, dijo:

—Eso es exactamente lo que tenés que hacer. Pero hacerlo bien. Porque un cliché es un lugar común, si es común vamos todos y si vamos todos hay sala llena.

Trabajamos ocho meses, hacíamos videollamadas y nos pasábamos los textos por mail. Lo invité a Buenos Aires, para ensayar y dirigir juntos. Se pidió licencia y paró dos meses en mi casa. Conoció a Valentina a sus ocho años y se convirtió en el tío Ale. Estrenamos en una sala para treinta personas. No estuvo mal, le faltaba el macerado que te da la repetición. A la segunda función, Alejandro volvió a Córdoba. En Aeroparque, me abrazó y dijo: «Preparate, que esta obra es una bomba». Pensé que estaba loco, como siempre. Seguí haciendo una función por semana, las ocho se convirtieron en veinte y a los seis meses me llamaron de un teatro grande. Lo llenamos toda la temporada. En el segundo año explotó. Lo hice cuatro años ininterrumpidos. Lo llevé a Chile y México. En el medio, me divorcié.

Unos meses antes de que Alejandro me llamara para invitarme al festival, supe que Nicolás y vos se habían separado hacía más de un año. Supe también que estabas haciendo un unipersonal basado en *Yerma*, y que te estaba yendo bien: habías girado por varios festivales y por eso lo traías a Córdoba. Nicolás venía con su espectáculo sobre Tennessee Williams, *El hombre de humo*. Había comprado los derechos de una biografía, estuvo un año escribiendo y otro montando. Decían que el actor que hacía de Tennessee la rompía en escena. A Nicolás le había ido bastante mejor que a nosotros, hacía giras por Estados Unidos y gran parte de Europa. Pero, como acá yo era la carita más famosa, iba a ser el cierre del festival. Tomá, guacho.

Me metí en la calle Buenos Aires y llegué al Hotel Windsor. No tenían estacionamiento, me puteé por no haberle pedido a la gente de cultura un lugar donde meter el auto. En la esquina había un hueco. Quería dejarlo, comer y acostarme rápido. Estacioné en la calle Entre Ríos, frente al hotel. Agarré la mochila, que estaba en el asiento del acompañante, bajé y me la colgué. Abrí el baúl, saqué mi valija y lo cerré. Abrí la puerta de atrás y saqué mi bolso de mano. Me agaché un poco para colgármelo y se me cayó la botella de agua de la mochila. Cerré la puerta. La botella rodó hacia el cordón y cayó al agua. La levanté y la tiré en el tacho de un semáforo. Crucé al hotel. Entré. Me acodé en la barra de mármol negro y dije que tenía una reserva. La chica que atendía la buscó. Me bajó el cansancio. Si «baja», ¿dónde estuvo? ¿«Arriba» de qué? Qué linda manera de hablar de nuestros procesos tenemos los humanos. Nos ponemos poéticos. Los que hacemos arte también decimos a veces «me bajó la idea». ¿Te la mandaron por ascensor? Prefiero las que vienen del subsuelo, del averno de la imaginación.

La chica de la recepción me tomó los datos y me dio una tarjeta magnética. Le pregunté si todavía podía pedir comida y dijo que sí. Subí a mi habitación en el segundo piso. Fui al baño e hice un pis tan largo que en la mitad me arrepentí de no haberlo cronometrado. Me lavé las manos y la cara. Me senté en la cama y marqué el interno de la cocina, pedí un tostado de jamón y queso con pan integral y una coca. Le dejé un audio a Alejandro, avisándole que había llegado. Me tiré en la cama. Estaba en

Córdoba. ¿Dónde estarías vos, Julieta? ¿Igual de tirada en la cama de tu hotel, como yo, pensando en mí? Si fuera una película romántica, veríamos un plano doble de los amantes que están cerca, ambos echados en sus camas con cara de Pienso En Ti. Me reí. Me dormí. Me despertaron los golpes en la puerta: «Señor, el pedido». Miré la hora en el celu, habían pasado diez minutos. Recibí la bandeja y comí rápido. Mastiqué feliz la mezcla de pan tostado untado con mayonesa, junto a las capas del clásico binomio. Vi la tarjeta magnética de la habitación y pensé dónde están mis llaves. En casa, las dejo siempre junto al cenicero de vidrio que está en una mesa ratona, apenas se ingresa al departamento. Toqué el bolsillo del pantalón que me había sacado. Ahí estaba la llave del auto. Siempre pensé que tiene forma de pijita, bien ahí los diseñadores, pegando en el inconsciente. Como los desodorantes femeninos, ¿lo notaste? Inclusive el más chico intenta parecerse a un pito. Para nosotros, la llave es nuestro miembro, que abre y cierra el auto. Entonces pensé: ¿lo cerré? Repasé la secuencia: apagué el auto, bajé, saqué la valija y mi mochila, cerré esa puerta y se me cayó la botella de agua. Y crucé. Nunca apreté el botoncito del llavero. No recordé escuchar el beep y el track simultáneos y grité: «La reconcha de la lora».

Bajé al hall. Desde adentro podía ver la calle a través de los ventanales. Me acordé de Cortázar por segunda vez en el día, esta vez de «Las babas del diablo». Menciona una máquina de escribir que no usa, usando una sencillez poética gloriosa: «con ese aire doblemente inmóvil que tienen

las cosas movibles cuando no se mueven». Leí la frase a los catorce años y quedé maravillado. Vino a mi memoria, porque el lugar donde había estacionado estaba vacío, iluminado por una luz que señalaba esa doble ausencia que tienen las cosas cuando no están donde deberían; todo esto para decir poéticamente que —con justicia, por bolido— me habían afanado el auto.

### 3

Volví a la habitación y llamé a Alejandro. Me pidió que lo espere, iba a acompañarme a hacer la denuncia. Desarmé la valija y me instalé, manoteé una barrita de cereales de una canasta arriba del frigobar y me la comí en dos mordiscos. Ya no tenía hambre, lo hice de puro ansioso. Estaba idiotizado, con sueño y la bronca de haber venido por un trabajo que me iba a ayudar a pagar un auto que ya no tenía.

Salí a la vereda a fumar. Dos minutos más tarde, un taxi se detuvo frente a mí. Alejandro bajó y me miró sonriendo. Había engordado bastante. «Me recibí de taponcito», solía decirme por teléfono. Tenía el mismo look desde hacía veinte años: barba tipo mosquetero, con el bigote y la chiva; zapatos marineros, jeans azules gastados, un pulóver finito (este de color verde) del que asomaba el cuello de una camisa a cuadros. No conocía su placar, imaginé que tenía cinco o seis de esas prendas, todas iguales, y las alternaba. Usaba un sombrero Trilby que Gabriela le había regalado para un aniversario, se lo veía en todas las fotos en redes.

—¿Museo de Robos Boludos? —dijo Alejandro—.  
Qué difícil la pusiste, Danielito.

«Museo de» era un juego que Alejandro inventó en nuestra época de estudiantes. Sin aviso, te decía «Museo de...» y agregaba un ítem particular, siempre relacionado con el teatro, la literatura o el cine. Por ejemplo: «Persecuciones en vehículo», «Escenas de amor berreta», «Cuentos con finales inolvidables». Y tirábamos ejemplos de lo que había pedido. Un tutti frutti conceptual, enfocado en el arte. Lo jugábamos cuando vagabundéabamos por Corrientes. A veces me llamaba a las dos de la mañana para contarme un ítem que se le había ocurrido. Además de ser divertido, Alejandro sostenía que era una manera de clasificar en la memoria todo lo que habíamos visto. Los pedidos a veces se ponían demasiado específicos («Mejores primeros besos en películas románticas», «Peores finales en novelas bélicas de los cincuenta», «Escena aparentemente inocua donde hay un detalle cuya importancia se revela casi al final de la cinta»). Ahora, hacía referencia al robo de mi auto.

—Sabés que amo los desafíos —dije.

Nos abrazamos fuerte, con palmaditas en la espalda.

—Convidame un pucho y vamos —dijo.

Caminamos fumando, por la calle Entre Ríos. Sentí frío, pero no iba a volver a buscar un abrigo. Le conté que había viajado bien; él me habló sobre la convivencia con Gabriela y sobre la cantidad de trabajo que significaba la organización del festival. Como era de esperar, habló de vos:

—Julietta llegó hoy, temprano —dijo.

—Mirá vos.

—¡Dejá de hacerte el que no te importa, por favor! Me enervás el sombrero.

—Es actuación —dije—. Hago que no me importa, para que no me importe en serio.

—Buena estrategia. ¿Y cómo vas?

—Pésimo, no dejo de pensar en ella.

—Me pasaría lo mismo. Está divina. Nunca me gustó, pero la madurez le pegó bien.

—Calláte, pajero.

La Comisaría Primera de Córdoba ocupa una manzana entera. Es un edificio blanco y alto; para acceder hay que subir unas escalinatas dignas de un desfile de moda. Si hubiera estado de humor, subía corriendo y al llegar arriba saltaba como Rocky Balboa.

—¿Qué decís, Beto? —dijo Alejandro al agente de la puerta—. Vengo a ver al comi.

—Hola, Ale. Pasá nomás —dijo el agente. A mí me saludó tocándose la punta de la gorra. Entramos.

—¿Desde cuándo sos amigo de la cana? —pregunté.

—Estoy en contacto por la seguridad de los eventos culturales —dijo Alejandro—. Le avisé a Salazar que veníamos y hablé de vos. Te va a pedir foto, es un cholulo.

En la recepción había varios escritorios con agentes apáticos sobre computadoras. Alejandro saludó a un par de agentes con la mano y señaló un pasillo. Entramos, doblamos y Alejandro golpeó una puerta blanca con la inscripción «Comisario».

—¡Pasá, gordito querido! —le gritaron de adentro.

La oficina estaba plagada de diplomas, banderitas de escritorio, y cuadros con promociones de cadetes y gente de traje y corbata, que debían ser políticos, dándose la

mano con el comisario. Había trofeos de tenis, con hombreros portando raquetas, hechos de un material que se debía romper fácil. Salazar acomodaba un bolso abierto sobre el escritorio, tenía puesta una vincha de toalla y un conjunto deportivo ochentoso, de color violeta y negro.

—¿Este es tu amigo de la tele? —dijo Salazar—. Ah, sí, lo recontra juno.

Nos dimos la mano e intercambiamos un «mucho gusto».

—¿Habemus match? —preguntó Alejandro.

—Sí, señor —dijo Salazar, feliz—. Hoy juego las semis.

—El comisario es un renombrado jugador de tenis en el circuito policial —me explicó Alejandro. Hice ese gesto que es un puchero sin angustia, como diciendo «qué bárbaro».

—¡Cincuenta y dos años y no hay pendejo que pueda contra mi revés! —dijo Salazar y me guiñó el ojo como si hubiera revelado un secreto picante—. Ale me contó que te afanaron. Contame bien.

Le conté y me sentí un tarado. Salazar dijo que no pasaba nada, que si algún día nos juntábamos a tomar un café, iba a contarme robos más pelotudos que el mío. Ahora me tomarían la denuncia y él «personalmente» iba a ocuparse de encontrar el vehículo. Alejandro y Salazar se preguntaron por sus esposas y prometieron comer juntos en breve.

—¡Destrúyelos, McEnroe! —dijo Alejandro.

—Siempre. Un gusto, che —me dijo el comisario. Antes de salir, agregó—: La próxima hacemos foto, eh.

Se fue y a los dos minutos entró a la oficina una agente de unos veintipico de años, encendió la computadora en el escritorio del comisario y tipeó lo que le conté. Imprimió ese escrito y lo firmé.

Salimos de la comisaría. Alejandro preguntó si quería tomar algo, le dije que necesitaba una ducha y dormir, para sacarme la mugre del viaje y la mufa del robo. Me acompañó hasta la puerta del hotel y dijo que vendría a buscarme al otro día, a las diez de la mañana. Entré a la habitación y me desplomé en la cama. Llevaba dos horas en Córdoba y habían sido demoledoras. Y todavía no te había visto, Julieta. Me dormí enseguida.



MARTES



Me olvidé de poner el despertador, pero me levanté solo cerca de las nueve. Me pegué una ducha larga. Bajé al comedor donde servían el desayuno. En casa, a la mañana como unas galletitas y un café o a veces nada, mate directo. Pero si estoy en un hotel con buffet incluido, me trago todo, como si fuera la última vez que voy a tener comida enfrente. Jugo de naranja, fruta, torta, lo que haya. Simplemente por eso: porque hay. ¿Por qué me sirvo huevo revuelto y beicon? ¿Desayuna así alguien en Argentina? ¿O es otro ejemplo de colonización norteamericana? No me hago el marxista, pregunto nomás. Ni siquiera lo digo enojado: me encanta la idea de que el desayuno sea abundante, más parecido a una cena o a un almuerzo. Estaba angustiado por el robo del auto, me pareció justo premiarme con una buena comida, que incluía un panqueque salado (crepe, le dicen) del tamaño de una zapatilla cuarenta y cinco.

Me senté con el plato, una compotera de yogur con cereales y un café con leche tamaño balde. Cuánto me gustaba mirarte comer, Julieta. Íbamos seguidos a tenedores libres, con actitud de «nosotros les vamos a mostrar lo que es comer sin límites», fabulando que después de nuestra visita el dueño iba a declararse en quiebra. ¿Notaste que

ahora casi no hay restaurantes así? Terminaba mi café con leche cuando Alejandro entró al comedor. Agarró un plato de la fila junto a las bandejas, se sirvió un café, dos porciones de budín de banana y una compotera con ensalada de frutas. Se acercó a mi mesa.

—Desayuná como un rey —dijo—, almorzá como un campeón, hacé la digestión como un campesino, ¿era así?

—No, la estás citando mal —dije—. Y el servicio de desayuno es solo para huéspedes, creo.

—Me conocen, organizamos eventos.

—¿Y no garpás?

—Les traigo laburo. Me pueden invitar un desayuno.

—Ayer te recibió la cana, hoy morfás gratis. Estás hecho un político.

Apoyó la bandeja y le indiqué que se sentara, pero dio la vuelta, se acercó a otra mesa donde servían comida, y volvió con un plato con dos huevos fritos, panceta crocante y aritos de cebolla.

—¿Voy llamando una ambulancia? —dije.

—¡Necesito energía! —Se sentó y empezó a comer—. Pasé por la comisaría. No hay novedades del auto. Están trabajando en eso.

—O sea que no tienen idea.

—Exacto. Como yo cuando escribo. Terminá y vamos, que te presento la ciudad. —Alejandro mordió un pedazo de panceta, que crujió. Me guiñó un ojo—. Qué lindo que viniste, guachito —dijo, y masticó sonriendo.

A la media hora salimos del hotel, nos metimos por la calle Buenos Aires y cruzamos Entre Ríos, camino a la

plaza San Martín. El sol pegaba fuerte. En una cuadra, Alejandro me contó más de su vida actual. Con Gabriela buscaron familia, pero ella no podía concebir. Probaron varios tratamientos y se resignaron. «Me bajoneé y empecé a chupar», dijo. «Igual ahora estoy bárbaro». El trabajo lo entretenía y disfrutaba de los beneficios de pertenecer al Estado y ser pariente de un funcionario con poder. Se venía sintiendo más cansado que lo normal. Tenía insomnio. Llevaba meses sin escribir.

—Me cuesta concentrarme —dijo—. Escucho mi idea y vienen otros pensamientos, a los dos segundos tengo veintiocho tipos adentro de la cabeza, como una sesión de diputados puteándose todos al mismo tiempo. —Imaginé un parlamento lleno de diminutos Alejandro, cada uno con su sombrerito y su barba chivita, vociferando sus puntos de vista ante los micrófonos de sus escritorios—. Ya lo decía don Casares: escribir es un intento de pensar con precisión. —Levantó las manos como si estuviera transmitiendo una verdad sagrada—. ¡Un delirio organizado! Quiero ser como dice Polonio sobre Hamlet, tener método en mi locura. Lástima que vivo más en la locura que en el método.

—Pero, ¿estás bien? —pregunté—. No entiendo.

Frenamos ante un semáforo en rojo, ya estábamos en la avenida San Jerónimo. Alejandro me miró con mala cara.

—¿Qué es «estar bien»? —dijo—. ¿Dormir ocho horas? ¿Ir de cuerpo? ¿Hidratarse?

—Sí.

—No, estoy para la mierda. Duermo poco y mal, vivo constipado y odio el agua.

Yo observaba la ciudad. Córdoba siempre me había parecido una tierra mítica, cargada de un romanticismo que no sabía si iba a tener. Lo más seguro era que se lo estuviera achacando yo, con los prejuicios que tenemos los que vivimos en Capital Federal. Desde mi sillón mental, la percibía como una tierra de la Edad Media que ha decidido civilizarse. Porque, digamos la verdad, porteños: lo que está más allá de la General Paz para nosotros es campo e indios. Y otra provincia directamente es otro planeta. Nos choca cuando vemos que es un lugar normal: hay heladerías, casas que venden sillas de plástico, sedes de la AFIP. Me pareció una mezcla de ciudad detenida en el tiempo y urbe actual. Se lo comenté a Alejandro.

—¡Totalmente de acuerdo! —dijo—. Para mí, acá vivía gente que tenía acceso a los duendes del aire y de la tierra, tipo los mayas. Vino una nave extraterrestre, les tiró rayos tecnológicos y levantaron edificios, shoppings, rutas. Les debemos mucho a esos marcianos. Trajeron el libre mercado.

—Marcianos capitalistas.

—¡Qué buen título! ¿Cuándo vas a escribir?

—Nunca —dije—. Pienso ideas y me encantan. Empiezo a escribir y me aburro.

—Yo también, es una maldición. Tengo la cabeza llena de palabras. Si no las saco me muero. Como los castores.

—¿Qué tiene que ver con la escritura?

—Con mi escritura. No generalices, Dani, por favor te lo pido —dijo Alejandro y me levantó el dedo, en tono profesor—. A los castores, los dientes les crecen sin parar,

como si fueran uñas. Eso hace que el cráneo se les expanda. Roen la madera para gastar los dientes. Si no, se mueren de locura, porque les explota la cabeza. Literal. Mi escritura es así, raspo mi mente porque si no se expande y me mata.

Cruzamos la plaza. Junto a la estatua de San Martín, había una gigantografía que anunciaba el festival.

—No te entusiasmes, es una movida política —dijo Alejandro—. El que está en Cultura quiere ser gobernador, consiguió que le aumentaran el presupuesto y la mayoría lo gasta en difusión, para que se vea. A mí me importa en serio, loco. Yo amo el teatro. Y te amo a vos. Un poco a Nico y a Juli. ¿La viste?

—No, tarado, si llegué y me chorearon.

—Tenés razón. Estás meado por los perros. Está hermosa Juli, no le pasa el tiempo.

—Me dijiste. ¿A nosotros sí nos pasa el tiempo?

—A vos te hizo mierda. —Frenó, miró a los costados—. Tengo hambre.

—Me estás jodiendo.

—Con la comida, nunca. —Señaló una esquina—. ¡El Café Sorocabana! Más clásico que la Mona Giménez. Sus medialunas las hornea el demonio. Vamos, quiero más café. Y hablar. Es más cómodo sentados. Ya no tengo edad para hacerme el peripatético.

Me sentía lleno del desayuno ultra capitalista, pero accedí. ¿O no había venido a esto también? Primero, a verte a vos. Segundo, a estar con mi amigo. Lo último era la función. Muchas veces opero así: hago algo para poder hacer otra cosa que, por miedo o pudor, no me animo a

hacer directamente. Un pinball en el que tiro la bola, esperando que rebote ocho veces antes de caer donde quería golpear.

El bar estaba repleto. Elegimos una mesa al aire libre, así podíamos fumar. Eran las once y media. Nos trajeron el menú. Alejandro dijo que mejor «iba a picar alguna cosita» y se pidió una tortilla a la española con una cerveza negra de litro. Yo pedí un café.

—Estuve pensando —dijo Alejandro, serio—. Quiero escribir una novela.

Sonreí. Ese proyecto se lo había escuchado por primera vez en su cumpleaños número veintiuno. A partir de ahí, lo venía repitiendo en nuestras charlas por lo menos una vez al año. Sabía que yo pensaba eso.

—Antes no estaba listo —dijo—. Ahora sí.

—¿Por qué?

—Me harté de lo que cuesta montar una obra. Escribís el texto y tenés mil quilombos para hacerla. Se la das a alguien que te dice que la va a leer y no la lee, o la lee y te la critica, aunque no tenga idea de escritura. O acepta y es insoportable para ensayar. O no tenés un mango. O no ganás un mango. O la montás, la dirigís y después los que actúan hacen lo que quieren. El infierno no está empedrado de buenas intenciones, está pavimentado con el sudor de los elencos independientes.

—¿Necesitaste veinte años para darte cuenta?

—¿Qué problema hay con tardar veinte años en entender algo?

—Que perdiste una barbaridad de tiempo.

—Ni lo pienso, me angustio. Te lo dije recién, Cronos me va a matar.

—A todos. Y lo que decís ya lo sabíamos.

—Pero ahora lo acepté. Es un concepto internalizado, parte de mi existencia. Si me hicieran un análisis de sangre, además de la cantidad de grasa que van a encontrar, verían que mis globulitos tienen tatuado: «Escribí una novela, boludo, hacer teatro te enferma». —Alejandro se movió para que el mozo apoyara mi café, su cerveza y los cubiertos en la mesa. El mozo se fue. Alejandro se refregó las manos—. ¡Me enferma en serio! En el último espectáculo, uno de los actores nunca pudo aprenderse un párrafo. Lo decía bárbaro en los ensayos y en función se trulaba. Cada vez que llegaba esa parte, me florecía una nueva hemorroide de los nervios.

—Hicieron veinte funciones, a una hemorroide por noche, no hay culo que aguante.

—¡La narrativa es distinta, Dani! Estás en tu casa. En short y ojotas, si querés. Nadie te dice nada. Si después te metés en publicar con editoriales y eso, bueno, ahí habrá que volver a tratar con gente.

—Y odiamos a la gente.

—Mucho y siempre. En la narrativa, la cabeza es libre de divagar. Pucha, qué lindo sería poder hacerla —dijo, y se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Che, boludo, me alegro de que te hayas decidido a hacerla —dije—. No sufras. Escribí la novela, te ayudo a publicarla.

En mi corta época de estrellita televisiva, algunas editoriales me contactaron para escribir un libro. Mejor dicho,

para que otro lo escribiera por mí y yo pusiera mi nombre en la tapa. Me ofrecieron contar chimentos de mis elencos y cosas de mi vida. Por un principio ético medio estúpido, decidí «no someterme a eso». Hoy creo que tendría que haber negociado una linda guita y hacerlo.

—Cuando la escriba —dijo—. Lo que más me gusta es soñarla. Siento que es al pedo bajarlo al papel. ¿Para qué? Es mi sueño. Es para mí. Lo cincelo hasta que la piedra cobre la forma que quiero. Y chau.

Levantó su copón de cerveza negra y bebió. Sonó mi teléfono. No tenía el número agendado y rechacé la llamada. Me entró un mensaje de texto: «Hola, soy Nicolás». Le mostré la pantalla a Alejandro.

—Le di tu número yo —dijo—. Me lo pidió tres veces. Volvió a sonar el teléfono. Atendí.

—Hola, Nico —dije.

—¡Qué hacés, Al Pacino! —dijo él.

Lo escuché y me sentí caminando en el pasillo frío del conservatorio, cuchicheando sobre lo linda que eras, yo diciéndole «Peter Brook es un gil, vos sos más grosso». Escenas en las que nuestra amistad era fuerte y para siempre. Enseguida, detrás de esas burbujas de lo que había sido nuestro afecto, supe que todavía estaba el odio.

—Bárbaro, ¿cómo estás? —dije y fulminé con la mirada a Alejandro.

—Bien, llegué hace un rato —dijo Nicolás, del otro lado—. ¿Tomamos algo hoy?

—Complicado. Estoy con Ale y después tengo que ensayar.

—Mandáale un abrazo al gordo. ¿Almuerzo mañana?

Nicolás era el tipo más insistente del mundo y parte de su éxito se debía a eso. Para una de las primeras obras que dirigió, quería convocar a un actor de renombre. Consiguió la dirección y le tocó el timbre diez jueves consecutivos, hasta que el tipo lo atendió. Le dijo que no iba a leerla, pero lo felicitó por el entusiasmo. Un par de años después, Nicolás lo dirigió en otro proyecto y el actor se acordaba de «el rompe bolas de los jueves». Pensé su propuesta de juntarnos. Había soñado con cruzármelo en la calle y pegarle unas buenas piñas. El plato fuerte del viaje eras vos, pero un reencuentro con Nicolás me seducía, al menos para mirarlo con mala cara un rato.

—Mañana, cuando termine la presentación —dije.

Nos despedimos. Corté. Alejandro se ataba la servilleta al cuello.

—Tenés que probar esto —dijo y señaló la tortilla a la española humeante que le habían traído—. ¡El chorizo colorado es una maravilla!

Se cortó un pedazo grande de tortilla, se lo llevó a la boca y masticó. Pensé cómo iba a hacer para meterse semejante plato en el cuerpo. Y pensé si vos, Julieta, le habías pedido mi teléfono. No se lo pregunté. Deseaba que sí.

—Buen provecho, nene —dije.

«Hay un lugar que te puede gustar», dijo Alejandro y me contó del Museo de Arte Religioso. Terminó la tortilla y se pidió un postre vigilante, comida que le encantaba. Le trajeron un gran trozo de queso y otro de dulce de batata, que cortó con el tenedor y el cuchillo con una parsimonia digna de una cena junto a la reina de Holanda. Cerró el opíparo almuerzo con un café ristretto, «bien cortito y bien cargado», como lo pedía él. Le dije que era un shot de petróleo y pedí un último cortado.

Nos levantamos para irnos, debía ser la una y media. Dijo que me apurase si quería hacer una visita larga, el museo cerraba a las cuatro. Yo quería repasar letra y dormir siesta, pero acepté, porque el lugar estaba a una cuadra. Caminamos por la avenida San Jerónimo y pasamos por el Teatro Real, que era donde iba a hacer el unipersonal. De afuera se lo ve imponente. Alejandro me contó un poco su historia: se inauguró en 1927, era un cine y teatro, etcétera. En la esquina de Independencia, se veía una estructura de color rosado. La manzana había sido un claustro religioso; ahora una parte era del museo y el resto locales comerciales. Nos metimos en la calle y llegamos a la entrada del museo. En la parte de arriba de una gran

puerta de madera, se leía el grabado con el año de la fundación: 1770. Y yo que me sentía apabullado por recordar cosas de hacía veinte años. Alejandro sacó su teléfono, lo revisó y puteó.

—Tengo que laburar —dijo y señaló el museo—. No te pierdas lo que hay acá, te va a encantar.

Quedamos en hablar a la tarde y se fue. Me quedé mirando la puerta. Pienso que las cosas antiguas laten, como si el pulso del tiempo transcurrido viviera en su interior. 1770. ¿Cuánta gente habrá pasado por esta puerta? Exceptuando lo del auto, que me tenía inquieto, estaba bien comido y descansado, podía hacerme esas preguntas inútiles que me entretenían, tenía energía de sobra. La filosofía se puede ejercer cuando tenés guita y la panza llena. No conozco un filósofo que haya escrito un tratado sobre cómo pagar las expensas.

Entré. En la pequeña recepción, una señora muy amable me cobró entrada, me contó que el lugar había sido un convento y un par de datos más que no retuve. Me metí en la primera sala, a mi izquierda. Dentro de una pared, habían encastrado una gran reja de madera, similar a la de los confesionarios. Sobre ella, un enorme crucifijo. Frente a la reja, descansaban dos sillas antiquísimas. Este espacio era donde las visitas venían a ver a las monjas y estaba diseñado para mantenerlas separadas. Parecía una cárcel. No fuera a ser cosa que se tocaran, o les pasaran facas adentro de jabones marca Vieytes. Salí y entré a una sala que se llamaba «De lo real y lo maravilloso». Tenía dos vitrinas con pequeñas estatuas y una virgen de tamaño

real. Horrorosa. Desde chico, me pareció que las imágenes religiosas quieren infundir terror, culpa y miedo. Esta era un Chucky a escala humana, yo pensaba que iba a abrir los ojos y hablarme con voz de ultratumba.

Crucé el zaguán, salí al patio y sentí el perfume de los cítricos: naranjos, mandarinos y limoneros, con sus frutos colgando como perlas. Las monjitas debían mandarse unas buenas mermeladas. Alrededor del patio, había una galería con distintas salas para visitar. De una, salió un chico de unos veinte años, con auriculares y las manos metidas en los bolsillos de su camperita de color gris. Atravesó el patio y se metió en otra sala. Vi, en la esquina del patio, la columna del campanario, que es la parte de la iglesia pegada al claustro. Sonó mi teléfono y me sentí mal por hacer ruido, como si viviera en ese lugar, haciendo penitencia. Es la fuerza de las imágenes horribles, el Dios tirano y mala onda se internaliza. No necesitan que nadie nos fiscalice y nos castigue: a través de la culpa, terminamos por hacerlo nosotros mismos.

Atendí. Era Valentina, mi hija. Preguntaba si podía venir a dormir a mi departamento. Valen tenía diecisiete, en el último año le había dado más libertad y estaba enfrentándose a la verdad más cruda para los que somos padres de mujeres: nuestras hijas también cogen. Son seres deseantes, como cualquier humano. Y tal cual yo otrora he sido, Oh Bendito Eros que me arrastrabas al Pecado, un intrépido adolescente robador de besos, Valentina hacía rato era acechada por jovenzuelos que le escribían por chat «Te invito un helado», para no decir que querían llevársela

a la cama con la higiénica intención de perpetuar el humano rito de la cópula. En vez de Ildefonso o Amancio, príncipes o terratenientes, había estado con un tal Martín, hincha de Banfield y recién ingresado a la carrera de contabilidad. El de hoy, el brujo que la hipnotizaba y quería derrocar me del trono de Principal Figura Masculina De Su Psiquis, se llamaba Juan Pablo, usaba un piercing en la nariz, era cadete en un estudio de abogados y —tenía que admitirlo— trataba bien a mi hija. Yo la veía contenta. Tampoco voy a negar que, por haber padecido de las mismas odiseas, pensaba en él con espíritu fraterno: se veían desde hacía meses y seguro ya apretaban largo en el cuarto del chico, el Caballerito debía tener los huevos bien duros bajo la armadura. Entregarles el departamento era mi abdicación, el asalto definitivo a mi castillo, la ruina de Constantinopla.

—Andá —dije—. Dejámelo habitable, ¿estamos?

—Obvio. ¿La viste a Julieta ya?

Hace dos años, cuando Valentina tenía quince y yo ya veía, con vértigo y alegría, que ella empezaba el camino a la madurez, vino a dormir a mi casa. La noté triste. Le pregunté qué le pasaba y me contó que un chico la había dejado. Abrí la heladera, saqué una cerveza, la destapé, serví dos vasos y le dije: «Contame». Valen se quedó mirándome sorprendida; ella había probado el alcohol, pero nunca había tomado conmigo. Charlamos. Entendí que el pibe (Ezequiel, compañero de colegio) la «dejó» después de dos semanas, más o menos. Igual, fue un poquito bruto, le dijo por mensaje que «quería otra cosa». Superadas mis ganas

de contratar matones para que le rompieran las rodillas al muchacho, llevé a Valen al supermercado y compramos un batallón de bebidas. Esa noche tomamos y hablamos un montón. Ahí le conté lo nuestro. La pendeja se acordaba.

—¿Quién te dijo que viene Juli? —pregunté.

—Vos no hacés esos viajes por nada —dijo Valen—. Igual mentira, miré la página del festival y la vi. Es linda, eh. Después contame cómo te fue. ¡Besito!

Odio cuando mi hija me habla como si fuera mi jefe: termina de darme la orden, el pedido o la noticia y corta. El chico de campera con capucha salió, pasó delante de mí por el patio y se metió en otra sala. Me acerqué a esa, en la puerta decía «Biblioteca». Era un espacio reducido, debía tener cinco por cinco. Además de libros, había cuadros de santos tristes. ¿Nunca una imagen alegre, chicos? *La última cena*, por ejemplo, me bajonea fuerte. Encima tira spoilers: están todos deprimidos, nos adelantan que van a amasijar a Cristo. Habría que pintar otra versión donde tengan caritas sonrientes, agregar a la mesa unas cocas, unos platos de chizitos y en una pared, atadas con un piolín, letras colgantes que digan «Buen Viaje Nazareno».

El chico miraba unos ejemplares de biblias antiguas dentro de una vitrina. Él me intrigó más que los libros. Le miré el perfil, tratando de no parecer un loco. ¿Quién es? Sentí que me observaba a mí mismo, un *déjà vu* de identidad más complejo. Tuve la sensación de que el espacio y el tiempo se torcían, como el pliegue de un papel infinito, y yo estaba en esa línea sintiendo que me envolvía, porque algo o alguien hacía su avioncito de papel con la energía a

mi alrededor. El chico giró e hizo un gesto amable con la cabeza para saludarme.

—Camilo —dijiste detrás de mí, y el papel del tiempo terminó de plegarse.

El chico, o sea Camilo, o sea tu hijo y el de Nicolás, te miró con esa apatía adolescente que hace pensar que toda su generación ha leído, comprendido y subrayado las obras completas de Nietzsche, y que luego de digerirlas admitieron que la vida es una porquería, pero que además matarse es una paja, así que van a atravesar la existencia con cara de ojete y levantando los hombros como respuesta a todos los estímulos que el mundo les traiga. Camilo salió de la biblioteca y te preguntó si ya se podían ir. Recién ahí, giré y me viste. Te sonreí.

—Hola, Julieta —dije.

«Uy, Dani», dijiste y nos abrazamos. Moví un poquito la mano en tu espalda, un gesto que dejara claro que estaba feliz, pero sin intención sexual, golpecitos cariñosos que se le dan a un bebé para que eructe después de tomar mamadera. Tu cabeza seguía quedando casi a la altura de mi pecho y sentí el perfume de tu pelo: era el mismo. Me atrapó una sensación de extrañeza ¿Por qué no había podido predecir, en todos los escenarios imaginados, un reencuentro así? Porque era imposible, querido.

Nos despegamos. Los dos teníamos una sonrisa torcida, mezcla de incomodidad y alegría. Camilo nos miraba.

—Este pedazo de columna es tu hijo, supongo. ¿Cuánto mide?

—Metro ochenta y tres —dijiste—. Más que el padre.

—Hola, Camilo —dije.

El chico hizo un movimiento de cabeza mecánico y genérico, similar al que podría haberle dedicado a un ropero. Quise preguntarle: «¿Qué carajo te pasa, nene?».

—¿Ya está? —preguntó Camilo.

—Nunca traigas a un adolescente a un museo —me dijiste, miraste a tu hijo—. Andá, hacé lo que quieras.

—Dale. —Dio unos pasos, frenó y me dijo—: Vos estabas en la tele, ¿no?

—Sí —dije—. Cuando no habías nacido.

—Vi tu novela por YouTube, tababuena —dijo.

Le faltó agregar: «¿No sabés que está subida ahí, bobo?». Salió con la cabeza gacha, como si afuera lo esperase gente que lo odiaba y quisiera pasar desapercibido. Nos quedamos solos.

—¿Ya viste todo? —preguntaste. Negué—. Yo tampoco. ¿Me acompañás y después tomamos algo? Digo, si podés...

Iba rápido el asunto. Aguanté las ganas de gritar «puedo ya, vámonos» y asentí tranquilo. Caminamos por el patio. Te pregunté cómo habías viajado, dijiste que bien y en micro. Te conté que había venido en auto y dijiste qué lindo. Tenías el pelo largo y suelto, de color castaño y un poco enrulado; levisimas patas de gallo; la sonrisa igual de hermosa; y los ojos igual de redondos, como un rasgo oriental al revés. Ojos de un color marrón clarísimo, que siempre me había parecido un misterioso encanto cromático. Tus hombros pequeños al aire, porque usabas (cuándo no) un vestido de bambula, verde y naranja. Me volví loco, el corazón me latía con fuerza. A cada comentario tuyo, soltaba un «ajá» hipercivilizado. ¿Dónde quedó el odio que te tenía? ¿Y ahora qué?

—Vos estás muy bien —dijiste.

Qué afirmación misteriosa. ¿Qué significaba? ¿Qué me veía «saludable»? ¿O era una manera indirecta de decirme que te seguía gustando? Odio esas frases que dicen las

mujeres, lo suficientemente claras para saber que son «buenas», pero con una dosis de ambigüedad suficiente como para colocarle el sentido que uno pueda o le convenga. Nos saqué de ese carril.

—¿Al chico lo trajiste a la fuerza, que está tan angustiado? —pregunté.

—Me tiene las bolas llenas —dijiste, y recordé lo lindo que puteabas—. Iba a venir sola y no paraba de insistirme. No quería traerlo, iba a estar enfocada en trabajar. Además, está grande para pasear con la mami. Pero lo vi tan triste que me convenció.

—¿Cuál es su drama existencial?

—Estuvo de novio seis meses, con una compañera del cole. La piba le cortó hace una semana.

—Yegua.

—Malparida. En el micro se la pasó chateando con ella y se bajoneó —dijiste. Cruzamos el patio y entramos en la «Sala de las devociones personales»—. Guau, qué lindo.

Seguías maravillándote con aire de niña. Dentro de una vitrina, había una figura de San José, recostado en una cama, agonizando. No debía medir más de veinte centímetros, era un muñequito.

—¿Con esta onda celebran? —dije—. ¿Por qué se esfuerzan en mostrar el sufrimiento?

—Porque ellos te lo van a curar —dijiste—. Llore, m'hijo, que en el cielo va a estar todo piola.

—Claro. Allá no hay que pagar la luz, las propiedades son baratas.

—Eso sí, ponga la guita en el diezmo o no le damos su ticket para viajar a las nubes.

Qué lindo era hablar con vos. Miré la imagen de José. Pensé en la persona que la había realizado: un tallado paciente y minucioso sobre la madera, hasta dejarle esta forma. Y pintarla. Qué laburito. Leí un cartel en la sala. No lo recuerdo de memoria, lo busqué en la página de internet del museo: «Las piezas de pequeño porte estaban destinadas a las devociones particulares. La mediación de lo visible produce en cada persona un acto de adhesión creyente. De este modo, las imágenes y reliquias adquirirían una fuerza evocadora que desbordaba su materialidad».

En criollo, estas figuras son una manera privada de conectar con lo divino, sin moverte de tu casa. Artefactos del recuerdo de nuestro vínculo con lo celestial, muñequitos que evocan y así trascienden su mera existencia, su humilde ontología de objeto pedorro: porque la persona lo quiere, la estatuita de madera barata se convierte en un portal a lo sagrado. Y pensé que la vida interna del ser humano era así: una habitación pequeña llena de cuadros con momentos que uno cuelga y descuelga; vitrinas con muñecos de cada una de las personas que fueron y son representativos de nuestra existencia. Vos tendrías una vitrina propia, claro, un centenar de muñequitos de Julieta en distintas situaciones, a la manera de Barbie y sus múltiples oficios. Algunas más articuladas (la que se sentaba en la alfombra a escuchar con auriculares mis discos de vinilo, la que hacía estiramientos a la mañana), otras más duras (la que me miraba mal cuando le contaba que había besado a otra actriz

en una escena). Y en esa habitación yo estaría en la puerta, un guardia viejo con una gorra gastada, escuchando programas de fútbol en una radio a pilas y recordándote.

—Tenés razón, acá todo es angustiante —dijiste—. ¿Café? ¿O algo más picante?

—Hace un día que estoy en Córdoba y no tomé fernet.

—¡Hay que cambiar eso rápido! —dijiste—. Yo invito.

Salimos del museo, te dejé que me llevaras dos cuadras a un lugar llamado La Tasca, adentro del Paseo de Las Flores, una peatonal clásica. Te conté del robo y del privilegio de haber conocido al comisario tenista. Dijiste que en los últimos meses Alejandro y vos habían retomado sus largas charlas telefónicas y en una te había contado del Guillermo Vilas policíaco. Yo caminaba flotando, me llevabas con un collarcito invisible y trataba de no parecer incómodo o nervioso. ¿Estaba mal no estar enojado y sentirme contento? Era como si te hubiera dicho: «Lo de que garcharte a mi amigo, en mi casa, mientras salías conmigo, ya pasó. A otra cosa, mariposa». ¿Se puede ser tan boludo? Sí, se puede. Me acordé de *Bodas de sangre*, cuando Lorca le hace decir a La Novia: «Porque me arrastras y voy / y me dices que me vuelva / y te sigo por el aire como una brizna de hierba». No te lo conté, mantuve una sonrisa cordial durante la caminata.

Nos sentamos al aire libre, en unas sillas tipo director de cine, pedimos fernet y soltaste esa pregunta de amplio espectro, como los remedios que tienen componentes contra muchas enfermedades, para ver si alguno pega en el blanco. Es una buena estrategia: si tirás cuarenta pelotas al arco, es más probable que alguna entre.

—¿Cómo va todo?

Qué pregunta difícil si se la toma en serio. ¿Cómo hablar de «todo» lo que hay en mi vida? Tendría que incluir el cuerito del depósito del inodoro que pierde, la rodilla que a veces me duele y tengo que hacerme ver. Acepté la convención de que «todo» significa «¿no hay nada grave que haya que hablar primero?». Y respondí:

—Bien.

Hubo un silencio incómodo. Tenía la mente convertida en un Windows 95 con dieciocho ventanas abiertas, a punto de tildarse. Desde que te encontré detrás de Camilo, nombrándolo con esa mezcla de amor y estar hinchada las pelotas, se había iniciado en mí un proceso automático: mi percepción trabajaba en contrastar la que eras hoy, frente a las versiones anteriores de vos que guardaba en mí. ¿Estabas igual? ¿Mejor? ¿Peor? ¿Mejor o peor con relación a qué?

—Estoy para comer —dijiste—. ¿Me acompañás con un clásico?

Sabía de qué hablabas. Asentí. Pasó un mozo y le pediste un sándwich de jamón crudo, queso, tomate y manteca. Qué linda estás, pensé. Casi te lo digo.

—El chico está enorme —dije.

—¿Tiramos todas las frases hechas de una, así nos relajamos?

Ya estábamos jugando. ¿Hasta dónde íbamos a llegar?

—Dale —dije.

—Qué humedad.

—Parece que mañana llueve.

—¡Terrible lo que aumentó la comida!

—Los años no vienen solos.

—Estás lindo —dijiste.

No supe qué decir. Esquivé el piropo explicándote que estaba más delgado, porque comía mejor, hacía ejercicio y esas cosas de cuarentones que empezaron a cuidarse. Hasta estaba yendo a un nutricionista. Trajeron el sándwich y los fernet. Los diez segundos que el mozo tardó en servir se me hicieron larguísimos. Tenía razón: en Córdoba el tiempo funcionaba distinto. El mozo se fue.

—Vos también estás linda —dije. Levanté el fernet, brindamos.

—Gracias —dijiste—. Estoy bien, la verdad. Es un buen momento.

Bebimos. Preguntaste si había jugado a algún «Museo» con Ale, te dije que al de «Robos Boludos». Me contaste que estabas dando clases en escuelas secundarias, eso te daba plata fija y alegría. Imaginé a los adolescentes, enamoradísimos de la profe de teatro. Agarramos una mitad del sándwich cada uno y empezamos a comer. Te pregunté por tu unipersonal.

—Sabés que amo a *Yerma*, la quiero hacer desde que soy chica —dijiste. Después se te escapó de la boca un pedazo de tomate y lo empujaste con el dedo. ¿Se puede ser tan sexi al comer?, pensé—. Hace unos años, en una noche de insomnio, estaba boludeando en YouTube y encontré una versión de la obra hecha por una escuela de teatro. Insoportable, como la mayoría. La protagonista debía pagar una cuota con la que mantenían todas las

sedes de la escuela, no entendías por qué le habían dado el papel. Entonces pensé: mala y todo, ella hizo la obra y vos la criticás desde la silla gamer de tu hijo, tomando cerveza y tirando papas fritas de paquete en el teclado. Así que dale, hermana. Me ayudó que no tenía que pedir derechos. Empecé a escribir, a investigar. Nico me ayudó.

—Qué bueno —dije—. Me pasó con el unipersonal, me motivaron las ganas de hacer.

—Supe. Leí todas las notas. Y te vi.

—¿Mi obra?

—Sí. En una función en Escobar, vivo por ahí. No daba para saludarte.

—Qué boluda. Lo hubieras hecho.

—¿Y dirigir vos? ¿Cuándo?

—Un poco lo hago. Con Ale lo montamos y después no lo vio más. No tengo alma de líder, necesito que me capitaneen.

—Te va a gustar dirigir, estoy segura —dijiste, y después hiciste una pausa para tragar—. Tu hija debe estar hermosa. Valentina, ¿no?

—Divina. Y enorme. Tanto como para pedirme usar el departamento con el novio.

—Uy, terrible —te reíste—. ¿Le avisaste que tiene que ser virgen hasta tu muerte?

—Y después también.

El mozo se acercó y preguntó cómo estábamos.

—Bárbaro —dijiste, y me miraste—. ¿O no?

Asentí. Hablamos más boludeces. Terminé de comer. Encendí un cigarrillo.

—¿Y Nico? —pregunté.

—Ni idea. Llegaba hoy.

—No pregunto eso.

—Vos preguntás qué pasó.

—Si querés contarme. Cómo estás, eso.

—«Eso» qué.

—No te pongas etimológica, por favor.

—¿Vamos a revisarnos expedientes? ¿Para conocer estado civil y emocional?

—Sí, quiero una auditoría de nuestras relaciones.

—Perfecto, dale vos —dijiste y me miraste con la cabeza inclinada.

—¿Empiezo? Ningún problema. Estoy solo. Y bien. Desde que me separé de Marina, no volví a formar pareja. No tengo ganas, tampoco. Me gusta mi soledad.

—Nicolás me cagó con otra —dijiste—. Lorena, una alumna. Ya llevan dos años. Se casaron hace cuatro meses. Justicia divina, supongo. O justicia sola, de divina nada, porque la pasé como el orto.

En mi interior grité «gol» con la misma fuerza con que había gritado el de Caniggia a Brasil en el Mundial 90. Mi fiesta duró un segundo: si te dolía igual que a mí cuando los encontré, no le deseaba esa experiencia a nadie. Ni siquiera a vos, Julieta, que me la hiciste padecer.

—Uh —dije—. Qué cagada.

No soné ni un poco cínico. Me mordí la lengua para no preguntar detalles. Te ocupaste vos.

—Lo descubrí hará dos años —dijiste—. Estábamos mal hacía rato, pero flotábamos. Teníamos una inercia

que era cómoda. ¿Viste cuando estás en una niebla y te acostumbrás? Bueno, eso. La niebla se convierte en la normalidad.

—¿Perdón? ¿Esta es Julieta León? ¿La misma que conocí yo?

—Y sí, loco. Lo de «salir de la zona de confort» no me va. A mis cuarenta asumí que el confort me encanta. —Tomaste un trago y te sacaste las migas de los dedos, con ese movimiento rápido que es parecido a salar una comida—. Una noche llegué a casa, después de dar clase. Eran tipo once y media de la noche. Nicolás venía más tarde, tenía ensayo. Camilo estaba en su cuarto, le pregunté si quería cenar conmigo, me gritó que se había comido las milanesas que sobraron del mediodía. Pendejo de mierda, me podría haber guardado una. Tenía hambre, me tiré una milanesa de soja a la plancha. Encendí la compu del living para ver algo. Me di cuenta de que me había olvidado de avisarles a mis alumnos y a la gente de la sala que la semana siguiente no daba clases. Mi grupo era los martes y una amiga estaba haciendo funciones ese día, quería cancelar para ir a verla. Me pareció mejor hacerlo rápido, así no me olvidaba. Como había encendido la compu, entré a WhatsApp Web y vi que Nicolás había dejado abierta su sesión.

—Ay...

—Esperá.

—No sé si quiero escuchar.

—Vas a escuchar igual. No soy de mirarle el teléfono al otro, ni redes. Puse el cursor en «Cerrar sesión». Tenía

la vista apoyada, digamos, en los últimos mensajes. ¿Viste que te quedan a la vista en los chats? Bueno, uno me llamó la atención.

—¿Qué decía?

—«Te amo. Pero tengo miedo, ayudáme».

—Es una linda frase, no me lo vas a negar.

—Es una frase hermosa. El problema es que se la escribió un contacto agendado como «Dentista». Basicón, ni siquiera un nombre original puso.

—¿Entonces?

—Puteo, olía quilombo. Y me siento, para leerlo todo.

—Obvio.

—Me voy para arriba en la conversación, a ver de dónde venía. En el viajecito con el cursor veo pasar unas palabritas que me ponen tensa: «amor», «estuvo lindo», «cuándo repetimos». La conversación llegaba dos días atrás y listo. El forro borraba los chats.

—Menos este.

—Sí. Ya tengo ganas de romper cosas. Pienso maneras de espiarlo, ponerle una aplicación en el teléfono, mantener esta sesión abierta, algo. Trato de calmarme, Camilo estaba en su cuarto. Respiro. Y leo bien la conversación. La piba lo dejaba. Le decía «no quiero seguir con esto». Y «esto» no era el chat. Nico le pedía tiempo para hablar conmigo. De manual. Él le preguntaba si no lo quería. Y ella tiraba eso: «Te amo. Pero tengo miedo, ayudáme». Divina.

—¿Así cerraba?

Asentiste. Tomaste un trago de fernet.

—Ahí entra un mensaje a mí teléfono —dijiste—. Era él, me pregunta si estaba en casa. Le escribo que sí y veo mi propio mensaje en la pantalla, muy loco.

—Muy.

—Me dice que va a llegar más tarde. Le digo que no se haga problema, pico algo y a la cama. Se despide amoroso y huelo que la milanesa se quema sobre la plancha. Entonces, ¡plop! Nicolás le escribe. La conversación con «Dentista» se reactiva.

—Decime que te quedaste viendo en vivo cómo chateaban.

—Sí, señor. Él le pide perdón por no haber seguido la charla. «Tuve que cortar porque llegó la familia», decía. Mentira, siempre estuvimos en casa. Ella respondió al toque. Debía tener el teléfono pegado al pecho, esperando que el tipo le escribiera.

—¿Y vos qué hiciste?

—Le grité a Camilo que iba a tener una llamada con amigas, para que no saliera de su cuarto. Me traje la comida y me senté a disfrutar de la charla, como si fuera una peli.

—Dios santo.

—Es lo mejor que pudo haber pasado. No iba a tener que explicarme nada, lo estaba presenciando en vivo y en directo. Fue lo más explícito que leí en la vida, Dani. Un porno mental, se decían lo que pensaban sin filtro, era como ver adentro de sus cabezas. Acepté que Nico estaba enamorado. Dijo que me quería contar. La hizo fácil. Después de esa hora, no íbamos a durar nada.

—¿Chatearon una hora? ¿Y los leíste todo el tiempo?

—Cada una de las palabras. Fue una lección de dramaturgia. Era para transcribirla y convertirla en la escena final de una comedia romántica. Lástima que no llegué a grabar la pantalla. Se dijeron «te amo» y Nico borró el chat. Llegó a casa y me dijo que tenía que hablar conmigo. Le dije que ya sabía y que escribía hermoso. Cosa que pienso de verdad. Se fue de casa al otro día. A la pendeja todavía no la conozco. Se lleva bien con Camilo, por lo menos.

—Lo siento —dije—. Qué situación de mierda.

—No dábamos para más. Igual lloré como un perro cagado a palos, ojo.

—Te imaginarás como te entiendo —dije.

Te quedaste mirando la gente que pasaba por la peatonal.

—Listo. Ese episodio es parte central de mi expediente, señor inspector —dijiste—. Ahora estoy sola. Después de Nico estuve medio año con un pibe, pero ya está.

—¿Pibe? ¿Cuántos años?

—Treinta y uno.

—¡Te comiste un pebete!

—Calláte, estúpido.

—¿A qué se dedicaba?

—Documentalista.

—Nunca un cirujano, un abogado...

—Voy por esos. Hombres que cenan a las nueve y a las diez ya estamos en la camita viendo series. —Hiciste una pausa, entrecerraste los ojos—. ¿Por qué me tratás así?

—¿«Así» cómo?

—Bien.

—¿Tengo que tratarte mal?

—Aceptaste venir, charlar. Si no me hablaras, tendrías razón.

—¿Querés que no te hable más?

Sonreíste, escondiendo el gesto.

—No —dijiste—. Me gusta que me hables.

La gente pasaba por el arco del paseo. Había bastantes turistas, se los reconocía por tener el celu en la mano, listo para sacar fotos, queriendo capturar todo. No tenía respuesta para tu pregunta sobre por qué te trataba bien. Mentira, la tenía, pero me exponía demasiado: quería verte. Terminaste el fernet.

—Te veo contento —dijiste—. Me alegra.

—Estoy contento. Y estoy contento de verte.

—Yo también.

La confesión nos volvía vulnerables. Todavía nos gustábamos y estábamos felices de vernos. Hicimos silencio. Lo que había pasado flotaba como una nube invisible. Pero no íbamos a hablar de eso. No ahora, no ahí. Quizá no íbamos a hablar en todo el viaje. Entonces, invadiéndome como un fuego que se enciende de golpe, me sentí un boludo. Pensé: ¿qué carajo estoy haciendo? Creo que fue angustia, que se despertó disfrazada de rabia y lucidez. Me acomodé en la silla, uno de esos gestos que cuentan que damos por finalizado el encuentro.

—Voy a arrancar —dije—. Con lo del auto dormí poco y mal.

—Mejor, yo tengo que preparar cosas para el teatro. ¿Me acompañás al hotel?

Te dije que sí. Pagamos la cuenta entre los dos. Hicimos juntos, un poco incómodos, las diez cuadras hasta Viña de Italia, tu hotel. En el camino, agregamos detalles a la actualización de nuestra historia: una internación de tu vieja, el día que me quebré el brazo. Nos íbamos pasando información como si intentáramos llenar la ausencia de esos casi veinte años de silencio. Llegamos.

—Acá —dijiste y me miraste—. Nos vemos después, ¿no?

Tenía ganas de besarte. Me acerqué a vos y te abracé. Salimos del abrazo, me tocaste la cara y sentí esa electricidad dulce, tan nuestra. Entraste. Caminé a mi hotel, asombrado porque me había empecinado en olvidarte durante dos décadas y, en noventa minutos, había vuelto a foja cero. Quería dar la vuelta y pedirte que siguiéramos charlando. ¿Se puede ser tan boludo? Sí. Y mucho más también.



MIÉRCOLES



Volví a mi hotel, me instalé en la habitación y pasé casi todo el resto del martes repasando letra. Crucé unos chats con Alejandro, contándole que te había visto. Dormí una linda siesta. Hablé con la gente del Teatro Real, quedé en ir a verlo al otro día, para investigar la parrilla de luces, los camarines y el escenario, como los jugadores que hacen reconocimiento del terreno de juego. A lo largo de mi carrera, esta precaución me había salvado de más de un mal momento. En un teatro municipal que no voy a mencionar, revisé el escenario y encontré un foso de cinco metros en la parte de atrás. Me ocupé de no llegar ahí durante la función. Unos meses después, leí la noticia de que una actriz se había caído y quebrado las piernas.

A las nueve salí a cenar. Repasé con el libreto sobre la mesa del restaurante y comí espagueti alla carbonara. La panera era un lujo y me la devoré entera, junto con el dip de ricota y verdeo que habían traído para acompañarla. Volví y me acosté. Me costó dormirme. Repasé los momentos en que, durante nuestra charla de ese día, podría haberte dicho un piropo o meterte un beso. Y los escenarios opuestos: sospeché que no tendría que haberte saludado en el museo, o saludarte y después irme, no sé, algún

acto que me hiciera sentir —o al menos parecer— autónomo y poderoso. Una acción que me sacara de este lugar de perrito pasivo controlado por tu correa invisible, por tu mirada de ojos negros, que me hipnotizaba y hacía que a cualquier cosa que dijeras yo respondiera «sí, obvio». Esto de revisar lo hecho y sentir que todo fue incorrecto me pasa seguido. Exijo haber hecho, dicho o sentido algo que no sé qué es, pero nunca lo que efectivamente hice, dije o sentí. Es agotador, lucho contra una perfección inexistente e imposible de alcanzar, porque no está definida.

Enumeré las cosas que tenía que hacer en los días por venir, y en el medio se filtraban otros momentos de nuestro pasado. La cantidad de boludeces que pienso e imagino es impresionante. Y la distancia entre la razón y lo emocional también. Me podía decir «en las próximas treinta horas vamos a evitar hablar con Julieta», para después, cuando pasaran diez segundos del lapso establecido, rogarte que nos viéramos, como quien se tira de cabeza a un incendio. En vez de pelearme conmigo por ser un imbécil emocional, convenía aceptar, abrazar y hasta celebrar mi idiotez. Era hora de asumir que el boludo interno, que muchas veces toma el comando de mi existencia, siempre iba a estar ahí.

Esta vez me puse el despertador a las ocho. Me duché, me puse el único traje que había llevado, desayuné liviano en el comedor del hotel y caminé las cinco cuadras al Teatro San Martín, donde a las once de la mañana se haría la presentación del festival. En la entrada del teatro había dos banners verticales con la leyenda «Teatro es vida. Festival Internacional 2022». ¿«Teatro es vida»? Qué

afirmación. El teatro es lo que cada uno quiere que sea. Cuando es aburrido, que suele ser las más de las veces, se parece a la muerte. El edificio del San Martín es imponente. Es parecido al Teatro Colón, después supe que lo había diseñado el mismo arquitecto. Esas estructuras gloriosas, proyectadas para durar por siempre. El hall estaba repleto de gente bien vestida de verdad, no como yo; camarógrafos y periodistas haciendo notas; artistas que eran parte del festival y otros que no, todos hablando como cotorras. Odio esto, que no tiene nada que ver con hacer teatro.

—¿Buen día, galán! —dijo Alejandro—. Cuando terminemos, no te escapes, que te quiero presentar gente.

—Pero odiamos a la gente.

—Por eso —dijo—. Para que la pases mal.

—¿Listos para un empacho de embole? —dijiste vos, saludándome.

Tenías puesto un saco, te quedaba hermoso. Alejandro y vos se dieron un abrazo largo. Lo besaste en la mejilla, con ruido.

—¿Ustedes no se habían visto? —pregunté.

—No, pero en los últimos días hablamos muchísimo —dijo Alejandro.

—Tenés que contarme de tu nueva obra —dijiste.

—¿Silencio, alcahueta! —dijo Alejandro.

—Qué farsante —dije—. ¿No era que ibas a dedicarte a la novela?

—Ya soy grande y puedo contarle lo que quiera, a quien quiera y cuando se me cante la puntita de la cabeza de la chota —dijo Alejandro, sonriendo—. Dicho sea de

paso, la chota tiene un agujerito que bien podría ser una boca que cante. ¿Hacemos una obra con ese recurso?

—Conmigo no cuenten —dijiste.

—¿Cómo está Camilo? —pregunté.

—Mejor. Anoche se quedó viendo chicas de acá en Tinder, creo que consiguió cita.

—Ojo —dijo Ale—, las cordobesas son bravas.

—¡Listo, a almorzar los cuatro cuando esto termine!  
—dijo Nicolás.

Llegó de la mano con Lorena, su esposa actual. Me pareció que el comentario había sonado feo: había dicho «cuatro» y no «cinco»; no la incluía. Lorena era bellísima, tenía los ojos celestes muy claros, pelo negro larguísimo y estaba producida para una gala de los Oscars, con un vestido largo y apretado. Demasiado elegante para un evento que iba a terminar con fosforitos y gaseosa servida en vasos de plástico. Era alta como Nicolás y tenía una figura que me hizo acordar a las mujeres de Modigliani. A propósito de artistas plásticos, quedó pintada, porque Nicolás no la presentó: se abrazó con Alejandro, te dio un beso en la mejilla y me tendió la mano.

—Después de la presentación sirven comida —dijiste, aclarando que almorzar juntos no era una opción. Después miraste a Lorena para darle entidad—. Vos debés ser Lorena. Yo soy Julieta.

—Hola —dijo Lorena.

Levantó la mano y nos saludó. «Qué tal, cómo estás», dijimos nosotros. Era la primera vez, después de mucho tiempo, que estábamos los cuatro juntos. Y una intrusa.

Hubo un silencio incómodo y nostálgico. Lorena era el vivo certificado de que había pasado el tiempo: tenía más o menos la edad nuestra cuando éramos amigos. También emanaba esa alegría estúpida que a veces sale de algunas mujeres que han cazado a un macho y que, al cruzarse con su antigua hembra, quieren demostrar que son las nuevas dueñas de ese pito. Vos lo sentías, y sonreías por eso.

—Un gusto conocerte, nena —le dijiste. Después te dirigiste a nosotros—: Nos vemos en unos minutos.

Saliste del grupo y te metiste adentro del teatro. Alejandro pidió permiso y se fue. Le dije a Nicolás que hablábamos más tarde y los dejé solos. Caminé unos pasos, en el trayecto saludé y di manos y besos a funcionarios y colegas. Un periodista se acercó con el micrófono de un canal provincial y hablé dos minutos. Un grupo de mujeres con vestidos rojos nos arriaron y entramos a la sala. Las butacas eran de pana roja brillante, como las alfombras y las cortinas. Me entraron ganas de ponerme una peluca antigua y pedir que empezara *Figaro*. Tenía cuatro niveles; la platea y los palcos del primero y el segundo se llenaron con periodistas y fotógrafos. A los que participábamos en el festival, nos sentaron en unas sillas más modernas sobre el escenario, donde había un atril de conferencia con un micrófono, escenografía oficial de todo evento aburrido. Te vi llegar, señalaste la silla a mi lado y como el bobo que soy le puse la mano encima para esperarte. Te sentaste.

—Horrible la pendeja —dije—, no te llega ni a los talones.

—Yo no le llego a los talones, boludo —dijiste—. ¿Viste qué alta es?

Un hombre que debía andar arriba de los ochenta, vestido con traje azul impecable, se acercó al micrófono. Con voz de locutor de los años sesenta, nos dio la bienvenida, dio inicio al evento, pidió que nos sentáramos, y agradeció la presencia de ciertas personas y la generosidad de otras. Invitó a hablar al secretario de cultura, un hombre corpulento, canoso, que debía tener unos cincuenta años. Empezó su discurso con «es un orgullo dar comienzo al festival» y pensé que hablaba como si hubiéramos ido gratis. ¿Sabe la gente que nos garpan? Empecé a aburrirme.

—Me voy a clavar un cuchillo en el empeine —te dije al oído.

Te reíste. Cómo me gustaba hacerte reír, me había olvidado. El secretario resaltó el esfuerzo que había implicado hacer este encuentro en una época de tanta crisis. ¿Alguna vez no hay crisis? Puse mi mejor cara de empleado del mes. Terminó su perorata. Aplausos. Volvió el locutor y le dio la palabra a un señor con un cargo que no entendí qué era, algo así como el asistente del gobernador, que no pudo venir porque tenía un Congreso de Algo Más Importante en Otro Lado. Hizo bien, pensé. Aplausos.

—¿Por qué se aplaude, aunque hayan dicho una estupidez? —preguntaste.

—Adhiero —dije—. Habría que regular el aplauso.

—Eso. Normalicemos tener unos segundos para meditar si lo escuchado es digno de aplauso —dijiste—. Que sea voluntario o nada.

—Es un esfuerzo, implica movimiento, energía. Que más seis calorías, creo.

—Propongo la creación de una Policía del Aplauso, que defina cuándo hay que aplaudir y cuándo no.

—¿Que elijan otros por uno? Me parece lo mejor. Te banco.

Nos reíamos bajito. El asistente terminó su speech, y volvió el locutor para presentar al director artístico del festival. ¿Por qué no se pasan el micrófono sin que el locutor oficie de intermediario? El director artístico saludó y le hizo una seña a la gente de la cabina. Las luces de la sala se apagaron y barajé la posibilidad de huir. Te di la mano en la oscuridad y me la apretaste fuerte. Te iluminaste, porque había empezado a proyectarse un tráiler del festival. En el apuro, nunca midieron que el proyector quedó bajo, la lámpara nos pegaba en la jeta a los que estábamos en el escenario. En el video había grabaciones buenas y otras pedorras, como la mayoría de las filmaciones de una obra de teatro. A nadie se le había ocurrido, tampoco, que la pantalla iba a estar a nuestras espaldas: éramos sesenta bolidos con la cabeza girada hacia arriba.

Terminó, aplausos otra vez y dijiste que también tendría que haber Policía de Proyectores. El director artístico habló de la agenda, resaltó la cantidad de elencos e invitados, la duración del festival; avisos parroquiales que deprimían. A los que teníamos un gramo de fama nos nombraba, a otros los enmarcó como «prestigiosos artistas», a Nicolás lo aplaudieron; en la sección unipersonal nos presentaron a vos, a mí y a Celina Generosa, una pampeana de treinta

años que hacía una obra con temas de astrología. Había escuchado de ella, era un pequeño fenómeno en redes. La frutilla del postre era Garth Vankell, un noruego que estaba de moda en Europa con una versión de *Macbeth* hecha con su elenco de teatro antropológico. Corriente estética que respeto, pero me aburre. Sospeché que los de Cultura habían roto la alcancía para traerlo, era como si Talleres hubiera comprado a Cristiano Ronaldo. El director habló de la alegría de juntarnos, nos agradeció por estar ahí. De nuevo: vine porque me pagan, amigo. Y porque venía ella, pensé y te miré: el saco un poco arremangado, el pelo ondulado y brillante, tus ojos negros mirando al señor en el atril. Sonreías, y yo sabía que por dentro te carcomía el aburrimiento, el sinsentido de perder el tiempo en cosas que no tienen nada que ver con el oficio que nos gusta, que estudiamos y nos seguía reuniendo. Vi que Nicolás, en la fila delante de la nuestra, cinco butacas a la izquierda, me miraba mirándote y sonreía. Me acordé del «Linda piba, ¿no?». Muy linda, sí. Le sonreí a Nicolás y él desvió la mirada.

Fin del evento. Aplausos fuertes, que no son por lo escuchado, sino por la alegría de que se terminó la tortura. «Voy al baño», dijiste, y saliste. Los periodistas se quedaron dentro de la sala y una chica de rojo invitó a que entremos en la parte de atrás del escenario. En lo que debía ser un taller de escenografía, nos recibieron mozos con bandejas y mesas con bebida y comida. Cosa que siempre me alegra, es una compensación por haberme portado bien y no gritar «me aburro». Me agarré una empanada de carne frita, la mordí arriba de un platito para no mancharme.

Hice sociales obligado, porque quedé junto a tres personas que charlaban. Uno se llamaba Osvaldo Grosso, debía tener arriba de sesenta, grandote y buena onda; dirigía una compañía mendocina que trabajaba bastante, alguna vez los había escuchado nombrar. Otro se llamaba Miguel y era chileno, tenía un espectáculo con dos actores más, su gobierno les había pagado el viaje. La tercera era Celina, la astróloga. Hablamos unos minutos. A la segunda vez que explicó, con aire didáctico y voz nasal, que este evento se alineaba con algo que pasaba en el cielo, me hice el boludo y sin despedirme enfilé para la mesa de las tortas, donde Alejandro se cortaba la última porción de cheesecake. Le pregunté cuándo ensayábamos y dijo que avanzara solo, el trabajo de organizar lo consumía. Le dije que no fuera forro, que al menos hiciéramos una pasada. A unos metros, vos hablabas con Nicolás. Más allá, Lorena formaba parte del séquito que escuchaba al Profeta Noruego.

—¿Este rubio cuánto cobró? —pregunté.

—Más que vos —dijo Ale—. ¿Me parece a mí o con Julieta hay tensión sexual?

—Siempre —dije—. ¿Se nota?

—Ni un poco —dijo Alejandro. Se metió un pedazo de torta en la boca y, masticando, agregó—: La embarazás con la mirada, nomás.

Te acercaste con mala cara.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—El boludo se va de acá a Mar del Plata a pasear con la pendeja. Quiere que Camilo vaya con ellos. Me hizo comprarle el pasaje de vuelta al pedo.

—¿Y el nene qué tiene ganas de hacer? —preguntó Alejandro.

—Todavía no le dije, pero va a agarrar. Le está ofreciendo playa y alfajores Havanna, no puedo competir contra eso.

—Señor Ahumada —dijo el asistente del gobernador, que se había acercado. Dejé la empanada y el plato en una mesa. Él bajó la voz y dijo—: ¿Lo puedo molestar un segundito?

Nos alejamos unos pasos. Me dijo que el gobernador agradecía la discreción con el «episodio de anteanoche». Estaban trabajando para resolverlo y, si me parecía bien, en lugar de un cheque me harían la transferencia por la totalidad de mis servicios, «con un plus, por las molestias ocasionadas». Dije que no hacía falta, pero bueno, iba a estar agradecido. Esperaban resolver lo del auto antes del cierre del festival, caso contrario me darían un pasaje aéreo para mi regreso. Rogó que siguiera manteniendo la discreción; le dije que se quedara tranquilo, no pensaba subir una story a Instagram contando que me habían robado el auto. Se rió de una manera exagerada, mi chiste no había sido tan bueno. Quiso darme la mano y le dije que no, la tenía sucia. Se fue y apareció Nicolás.

—¿Hora de nuestro trago? —preguntó.

—Si es con tu mujer, lo hacemos en otro momento —dije.

—No, solos —dijo—. Tenemos que ponernos al día. Y hay un tema que quiero hablar con vos.

Que me debés un acolchado, pensé. Porque aquel que habían usado cuando los encontré me traía tan malos recuerdos que, unos meses después del episodio, lo tiré. Me quedé mirando a Lorena. Junto con seis o siete personas le sonreía al noruego, embobada como si el tipo fuera Mick Jagger. Pensé que sería lindo que el noruego y Lorena se encamaran. Me puse malo, o siempre había estado así de enojado y volver a verlos reflató mi rabia. Les dije a Alejandro y a vos que volvía en un rato. Me acerqué a Nicolás. Con mi mano llena de grasa, le di una buena palmada en el hombro.

—Vamos, querido —dije.

«Por el reencuentro», dijo Nicolás, levantó su gin tonic y brindó conmigo, que me había pedido un mojito. Nos habíamos sentado en banquetas junto a la barra en Astor, un bar que el San Martín tiene adentro del teatro. Es un lugar chico, no debe medir más de diez por cinco. Tiene un estilo moderno, parecido a un bar careta de Palermo Hollywood: sillones, pocas mesas, una cúpula bonita y lámparas largas en forma de rulo que bajan del techo. Demasiado cool para mi gusto, hubiera preferido una decoración más clásica en ese edificio. Había música de fondo, un tema que me encanta: «Take Five», de Dave Brubeck. No eran ni las dos de la tarde, pero yo era una coctelera de emociones por estar con vos y reírnos, por ver a este tarado y darme cuenta de que lo seguía queriendo y odiarme por eso, por encontrarnos los cuatro y sentir que el tiempo me pasaba por arriba. Y Valentina, siendo desvirgada en mi cama. Me bajé medio vaso de mojito de un sorbo.

Pensé que, por una pulsión curiosa, también estaba ahí para entender qué le había pasado por la cabeza a este tipo para terminar acostándose con vos. Quería desafiarlo, saber qué decía. Necesité todos esos días en Córdoba,

meta ver teatro y emborracharme, para asumir que no se puede entender a nadie. A veces no nos entendemos ni a nosotros mismos, imagináte a otros. Fijáte en lo que hacen y ya, tómalos o déjalos.

Nicolás me contaba de los viajes a Europa con sus espectáculos, quería radicarse allá para tener un hijo con Lorena, porque acá «la cosa siempre está complicada». Pensé: qué descubrimiento, Einstein. Preguntó por Valentina y me cansé.

—Ahorráte lo social, Nico —dije—. No te interesa mi vida. Para eso hubieras llamado antes. O no hubieras cogido con Julieta. Te acordás, ¿no?

—Estás enojado —dijo—. Está bien, tenés razón.

—No, ya no estoy enojado. Estuve. Triste, sobre todo. Me voy a enojar si me analizás o seguimos tomando como si fuéramos amigos. Qué querés.

Nicolás terminó su gin tonic, apoyó el vaso vacío en el mostrador de la barra y giró en su banqueta.

—Escribí una obra —dijo—. Ya está confirmado el montaje, con una productora grande. La idea es arrancar en España, cruzar a México y bajar por Latinoamérica. Si sale bien, podríamos estar un par de años haciendo funciones.

—Te felicito.

—Quiero que la protagonices vos.

Bebí del mojito. Saboreé la menta contra el paladar. Apoyé el vaso; esperaba que me aclarase, pensé que había escuchado mal.

—Es una joda —dije.

—No.

—¿Y por qué yo?

—Sos un gran actor y la obra habla un poco de esto.

—De «esto» qué.

—De lo que nos pasó.

—Cagamos, hiciste una obra biográfica. ¿Mi personaje tiene cuernos?

—No es biográfica. Tomé algunas cosas. Quería hablar de lo nuestro. Porque a mí también me dolió, ¿sabés? Mucho. Yo perdí un amigo. Y lo mío con Julieta no funcionó.

—Estuvieron juntos casi veinte años, si eso no es funcionar, no sé.

—Escribir es una buena manera de exorcizarlo.

—Andá a un chamán, Nicolás.

—En serio te digo, boludo.

—No podés hablar de lo que «nos pasó». Me pasó a mí. Lo de ustedes fue un acto bastante voluntario —dije—. Esperá, no querrás que Julieta actúe.

—Ni loco. Además, es una pésima actriz.

—Qué pedazo de hijo de puta, decías que actuaba bárbaro.

—¡Mentira!

—¡Jurabas que iba a ser nuestra Meryl Streep!

—Cosas que uno dice estando caliente. Ya pasó. Trato de no hablar con ella. Salvo por temas de Camilo, que está grande y decide mucho solo. Dentro de poco no vamos a tener contacto, cosa que me alegra.

—¿Tanto?

—Nos sobraron cinco años, Dani. Eso te mata.

—También podrían no haber empezado la relación.

—Fui el tipo más estúpido del mundo. Yo... —hizo una pausa—. No tengo manera de cambiar lo que pasó. Perdón.

Terminé el trago y apoyé el vaso en la barra. Lo alejé un poco. Me crucé de brazos y me quedé mirando a Nicolás. Qué buen actor, pensé. Le creía el sufrimiento.

—¿No te dieron ganas de tener esta charla antes? —pregunté.

—Siempre. Me torturo con la culpa. Perdonáme.

El barman retiró los vasos y preguntó si queríamos algo más.

—No, gracias —dije. Miré a Nicolás—. No sé si tengo ganas de que trabajemos juntos.

—¿Te puedo dar el texto, por lo menos? Lo lees tranquilo en Buenos Aires. Si te gusta, el papel es tuyo.

La propuesta me seducía. Nicolás era un director de renombre, trabajar con él significaba ganar buena plata y recibir una visibilidad que hacía rato no tenía. Le dije que me mandara la copia. Me levanté de la barra, me propuso seguir charlando otro día y le dije que sí.

Volví al salón donde habían servido el catering. Las bandejas estaban vacías, como si un ejército de hormigas hubiera arrasado la comida. Alejandro me dijo que te habías ido a conocer la sala donde hacías tu obra. Hablamos un rato y se fue. Me comí otra empanada. El noruego seguía rodeado de gente, su capacidad de armar séquito me daba un poco de envidia. Sobre una de las mesas, encontré

una pila de trípticos con la programación del festival y agarré uno. La primera obra se hacía en un rato, un elenco de Uruguay traía *Llega el hombre del hielo*, de O'Neill. Pensé en ir, era cerca. Vi que duraba tres horas y desistí. Creo en el dicho: el espíritu no puede recibir más de lo que el culo puede soportar. Aunque se junten Los Beatles, no me banco algo que dure más de una hora y media. Adoro cuando digo esto y alguno se ofende, o me dicen que me perdí una obra de cuatro horas que era bárbara. Que se ahorren la teoría para explicarme por qué estoy equivocado, pero al final el arte, tanto para hacerlo como para consumirlo, es igual a visitar una heladería: hay que elegir lo que te gusta. Y fin del análisis. Si querés dulce de leche granizado, pedí eso siempre. Te van a querer seducir con nuevos artistas o cosas que «hay que ver», como si la heladería te anunciara que salió una nueva Crema Belga, con nueces orgánicas tostadas bajo el sol de Amberes, en cuyo cielo no hay polución y activa el fruto seco con más sabor. Aplaudo la complejidad de esa fórmula, pero yo quiero mi gustito favorito. Disfruten y dejen disfrutar, señores.

Me fui al hotel. Le mandé mensaje a Alejandro y le pedí tu teléfono. «Por fin», dijo, y me lo pasó. Te escribí y respondiste enseguida. Te conté de mi encuentro con Nicolás, me contaste cómo te estaba yendo a vos en la sala. Me preguntaste si iba a ir a verte actuar. Dije que sí. Qué extraño es el chat, a veces genera más cercanía que un encuentro en persona. ¿Será por la sensación de que nadie nos observa? Es una intimidad artificial. En el medio de nuestra charla, me sonó el teléfono y atendí: era una

periodista local que quería sacarme al aire en la radio. Me despedí de vos e hice la nota, donde hablé de lo contento que me sentía por haber sido invitado, de lo linda que era la provincia, todas cosas reales que no dejaban de ser una sarta de lugares comunes por las que implícitamente también me habían pagado.

A las cuatro, me dormí una siesta larga. Me desperté y repasé una vez más la obra solo, en la habitación. Salí a cenar al mismo restaurant que la noche anterior. Llamé a Alejandro y no me atendió. Pensé en tomar algo o salir a caminar. Preferí guardarme la energía para lo que se venía y volví al hotel. Me duché. Me metí en la cama. Me habías escrito un mensaje. Chateamos otro rato largo. Te sentía cerca, me gustaba eso. Te dije que nos estábamos mandando mensajes y caritas, como cuando usábamos el Messenger, veinte años antes. Nos despedimos a la una de la madrugada. Me dormí contento y tranquilo.



JUEVES



Me levanté a las ocho. En el desayuno repasé la letra y me sentí contento, había recuperado todas las palabras, las pausas, cada uno de los sentidos de las frases. No creo que actuar sea más que aprenderse la letra. Y no por esto es algo menor. Al contrario. Se lo digo a mis alumnos: el cristiano que reza el padrenuestro o el budista con el Nam Myoho Renge Kyo no tienen miedo de aburrirse: repiten exactamente lo mismo, sin cambiarle una coma, porque esa frase invoca la magia y produce el milagro. El que cada uno quiera: que Dios te perdone por mirarle las tetas a tu vecina, que El Iluminado venga a traer la paz mundial, cada loco con su tema y cada místico con su delirio. Pero la frase se repite tal cual. La mecanicidad libera el inconsciente: ese es el auténtico «no pensar». Muchos actores patinan con la letra, porque no la estudian de memoria. Saben los conceptos. A veces, el texto está mal escrito y quien lo actúa, como si recibiera un plato con comida de dudosa calidad, le mete condimentos para que mejore: suspiros, miraditas, gestos excesivos con las manos que lo hacen parecer un policía que dirige el tránsito. Resaltadores de la expresión, para darle un poco de carne a la letra anémica. Alejandro no, él era un gran escritor.

Había hecho un buen trabajo para que este texto fuera glorioso de leer, hermoso de estudiar, gozoso de decir y disfrutable de escuchar.

Mientras comía mi yogur y tomaba mi café, miré el texto. La tapa transparente dejaba ver la primera página: *Pase de pantalla*, de Alejandro Coba y Daniel Ahumada. La idea original era mía, él la había desarrollado y tuvo la gentileza de incluirme como autor. Cuarenta hojas impresas a simple faz, anilladas. A la gente le impresiona y pregunta: «¿Cómo hacen para estudiar tanta letra?». Conozco a varios que dan una explicación poco real, sobre «conectarse» con el texto, como si las palabras fueran un wifi que emite una onda y nuestra mente un dispositivo que tiene que agarrarla; explicaciones poéticas, que son una manera de darle al proceso un halo misterioso. Pero no hay secreto: tenés que sentarse y estudiar. Lo que sabés de memoria (el himno, el jingle de una gaseosa, un número de teléfono) es por haberlo repetido lo suficiente para que se te grabe. A cuánto boludo escuché hablar de «la comprensión» del texto para «sentirlo». No hay que sentir nada. El que tiene que sentir es el espectador. Un gasista no se ocupa de sentir la pinza cuando te arregla la estufa, ¿para qué lo haría? Al contrario, se desconcentra y realiza mal su trabajo: sintió mucho la pinza, pero el aparato sigue perdiendo gas.

Pensaba en estos temas porque me parecía una buena idea charlarlos en mi clase. Además del texto, llevé un cuaderno y una lapicera al comedor y anoté ideas. Me pareció lo mejor —lo más fácil, en realidad—: hablar del

proceso de armado del unipersonal. Mostrarles la cocina. Quitarle la mística, que no la tiene. Al final, actuar es tan concreto como levantar una pared: hay que poner el cuerpo y hacer lo que hay que hacer. Si en algún momento tengo tiempo, guita y voluntad para pagarme el capricho, voy a militar fuerte por la desmitificación del proceso creativo. Me revientan los que hablan con idioma brujo; te hacen creer que existe una varita mágica, cuya posesión otorga los poderes del Acto Creador. El tema es que solo ellos acceden a ese artefacto y para compartirte su conocimiento tenés que pagarles una cuota mensual que alcanza para mantener a una familia tipo. Los odio. Anoté algunas cosas, desayuné fuerte, volví a la habitación, me cambié. El Centro Cultural Paseo de las Artes, donde se iban a dictar las clases, no quedaba tan cerca, eran quince minutos en auto. Pedí un taxi. En el viaje, repasé las notas.

El Paseo de las Artes es otro lugar imponente. Había sido un regimiento. Ahora tenía dos salas, una gigante para más de quinientas personas y, debajo de la platea, otra para ochenta. Lo más lindo es que los edificios del predio fueron convertidos en escuelas de artes: estaba la de teatro, la de cerámica, el conservatorio de música y otras que no recuerdo. En la entrada, me recibió gente de la organización, les pedí un termo y un mate y salí a la parte que está al aire libre. Quería volver a tener dieciocho años y estudiar ahí. Caminé un poco. Faltaba media hora para mi charla. Revisé el folleto con el detalle de las actividades, para saber dónde dictabas tu clase.

Entré a la escuela de arte dramático, que se llama Roberto Arlt. Tiene diez aulas distribuidas en dos pisos y un teatro para cincuenta personas. Busqué tu aula. La puerta estaba abierta, me asomé y te vi. Le hablabas a un grupo de treinta chicos y chicas que debían tener un promedio de menos de veinte años. Dios, qué viaje. Vos del otro lado del espacio, haciendo de profe. Te odié, de tanto amor que me despertabas. Ibas descalza y —casi me infarto— usabas la misma pollera que en el conservatorio, la que tenías al contar la anécdota del jarro. Estaban moviéndose y les dabas consignas. Yo había decidido que mi clase iba a consistir en tomar mate y divagar, vos seguías poniéndole un amor que yo ya no tenía. Tu alumnado fue a la punta del salón y hurgó en sus mochilas, sacaron cuadernos y lapiceras. Qué ganas de descalzarme y entrar. Te acercaste a la puerta para cerrarla.

—Nos vemos después, ¿no? —dijiste.

—¿Quedamos en algo?

—Íbamos al Uritorco, a buscar ovnis —dijiste, y te quedaste con el picaporte en la mano—. ¡Hoy hago mi unipersonal, boludo!

—Obvio que voy. Igual, lo de los marcianos es tentador.

—¿Conociste alguno?

—Miles. La CIA me prohíbe hablar de ellos. —Señalé a la gente adentro del aula—. ¿Qué consumieron que están tan excitados?

—Lorca. Tenían que aprenderse una frase.

—Ah, les diste drogas duras. ¿Y van a caminar por el espacio, para decir la frase en distintos tonos de voz?

¿O elegir una sola palabra y gritarla? Ya sé, mejor echarse en el suelo tipo bicho bolita y susurrarla hasta conectar con el alma de Federico.

Esa vez soné cínico. Era la intención. Vos nunca perdiste la sonrisa.

—Si viene el alma de Lorca, mejor que hable —dijiste.

—¿Vas a aceptar que estos ejercicios no sirven para nada? —pregunté.

Te diste vuelta. Miraste a la gente.

—Para actuar, no sirven. Es verdad —dijiste.

—¡Por fin! ¿Entonces?

—Para mí, es un trabajo. Cobro. Pero mirálos a ellos.

—¿Qué tienen? Además de acné.

—Están contentos. ¿No es bueno eso? Si algo sirve para que un grupito de treinta personas esté feliz, ¿es inútil?

—Touché —dije—. La próxima les tiramos un pedazo de lomo a la parrilla, eso también los va a poner contentos.

—Menos a los veganos. Chau, amargo, tengo que empezar.

Me cerraste la puerta. Seguí mi paseo uruguayo, cebándome mate en la caminata. Saludé a dos o tres colegas. En el fondo del pasillo, estaba el teatro de la escuela. En la puerta, un cartel decía: «Masterclass: Método Strassberg. Dicta: Nicolás Santamarina». Me tenté. Abrí y me asomé. La platea estaba llena. En el escenario, había un hombre de unos treinta años sentado en una silla. Tenía los ojos cerrados y el cuerpo relajado con las manos colgando; parecía dopado. Lloraba y no podía hablar. Nicolás le decía algo sobre «abrir sus canales». Una

vez más: ejercicios que no sirven para nada. Por cosas como esta, después subimos al escenario y nos tensamos, porque sentimos el deber de rendirle tributo a un ideal que es imposible de alcanzar, justamente por ser eso: un ideal. Hay quienes postulan que el actor o actriz es una suerte de monje que debe ocuparse todo el día de la voz y el cuerpo, invitándolo a aislarse para encontrar la «expresión más pura». El noruego era uno de esos. En el caso del Método, llorar parece ser el requisito principal. Reventarse emocionalmente, para ser «más sensible» y así «actuar mejor». ¿Y si el texto que me dan para decir es una porquería? A ninguna escuela de teatro, en los años que llevo cursándolas o visitándolas, se le ha ocurrido esta materia: «Cómo Mejorar un Texto Malísimo». Les vendría bárbaro a muchos. Porque se estudia con Shakespeare, Chéjov, Ibsen, que son como sastres que han hecho el traje perfecto. La mayoría de lo que nos llega no es tan sólido. Es como ponerse pantalones con forma de camisa y pretender caminar bien.

Cerré la puerta despacio. Caminé un poco más y vi otra aula con el cartel de «Arquetipos Zodiacales Aplicados al Teatro, por Celina Generosa». Quizá estaba sugestionado, pero creo que de adentro salía olor a palo santo. Seguí de largo. ¿En qué momento el teatro se convirtió en una disciplina cuasi esotérica? Ya habíamos pasado por una fase de ser primos de la psicología. Conozco muchos a quienes su terapeuta los «mandó a hacer teatro» para superar la vergüenza, cuando lo mejor que podía hacer era duplicarle las sesiones o derivarlo a un psiquiatra. Más

tarde, con la new age noventosa, empecé a ver carteles del estilo «Espacio energético. Yoga-Reiki-Teatro», como si fueran disciplinas de la misma órbita. Es hora de admitir que dar clases de teatro es lindo para facturar. No tenés que tener título habilitante, no es necesario que los participantes posean coordinación, ritmo, armonía, nada de lo que podrías pedirle a una clase de música o baile. Es el kiosco perfecto.

Llegué al aula que me tocaba, en la puerta se habían juntado unas veinte personas. Adentro estaba Alejandro sentado sobre una mesa larga, tomando mate entre dos micrófonos. Me hizo un gesto para que pasara.

—Tenés la cara iluminada —dijo—. La viste a Juli, ¿no?

—Y vos tenés la cara apagada. ¿Dormiste mal?

—Pésimo. Hace rato que duermo mal; o no duermo, directamente. ¿Arrancamos?

Alejandro chupó el mate, fue hasta la puerta y les dijo a los que esperaban que podían ingresar.

Para mi sorpresa y mi alegría, el aula se llenó. Hablamos más de dos horas sobre nuestro proceso creativo, la importancia de mantenerse fiel a las propias ideas. Me pareció que no había, que no hay, otra manera de encarar el arte. Que tampoco hay «el arte»: hay uno haciendo arte. En el medio, entraste al aula unos minutos. Te fuiste antes de que termináramos, porque tenías función. Considerando que no fue preparada y la dictaron dos locos que no son teóricos, la charla salió muy bien. La gente aplaudió y Alejandro me abrazó fuerte, como si hubiéramos

terminado una linda función. Teníamos hambre. Con un grupo de ocho o diez personas, fuimos a una parrillita y seguimos charlando del proceso creativo.

Volví al hotel y dormí una de esas siestas a las que me estaba haciendo adicto. A las seis me preparé para ir a ver tu obra. En un gesto de amistad, Alejandro programó el espectáculo de Nicolás el mismo día y a la misma hora que el tuyo, con lo cual evitaba que ustedes se cruzaran. Para mí no había dilema con respecto a cuál ir: siempre te iba a elegir a vos. Crucé mensajes con Alejandro, él iba a ir a lo de Nico, en el Centro Cultural Ciudad de las Artes. Tenía que estar ahí, en el evento del «director argentino con proyección internacional». Dijo que había visto la grabación de lo que hacías y que me iba a volver loco con tu actuación.

Tu unipersonal basado en *Yerma* era en la sala María Castaña, un teatro más pequeño que las otras sedes. Me hizo acordar a los lugares que visitábamos en nuestra época de estudiantes: en la entrada tenía un barcito apretado, con una barra pequeña, mesas antiguas y diminutas, con venecitas de colores y patas de fierro. En la pared colgaba una reproducción del afiche de Sarah Bernhardt en *Medea*, hecho por Alphonse Mucha. El jovencito o jovencita que venía hoy a hacer teatro a esta escuela, ¿tenía idea de quién era Sarah Bernhardt? ¿Tenía que saberlo? ¿Importaba?

Había fotos de James Dean, Harvey Keitel, Mastroiani, Jean Reno. En el arte nos declaramos lejos de lo religioso, pero tenemos nuestro panteón. Pedí la entrada, que me dieron gratis por ser parte del festival. Fui a la barra por un café. Desde una mesa, me saludó Osvaldo, el director de la compañía mendocina que había conocido en la presentación. Estaba con Miguel, el actor chileno, y la astróloga.

—¡El actor famoso! —dijo ella.

—Ex famoso —dije—. ¿Cómo era tu nombre?

—Celina Generosa —dijo la astróloga.

—Nos preguntábamos por qué no actuaste más en tele —dijo Osvaldo, sonriendo. Sentí que no me burlaba, que le interesaba en serio.

—Me llamaron un par de veces y lo rechacé —dije—. Aburre y agota, la verdad.

Osvaldo me dijo que los acompañara, agarré una silla de una mesa vacía y me senté. Miré el afiche de *Medea*: los ojos inyectados en furia. Los puñales. Qué pedazo de texto, ¿o no, Juli? ¿Te acordás las ganas que teníamos de adaptar una tragedia griega?

—Julieta y vos fueron pareja, ¿verdad? —preguntó la astróloga.

Me atoré con el café. ¿Quién le había contado? ¿Vos? ¿Alejandro?

—Hace ocho siglos —dije—. ¿Cómo sabés?

—Tengo una amiga que hizo el conservatorio con ustedes. Laura Tavarozzi.

—Mirá vos —dije, arrepintiéndome de haber venido a Córdoba.

Tuve que hacer lo que la decencia social pedía, aunque no me interesaba en absoluto: preguntar por Laura. De dónde la conocés, cómo anda, mandáale saludos. La astróloga hizo lo que yo menos quería: sacó su celular y me mostró fotos actuales de Laura. Tenía exceso de cirugía plástica: pómulos levantados y duros como rocas, labios hinchados, tetas gigantes y redondas como airbags. «Qué bien está», dije. La astróloga me hizo la pregunta que más temía: de qué signo era yo. «De Virgo», mentí. «En Chile vi tu unipersonal, es muy bueno», dijo Miguel, salvándome. Le agradecí, aproveché la interrupción y les hice preguntas a los que estaban en la mesa. Cruzamos datos, currículos, proyectos, cómo habíamos llegado al festival. Ya sea que alguno dijera que hacía teatro desde los veinte años, cerca de un viñedo o en Valparaíso, la astróloga agregaba a casi todo una explicación zodiacal. Eso me violenta. Me gusta la astrología, confieso. Para mí es literatura, la leo como ficción. Su lenguaje me ha servido para pensar mi arte, habla de escenas, de arquetipos, de conductas. Pero varios la usan de amortiguador para evitar confrontar con el mundo real. Si un mecánico va a una fiesta, no dice, con el vaso de vermú en la mano: «¿Sos biólogo? Muy de los que tienen Ford». Quiero decir que no clasifican a nadie relacionándolo con su oficio. Muchos de estos evolucionaditos lanzan sus etiquetas conceptuales como verdades absolutas. «¿Sos proctólogo? Típico de Tauro». La teoría va por delante de la experiencia, como si rotularan un producto dentro de una caja antes de abrirla. Insisto: no todos. Pero Celina Generosa sí lo hacía. Y yo me iba a hartar rápido.

La gente siguió sacando entrada y esperando de pie en el hall, ya no había sillas libres. A las seis menos cinco, una señora divina, que debía tener más de setenta años, salió de la boletería, dijo que podíamos ingresar, pidió que apagáramos los celulares y abrió la puerta de la sala. Entramos. El espacio tenía tarimas con sillas y el escenario era un piso negro. Vos estabas sentada en una silla, en el centro. Usabas un vestido amarillo pálido, ibas despeinada y con el maquillaje de los ojos corrido, parecía que habías llorado. Tenías en la boca una rosa, la mordías del tallo y te quedaba horizontal, como un pirata que aferra su cuchillo antes del abordaje al barco por asaltar. Mediocre de mí, imaginé que iba a sonar un flamenco de fondo. Pero no había música y el público entraba rápido en silencio. Apagué mi teléfono. Me senté en la segunda fila.

Te miré mejor, Julieta. Noté tus párpados con el rímel, el surco oscuro que te habían dejado las lágrimas teñidas de negro al bajar por tus mejillas. Tenías la mirada perdida. No, desahuciada. Loca. O peor: ida. La expresión «me sacó» existe porque intuimos que nuestro Yo tiene un centro, un sitio específico; un evento o una persona nos da un empujón y nos mueve de ahí. Nos «saca», somos un objeto cambiado de lugar. Así estabas, sacada. Aceleraste la respiración. Se te veía una conciencia activa, a pesar de la angustia. No lo contabas, no lo fingías: sucedía ahí, en vivo para nosotros. Se cerró la puerta de la sala. La gente apagó los celulares con disimulo, incómodos de interrumpir con sonidos mínimos tu rito. Porque eso era: una ceremonia, cuyo devenir no podía ser alterado, si no a

costa de un castigo. Estábamos en el templo de una pitonisa. Se fueron las luces de la sala. Entonces te pusiste de pie.

Y ahora quiero hablar del amor. Y del arte. O para ser más exacto, de mi amor y mi arte. Dos cosas que (lo supe esa tarde) siempre estuvieron juntas. Para este despertar, tuve que llegar a un teatrillo simpático a ochocientos kilómetros de donde yo residía, ver a alguien que había amado (¿«había»? ¿en pasado?) hacía veinte años y frente a mí se le dibujaba una mueca de angustia maravillosa, un prodigio que demostraba lo plástica que puede ser la cara del ser humano. Sin alegría, todos los recursos al servicio de contar un solo concepto: me muero de tristeza. Abriste la boca despacio, después más grande, parecía que ibas a seguir hasta que la cara se te diera vuelta, como los exorcismos en las películas de terror. La tensión de tus labios nos puso nerviosos. «Esta chica se va a lastimar», oí decir en la oscuridad. Gritaste con una potencia que nos sacudió los pelos, un sonido que solo puede emanar un vientre femenino, la zona infinita donde se cocinan las personas que vienen de no sabemos dónde para saltar a este mundo a vivir una vida que tampoco sabemos bien de qué la va. En el pico de esa angustia, que queríamos que se detuviera por lo incómoda que resultaba, te paraste en puntas de pie y, como si un espíritu te hubiera poseído y abandonado, sonreíste, te acomodaste el pelo con un movimiento de la mano, y dijiste:

—¡Qué contenta estaba cuando conocí a Juan!

Tu salto de la angustia existencial a la alegría estúpida, lejos de tranquilizarnos, nos incomodó más. Lo sentí en el

aire. Daban ganas de irse y de quedarse al mismo tiempo, para saber hasta dónde llegaría este delirio poético. «Uf», dijo Osvaldo, a mi lado. Una versión mejorada del «linda piba», de Nicolás, veinte años antes; el sonido que exhalamos por la piña que significaba verte, linda, sí, bella según los cánones culturales que nos han colonizado el cerebro y que vos un poco cumpliste, pero más que nada (¿cómo lo digo sin ser injusto?) talentosa, en el sentido de convertirte en un puño que vuela del escenario y golpea el pecho del espectador. Cincuenta puños: uno para cada uno de los presentes. Este instante se conectaba con aquella vez, en que te descalzaste sobre el piso de madera de un aula medio sucia, llena de cuasi adolescentes soñadores, donde mirabas un jarro de leche imaginario con el que me engañaste, porque era falsa la anécdota, pero había sido real mi emoción. Entre esos dos momentos hubo de todo. Un Aleph circunscrito a vos y a mí. Lo que digo es que la admiración y el afecto que te tenía se me despertaron enteros y renovados, como si fueran un virus dormido en mi sangre y vos en el escenario funcionaras de agente activador. Fue más que en el museo, que en la charla compartiendo el fernet y muchísimo más que en el chat, porque acá eras vos toda vital, impulsada por las palabras de Lorca que son vida hablando de dar vida, pulsando bajo la luz de un escenario diminuto en una ciudad del siglo XXI, viajando por intermediación tuya a la historia imaginaria de una mujer granadina que hacía cien años quería tener un hijo, y debajo del texto y de la tierra está Federico sonriendo, titiritero de vos y vos titiritera de nosotros y yo títere

tuyo, yo que vivía en capas simultáneas: la de acá, la de Julieta madura explotando el escenario, y vos y yo leyendo desnudos en alguna casa prestada, viéndote hacer escenas pésimas y ejercicios inútiles en el conservatorio, los mismos que les diste a los que hoy habían sido tus alumnos, enseñándome algo que no olvidaré nunca: si algo te hace feliz, entonces es útil.

Mi mente era un caleidoscopio, viéndote en ese allá que sos vos en mí mientras la vos de acá hace avanzar la trama, y volvías a la mueca de dolor, a la gloria estética en la escena donde Yerma imagina un parto, y yo sueño con niños y niñas de universos paralelos: ¿y si hubiéramos tenido un hijo? Más, con nuestra manía de coger como conejos podríamos haber sido una máquina de fabricar bebés, pero ay, maldigo el día funesto del sillón, momento que evitó una prole de seres, ciclo de vidas y eventos que se esfumaron de un futuro potencial en el instante en que abrí la puerta y los encontré y me pregunto: si no hubiera pasado eso, vos y yo, ¿seguiríamos juntos? No sé. Nunca lo voy a saber. Pero si sé algo: que hoy te amo. Todavía te amo, Julieta.

Así corrieron los cincuenta y dos minutos del espectáculo, en una tensión multiplicada al infinito para mí, tironeado por los recuerdos de todas mis Julietas y los hilos del amor que te tenía y que, por culpa de Alejandro y de Lorca, admití que había llegado intacto hasta ese momento. Terminaste la obra con el asesinato de tu hijo, y lo declaraste:

—Maté a mi hijo.

Se apagaron las luces. Volvieron y estabas paradita; el embrujo había terminado, en tu cara relajada nos mostrabas, para que nos quedáramos tranquilos, que todo había sido mentira. Miguel aplaudía a rabiar y se paró, y el que estaba a su lado lo seguía y aullaba, y las cincuenta personas en el público lo imitamos, como si nos hubieran puesto una descarga eléctrica en las sillas. Me paré y supe que estaba llorando porque sentí las lágrimas tibias en la cara, y Alejandro acertó al decir que iba a volverme loco con lo que hacías en el escenario, más loco de lo que ya me tenías. Lo confirmé cuando vi a Osvaldo, que había llorado mucho más que yo, y pensé que sí, querido y nuevo amigo, que tenías razón en eso que dijiste: «Uf».

Fuera de la sala, comenté con Osvaldo lo hermosa que había sido tu actuación. La astróloga no paraba de llorar, hacía un ruido insoportable y parecía que se ahogaba. Encendí mi teléfono. Tenía mensaje del asistente de Alejandro, decía que ya podía pasar por el Teatro Real para hablar con la gente que manejaba la parte técnica. Te dejé un audio diciéndote que me había encantado el unipersonal y nos veíamos a la noche, en la cena de los elencos. La verdad es que me escapé, el nuestro iba a ser un abrazo especial y no quería dártelo delante de otros. Lo que me gusta mucho me pone incómodo, y vos habías vuelto a gustarme más que nunca.

Caminé las cinco cuadras hasta el Teatro Real. Alejandro no estaba. La gente de la boletería me dejó pasar y entré. El escenario era enorme. ¿Cómo lo iba a ocupar, actoralmente hablando? Te calmás, pensé. No hay que agregarle nada. Hay que decir las palabras y ya. Con Alejandro siempre quisimos evitar la escenografía, el acento estaba en el texto. Cosa que no significaba que tenía que hablar más alto, porque también iba a usar micrófono. Habíamos asumido que los espectadores de hoy están acostumbrados al sonido limpio de lo audiovisual,

que es el tipo de ficción que más se consume. Acá te comparto otro pensamiento por el que más de uno me puteó: la época del «buen decir» y «proyectar la voz hasta la última butaca» ya no existe. El que llega al teatro hoy, lo que más hizo fue mirar cine y series. Y muchas veces con auriculares. La voz «potente» de un actor le va a parecer falsa y extraña. Se trata de hábitos de consumo, expresión marketinera si querés, pero que no deja de ser útil. Es sencillo: el que se sienta en la platea tiene el oído entrenado en una voz que le resulta cercana y natural. Por eso quiero el micrófono. Que se me escuche y se entienda, yo me encargo de decirlo bien. Investigué entradas y salidas, el camarín. Estaba nervioso y me gustó: era el susto avisándome que pronto iba a actuar. Entre haberte visto y la cercanía de mi función, me puse de buen ánimo.

Me paré en el escenario y dije un rato el texto. Se acercó un chico de unos treinta años, con una chomba blanca transpirada en los sobacos, barba de unos días y pelo sucio; se llamaba Germán y era el técnico de la sala. Me mostró lo que tenían en cuanto a luz y sonido. Le pasé los pies para los cambios, que eran pocos y sencillos. Vi que la sala estaba equipada de sobra para un espectáculo que consistía en un tipo hablando y nada más.

Volví al hotel, me duché, me cambié y un rato antes de las nueve salí a la calle. Tomé un taxi hasta un restaurante llamado Calgary, donde teníamos la cena de los elencos. Vi dos personas discutiendo en la puerta. Lorena y Nicolás. Me acerqué y se callaron. Los saludé y entré sin preguntarle a Nicolás cómo le había ido en

su función. No quería hablar con él y no iba a hacer esfuerzos para ocultarlo. Adentro, en una salita de espera con bancos de madera, un señor alto y flaco de unos cincuenta años, peinado a la gomina de una manera tan lisa que daban ganas de tirarse por su cabeza como si fuera un tobogán, me dio la bienvenida. Me dijo que se llamaba Victorio y era un gusto recibirme. Qué buena onda tienen los cordobeses, pensé. Señaló la mesa larga reservada para los elencos, y me preguntó con pudor si podía sacarme una foto, porque su mujer era «fana total» de mis novelas. Yo no había actuado en tantas, me sentí Andrea del Boca. Le propuse que hiciéramos un video y exclamó «es un honor». Le pregunté el nombre de la mujer. «Elvira», dijo. Me pasó su celular y grabé un video abrazándolo. Le dije a Elvira: «Gracias por mirar mis pavadas y te felicito por ser la esposa de Victorio, que es un capo». Victorio me agradeció de mil maneras y le dije que para mí era un gusto. Antes de entrar, le pregunté si tenían terraza. Dijo que sí, pero que no estaba habilitada para los clientes. Miré la mesa y te encontré, Juli. Me viste, te levantaste y te acercaste a paso rápido. Tenías un vestido negro con escote que te quedaba hermoso. Me abrazaste fuerte.

—Te guardé un lugar al lado mío, salváme —me dijiste al oído—. Me sentaron cerca de Lily Sullos.

—Qué lindo lo que hiciste hoy —te susurré. Seguíamos abrazados.

—Gracias. —Saliste del abrazo y me miraste, sería—. La próxima que me ves actuar y no me saludás, te mato.

—Iba a tener que escuchar que tu obra había sido plutoniana o algo por el estilo.

—¡Boludo, lo acaba de decir!

Me despedí de Victorio, que me dijo que cualquier cosita que necesitara, se la pidiera. Le agradecí y fuimos a la mesa. Debíamos ser unas cincuenta personas. Lancé un hola general. A tu lado estaban Osvaldo y Miguel. Y vestida con un gorro de color azul galáctico, la Señora Los Planetas Nos Determinan.

—¡Me mentiste, eras de Sagitario! —dijo Celina—. Lo busqué en internet, no te creía

—¡Mentir es muy sagitariano! —dije, sin saber nada del asunto, y me senté.

Le entré a una figacita de la panera. El director del festival pasó por nuestro lado y saludó. Rogué que no hubiera una presentación. Por suerte no, hizo su circo de que nosotros le interesábamos y siguió de largo. Me acordé de Alejandro, diciéndome que el festival en realidad tenía una intención política.

—¿Qué tal tu ensayo? —preguntó Osvaldo.

—Bien —dije—. Pero el autor y director no apareció.

—Vino a saludarme al hotel, hoy a la mañana —dijiste vos—. Me pareció raro.

Fue la primera vez que se me encendió una alarma. Una turba de mozos comentó el menú: teníamos tres opciones para entrada, plato principal y postre. Elegí una ensalada caesar y después un lomo con batatas caramelizadas. Celina dijo que ella «avisó expresamente por mail» que no comía carne ni gluten, y todas las opciones de plato

principal incluían esos ingredientes. El mozo le propuso que pidiera dos entradas, ella aceptó y agregó un plato de la carta general. No sé qué fue, me había quedado inquieto por tu comentario. Me levanté y marqué el número del teléfono fijo de la casa de Alejandro. Él mantenía esa tradición, decía que a ese dispositivo nunca le falla la señal. También usaba contestador automático. Lo había comprado en un mercado de cosas usadas que están en la frontera con la basura, y a veces se llamaba a sí mismo para dejarse mensajes con ideas. Después de sonar bastante, todavía no entraba el beep del contestador. Levantaron el teléfono:

—¿Hola? —Era Gabriela, la mujer de Alejandro.

—Hola, Gaby. Soy Dani. ¿Mi amigo está por ahí?

—No —dijo—. Pero qué bueno que llamaste, quería hablar con vos.

—¿Qué pasó?

—Ale no anda bien, está desorganizado —dijo Gabriela.

—Comprá un libro de Marie Kondo.

—No te jodo, boludo. Estoy preocupada. Me conocés, no soy la hinchita que te va a hablar mal del ex.

—¿Del ex? —Habré puesto una cara rara, porque te levantaste de la mesa y me preguntaste qué pasaba. «La mujer de Ale», te susurré.

—La puta madre, no te contó. Ya se lo hizo a varios —dijo Gabriela—. Hace tres meses que nos separamos. Se fue de casa.

—¿Eh? ¿Dónde?

—A un departamento que le prestó mi hermano.

—Esperá, despacio. —Tenía muchas preguntas para hacerle, no sabía por cuál empezar. Los mozos dejaban las entradas en la mesa—. ¿Qué pasó?

—Siempre fue complicado Ale, ya sabés. A comienzo de este año, empeoró. Se deprimía y tenía que sacarlo de la cama. Se ponía eufórico y al rato se apagaba, se tiraba en la cama y dormía todo el día. Retomó psicólogo, después fue al psiquiatra. Al final era insostenible. No iba al laburo, no se bañaba. Yo me peleaba mucho con sus viejos, porque ellos no le dan bola.

—¿Y el trabajo? Armó el festival, para eso hay que estar lúcido.

—No armó nada. Empezó y decayó. Lo único que hizo fue pelear para traerlos a ustedes, estaba obsesionado con eso. El puesto se lo mantuvieron porque mi tío lo ama y eso que llegaba a cualquier hora, traía proyectos imposibles, le agarraban ataques de rabia en la oficina y rompía algo. A los veinte, soñando, está todo bien. A los cuarenta, le costó el puesto.

—¿Lo echaron?

—Le dijeron que termina el festival y se va. Le van a dar algo simbólico, para no dejarlo en banda. Necesita la obra social, por los tratamientos que hace.

—No sabía nada, Gabi.

—Ayer moví el armario y encontré una bolsa llena de blísteres de ansiolíticos. Vacíos. —Gabriela contenía el llanto, conmovida—. No sé qué hace, si se está atendiendo, si toma las pastillas. Hace más de un día que no me atiende el celular.

—Voy a hablarle. ¿Me avisás si sabés algo? Decile que me llame.

Corté y te conté. Llamaste a Alejandro con tu celular, tampoco atendió. ¿Qué tenía mi amigo? ¿Yo había venido tan concentrado en mirarte a vos y al otro narciso, que jamás noté que mi amigo necesitaba ayuda? Volví a la mesa. Celina le decía a Osvaldo que no le convenía comer no sé qué cosa por su Marte en no sé dónde y yo empezaba a hartarme.

—¿Sos nutricionista? —pregunté.

—No —dijo Celina, con tono de «tu opinión no me afecta»—. Soy astróloga. También soy reikista y consteladora.

—¿Manicura? —dijo Osvaldo—. Necesito que me hagan las uñas. En serio.

Celina se rio, nerviosa. Se notaba que Osvaldo, igual que yo, se hinchaba las pelotas.

—¿De qué hablan? —pregunté.

—De las familias —dijo Osvaldo—. Acá la señora astróloga y todo eso explicaba que hay una familia biológica y otra cósmica.

—Ajá —dije—. ¿Y cuáles serían esas dos? ¿La que te toca y la que elegís?

—Exacto —dijo Osvaldo.

—En verdad uno elige todo —dijo Celina.

—¿Perdón? —dije.

—Que la familia que «te toca» es también elegida. Porque uno elige a los padres —dijo Celina.

Te miré, Julieta. Me acordé de tu viejo hundiéndote el puño en el pecho, para pegarte donde no quedaran

marcas. Lo mismo que hacías vos cuando actuabas, pero lo tuyo era sanador.

—¿Cómo es que hacemos eso, exactamente? —pregunté.

Me habrás sentido indignado, porque sonreíste. Me apoyaste la mano en la pierna. Qué linda sensación tener-te al lado así, acompañándome. Sentía un calor dulce en el pecho, que me encantó.

—Todos lo hicimos —dijo Celina y miró a los que es-tábamos más cerca, dentro de la larga mesa—. Porque nos quejamos de nuestros papis, pero no aceptamos que los eligimos nosotros, según lo que debemos trabajar en esta encarnación.

—Tengo una hija con un asunto motriz —dijo Osva-ldo—. Para resumirlo, hubo mala praxis en el parto y que-dó con problemas.

—Lo siento muchísimo —dije.

—Gracias, querido. En serio —dijo Osva-ldo, mirán-dome. Después miró a Celina—. ¿Vos decís que ella me eligió a mí? ¿Sabiendo que iba a tener esos quilombos en el nacimiento?

—Claro. Quizá, en otra vida, fuiste su torturador.

—¿Lo qué? —dije, en voz alta.

—Digo que Osva-ldo, en una existencia previa, tuvo una relación de cercanía con el ser que hoy es su hija, sig-nada por el dolor. Por ejemplo, fuiste un torturador y ella tu prisionera. Lo que sea, le hiciste algo que la lastimó mucho y hoy pagás por eso.

—Soy ciento por ciento gay. Amo ponerme peluca, tacos, vestido, todo el combo —dijo Osva-ldo, y varios

explotamos en una carcajada—. ¿Eso sería por una existencia femenina anterior?

—La esencia no tiene género —dijo Celina—. Lo que importa es la relación que tuvieron. El espíritu es lo que somos y encarna en aquello que le conviene para aprender.

—¿Aprender? Qué aburrido —dije—. ¿Por qué tantas ganas de venir a clases acá? Si ya estás en un estado de pureza, ¿no convendría quedarse ahí, en vez de seguir volviendo a esta cloaca?

—Lo hacemos para evolucionar. Porque vida tras vida vas mejorando.

—Y alguien tipo Hitler, ¿cómo entra en esa ecuación? —dije— ¿Fue su primera cursada y por eso le salió tan para el ojete?

—En un caso de tanta oscuridad, tenemos que agradecerle a la persona, porque ese nivel de malignidad, encarnado en un único ser, evita que lo vivenciamos otros.

Se hizo un silencio largo en el grupo de los cinco o seis que seguían la conversación.

—¿Escuché bien? —dijo Osvaldo—. ¿Tenemos que agradecerle a Hitler?

—¡Gracias por la magia, Adolfo! —dije—. Y eso de «evolucionar», ¿hasta dónde? ¿Para recibirme de qué?

—De nada. Es un crecimiento que puede ser infinito, porque la escala del ser lo es.

—Esperá un cachito —dije, y señalé a Osvaldo—. Volvamos a lo del padre y la hija que se infligieron dolor, por favor.

—Osvaldo pudo haber sido un torturador y su hija una de sus víctimas, por ejemplo. En esta vida, ella encarna con dolor y él debe pagar por lo que le hizo, cuidándola. También puede ser al revés. Ella fue su torturadora y ahora está pagando estando encerrada en un cuerpo que no funciona.

—O sea que es todo lo mismo —dije, doblé la servilleta y la acomodé junto a mi plato. Mi cerebro se movía como el boxeador antes del combate. Tenía ganas de pegar golpes conceptuales. Me apretabas el muslo bajo la mesa. Te tomé la mano. Qué sensación hermosa. Arranqué—: Voy a obviar lo de torturador y víctima, quiero ver si entendí la mecánica de lo que planteás. A ver. En mi estado de preexistencia, me paré delante de un mostrador de «padres-madres» y elegí una pareja que sabía que era perfecta para mi evolución. ¿Cuándo lo hice? ¿Mientras cogían? ¿Cuando él acababa? ¿O tomé la elección antes?

—No es tan literal —dijo Celina—. Es energético.

—Bueno, pero démosle forma, querida. Si no, vos podés decir cualquier cosa y no hay manera de refutarte. Dale, pensemos juntos. ¿Cómo sería el proceso? Elijo una dupla que biológicamente sean macho y hembra y me quedo esperando, como paracaidista frente a la puerta abierta de un avión, para lanzarme desde un tobogán etérico, en el momento justo en que estuvieran garchando. Hay otros requisitos básicos: ella tiene que estar ovulando, necesitamos que a él se le pare y tenga espermias más o menos vigorosos. Y no pueden usar forro, claro. No sé si hay manera de saberlo. Pongamos que sí. Pero, ¿y si erro? Si ese día él acaba afuera

o ella se indispuso, ¿reboto y vuelvo al cielo? ¿O me muerdo? ¿Me disuelvo en el aire? ¿Pierdo mi turno y vuelvo a la fila? ¿Ah, para! ¿Y los que hacen inseminación artificial? ¿Me tiro cuando el tipo eyacula en el frasquito? Y si podemos realizar semejante pirueta aérea siendo almas, ¿cómo se explica que seamos tan boludos al encarnar? ¿Por qué soy un genio antes de nacer y un pelotudo después? ¿No me convendría ser un genio siempre? Y todo eso, lo hacemos con el objetivo de convertirnos en un ser que necesita aprender con lo que le pase. Por ejemplo, que lo fajen. O que lo violen. Porque hay casos así, sabías, ¿no? Pibes y pibas que, desde que nacen, son violados por once tíos. Y después los matan, tirándolos a un pozo ciego. ¿Ahí qué fue? ¿Un asesino del medioevo que vino a encarnar para aprender en «carne propia» lo que es ser vejado? Explicáme. Te escucho atento.

—Mi hija es adoptada —dijo Osvaldo.

—Las relaciones no son solo por vía filial —dijo Celina—. Igual es tu hija.

—Entonces la niña... —dije, y miré a Osvaldo—. ¿Que se llama?

—Luz.

—Gracias. —Volví a mirar a Celina—. Luz, que debe ser divina, eligió unos padres que no la iban a criar, que iban a tener un parto de mierda porque sus médicos van a ser un grupo de idiotas, y sabía que luego sería entregada a Osvaldo. Qué carambola más larga. En el cielo somos Bilardo, vemos la jugada completa. Por cierto, ¿te llamás así? ¿Celina Generosa?

—Es el nombre que elegí.

—Ah. Porque de generosa, no tenés nada. ¿Cómo estás anotada en el documento? ¿Mabel Incomprobable? Con todo respeto a la Mabeles, que suelen ser amorosas.

—Yo tengo una prima Mabel —dijo Osvaldo—. La adoro.

—Te estás poniendo un poquito violento —me dijo Celina.

—Querida, vos te animás a decir, sin pestañear, que Osvaldo fue un torturador y que la hija es la responsable de su problema motriz por haber elegido la familia donde nacer, ¿y el violento soy yo? No entiendo cómo no te tiró un vaso de vino encima, mínimo.

Osvaldo levantó su copa, miró a Celina, amagó a tirársela y ella se cubrió. Osvaldo gritó: «¡Salud!». Brindamos, bebimos y reímos. La astróloga pidió disculpas, se paró y fue hacia el baño. No la vimos más en toda la noche.

La mesa se relajó y se puso más divertida. Terminamos la entrada, nos trajeron el plato principal y después el postre. Te miré comer tu helado de dos bochas, Julieta. Hablabas con Miguel, como viejos amigos. Estabas linda, con el pelo un poco inflado por la humedad. Tenías los labios pintados. Te apoyé otra vez la mano en el muslo. Te quedaste quieta y me diste la tuya.

—Hay terracita, parece —te dije al oído.

Me miraste. Sonreías. Terminaste la cerveza de tu vaso, agarraste un porrón que había sobre la mesa y te levantaste de la silla. Yo no me había movido.

—¡Dale, chabón! —me dijiste—. No tengo toda la vida.

Nos acercamos a Victorio, el encargado. Le pregunté si la señorita y yo podíamos visitar la terraza. Nos miró dubitativo. «Fuimos novios hace veinte años», dije. Sonrió. Relajeó tu mano, vio el porrón. Llamó a un mozo y le dijo algo al oído. El mozo se fue. «Un segundito, por favor», dijo Victorio y revisó su celular. Por un minuto, fue como si vos y yo hubiéramos desaparecido. El mozo volvió con una cerveza, la misma marca que estabas tomando, pero en envase de litro. Victorio agarró la botella, sacó un destapador del bolsillo, abrió la botella y me la entregó.

—Si lo hacemos, lo hacemos bien —dijo.

El mozo te pidió el porrón y se lo diste. Victorio nos hizo una seña para caminar con él y lo acompañamos. Pasamos junto a la entrada de los baños, seguimos caminando y el pasillo se angostó. Unos metros más adelante, frenamos ante una puerta interna, con el cartel de salida de emergencia. Victorio apoyó la mano en una de esas manijas que parecen barras para practicar danza y abrió.

Un viento suave nos pegó en la cara. Afuera no había techo y se veía el cielo; era un patio interno con una medianera que daba al terreno vecino. Lo iluminaba un foco enorme y sucio de grasa, clavado sobre una de las paredes.

El piso era de piedritas. Estaba también la salida del aire acondicionado, encendido, que metía un ruido importante. De otra pared, salían aromas y vapores de la cocina y se escuchaba el barullo de los cocineros y los mozos. Victorio señaló una escalera de chapa naranja al final del patio, que subía al techo.

—Recomiendo la vista hacia el lado de la entrada —dijo—. Se pueden quedar hasta que termine la cena.

Le agradecemos y atravesamos el patio, pisando las piedritas, que hacían ruido con nuestros pasos. Escuchamos la puerta cerrándose detrás de nosotros. Subimos la escalera. La baranda se sentía helada, hacía un poco de frío afuera. O era el contraste con haber estado adentro, encerrados con tanta gente. Y haber comido. Y tomar cerveza. Y los nervios. Llegamos arriba y miramos hacia la entrada. Victorio tenía razón: la vista era hermosa. Se veían las luces de casas cercanas, la luz de la luna pegaba en los montes y dibujaba un reflejo azul. Me miraste. El viento te movía el pelo. Te puse la mano en el cuello. Nos besamos. Sentí en tus labios el sabor de la cerveza. Me abrazaste fuerte. ¿Estábamos volviendo? ¿Esto era un inicio? No tenía idea. No importaba. Me soltaste, bebiste un trago de cerveza y dijiste:

—¿Qué mierda estamos haciendo?

—Nos besamos, creo.

—Ya sabés lo que digo.

—Estoy solo, vos también. ¿Qué tiene de malo?

—Nada, pero...

—No le voy a poner cabeza, Juli. Basta.

Te besé. Te agarré de la cintura bien fuerte, era una manera de dejar claro que no me iba a poner a teorizar sobre nuestra relación.

—Me encantó verte —dije—. Lo necesitaba.

—Estás hermoso —dijiste, y me pasaste la mano por la cara.

Ciertas mujeres lo saben: pueden decir una frase diminuta que hace que nos sintamos listos para ir a la guerra con un escarbadientes. No es que nos calientan, o no solo eso, es como si, a través de su mirada y las palabras con que declaran que nos desean, nos convirtieran en un gran pito con el que podemos cogernos a La Vida. Además de a ellas, claro. Es un hechizo. Sentimos que tenemos Poder. Para lograr todo lo que nos proponemos. Vos me ponías así. Lo sabías. Te besé con ganas. Hiciste un sonido que era una mezcla de suspiro y gemido. Agarraste mi cinturón, lo desabrochaste, me estabas bajando el cierre del pantalón y escuchamos ruidos. Creímos que alguien subía. Te besaba el cuello y esperábamos, para estar seguros.

—Seguí —dije.

Me agarraste la pija, la sacaste del bóxer y sentí la cosquilla del aire frío. Empezaste a masturbarme. Yo te tocaba las tetas. Así estuvimos, ¿cuánto? ¿Treinta segundos? Poco. Pero lo suficiente para preocuparnos, porque nos dimos cuenta de que no se me paraba. Ese momento, para los hombres, es el opuesto del anterior. Me había pasado un par de veces, con una sola basta para dejar una huella de inseguridad constante. Me hace sentir un esclavo inútil y humillado. Dejé de besarte. Te levantaste el vestido para

no apoyarlo en el suelo, te arrodillaste y te pusiste mi pija en tu boca. Yo estaba que volaba, pero solo con la cabeza. Pensaba «qué lindo» y advertía que mi cuerpo estaba dissociado de mi mente. Me mirabas, queriendo ser sexi y lo eras, pero tu mirada de gata se anulaba porque chupabas una gomita blanda.

—Esto en mi época no pasaba —dijiste y estallé de risa.

—Perdón —dije.

—Tranqui. Después vamos al hotel, si querés. O mañana.

Te pusiste de pie y me diste un beso largo, dulce. Me subiste el cierre. Me abroché el pantalón, me puse el cinturón y terminé de deserotizar el momento. Eras la mami que cambiaba al niño, antes de que se fuera a dormir. Te faltaba contarme un cuentito y arroparme.

—No pasa nada —dijiste.

Me abrazaste. Me apretaste a vos. Sentí cómo te vino primero un hipo, después el llanto. Hermoso, pensé: no se me para y encima llora. Estuve con mujeres que han llorado antes, durante o después del acto sexual. No me erotiza en absoluto, pero acompaño el proceso. En esos casos hubo acto: acá habíamos jugado a amasar y lambetear un ñoqui triste. Más perdedor no me podía sentir. Faltaba que cayera granizo. Encima el llanto femenino me pone incómodo, no sé qué hacer. En realidad, sí sé: estoy informado de que lo que conviene, sin excepción, es callarse y escuchar. Eso es contener. Pero en el momento, con los nervios, me olvido y trato de explicarle a la mujer los motivos por los que no tienen sentido sus lágrimas, como

para «darle una mano» y que salga del pantano emocional. Que es lo peor, funciona como echarle nafta al fuego. Alguien está mal y uno le dice: «Tengo la solución: sentite bien». Bravo, boludo, qué buena idea. ¿Cómo no se me ocurrió antes? Invalido el sentimiento y a esa angustia le sumo el enojo que despierto. Acá me contuve.

—Perdonáme —dijiste—. Por lo de... soy una hija de puta.

—Ya está, Juli.

—No, no está nada. Nunca te pedí perdón de verdad —dijiste, el llanto te hacía modular la voz que iba y venía, como si saliera de un par de parlantes estéreo, pasando de un canal a otro—. No hubo un solo día, te juro, Dani, en que no pensara que tenía que llamarte.

Hacías un puchero tan grande con los labios, que no te dejaba hablar.

—Basta del pasado —dije—. Al menos estos días, dale. Lo que queda del festival, todo alegría. Después vemos. ¿Trato de amiguitos?

Te mostré mi dedo más chiquito, estiraste el tuyo y lo cruzaste con el mío. Asentiste, todavía haciendo puchero. Me besaste largo, sentí en mis mejillas la humedad de tus lágrimas. Saliste del abrazo. Encendí un cigarrillo. Te limpiaste la cara, fuiste a buscar la cerveza y tomaste un trago largo. Nos sentamos sobre la salida del aire acondicionado, que tenía la altura de un banco de plaza.

—Igual siento como si hubiéramos garchado —dijiste—. Relajada.

—Eso es por hablar. Y llorar, en tu caso.

—Sí, claro. Por sacar afuera, creo. Alivia. Relaja.

Te pasé el cigarrillo que había encendido y vos me pasaste la cerveza. Tomé. Encendí otro cigarrillo y me quedé con ese. Habremos estado en silencio un minuto.

—Igual coger es coger, eh —dijiste.

—¡Siempre! Ni lo aclares.

Nos quedamos mirando el cielo. Nos llegaba el ruido de la ciudad, y el que hacían los que abajo todavía comían y charlaban.

—Mañana vamos a pasear con Camilo —dijiste—. Pero a la tarde ya estoy en el hotel. Nos podemos ver, si querés.

—Sin falta —dije y tomé de la cerveza.

Estábamos sentados uno al lado del otro. Cuánto tiempo esperé esto, pensé. Me acerqué a vos y te besé. Me pasaste la mano por la cintura, apoyaste tu cabeza en mi hombro.

Nos quedamos un rato más en silencio. Miré la hora en el celular; eran las doce y cuarto. Terminamos la cerveza y bajamos al comedor. La mayoría de la gente se había ido. Miguel, Osvaldo, vos y yo nos quedamos un rato más. Sentí cansancio, pensé que al otro día tenía que ensayar, pronto venía mi función y era una buena idea cuidar la energía. Pasadas la una, Victorio dijo que iban a mover las mesas y poner música, para los que se querían quedar y bailar. Con honestidad excesiva, quizá producto del alcohol y del enojo porque no se me había parado, le dije que antes me pegaba un tiro. Le agradecí las gentilezas y le mandé otro beso para Elvira, saludamos y nos fuimos.

Salimos a la calle, hacía un poco de frío. Te di la mano. Fue el momento del viaje en que más me impresionó sentirme, internamente, igual a cuando tenía veinte, pero en otro cuerpo: el mío de cuarenta y cuatro. Nunca me gustó negar la edad. Tampoco ese discurso de «tengo noventa y treinta de alma». Tenemos la edad que tenemos, siempre. Sentí que dentro mío estaban todas las edades, que cada momento vivido era una marca, como el preso que graba los palitos diarios en la pared de su celda. Te agarré de la cintura. Íbamos un poco borrachos, cansados y contentos,

nos costaba mantenernos derechos. Subimos a un taxi y le dimos la dirección de tu hotel. En el viaje, apretamos lindo. Bajé con vos. Te acompañé hasta la puerta. Nos besamos largo. «Hasta mañana», dijiste. Te besaste el dedo y me tiraste el beso.

—Sabés lo que me gusta ese gesto —dije—. Lo hacés para que me quede pensando en vos toda la noche, provocadora.

—Vos ya pensás en mí todas las noches, papi. —Caminaste dos pasos y te diste la vuelta—. Te quiero, boludo.

Me tiraste otro beso y entraste. Encendí un cigarrillo y encaré hacia mi hotel. Llegando al semáforo de la primera esquina, vi que una persona me miraba. En la penumbra, no lo reconocí. Se movió un poco y quedó bajo un foco de luz: era Alejandro. Sonreía y tenía su sombrero en la mano.

—¡Boludo, me asustaste! —dije—. Pensé que me iban a chorear.

—¿Qué tal el reencuentro con Juli? —preguntó, mirando hacia tu hotel.

—¿Nos seguiste?

—No, estaba por la zona, llamé a Calgary, para saludarlos. Me dijeron que se habían ido. Vine acá hace un rato, sospeché que la ibas a acompañar —dijo—. Quería verlos. Son lindos juntos. Siempre lo fueron.

—¿Qué mierda te pasa a vos, nene? ¿Me explicás?

—Nada, estoy mejor que nunca.

—Hablé con Gabriela.

—Ya sé. Le dije que te iba a contar. Vení, caminemos.

Se puso el sombrero y encaró para otro lado, no para mi hotel.

—Tengo sueño, Ale.

—Dale, que después no sé cuándo te veo. Vení. Quiero contarte cosas.

Caminamos. Dijo que Gabriela tenía razón, él no había estado bien. Me pidió disculpas por no contarme de la separación. Le daba vergüenza. Igual, nadie debía preocuparse: ahora tenía entre manos un proyecto que lo iba a sacar de la depresión para siempre. «Pero antes contame vos, guacho», dijo. Quería saber de nuestro encuentro. «Divino, salvo porque no se me paró», dije, y estalló en una carcajada sonora, que hizo eco en el silencio de la madrugada. Le conté los pormenores de lo que sentía: mi alegría adolescente, mis ganas de que fuera un nuevo comienzo. Se emocionó, me dio una palmada en la espalda y dijo: «Vamos, Danielito, carajo». Estábamos en la avenida Marcelo T. de Alvear, habíamos caminado unas diez cuadras. Se escuchaba el río Cañada debajo del parapeto.

—¡Nuestro río Sena! —dijo Alejandro—. El hilito de agua más triste de Argentina. Lo amo. Hubo que meterlo ahí para que no joda. Si fuera gobernador, en los costados pondría mesitas y haría una milonga.

—¿Una milonga en la tierra del cuarteto?

—No seas fundamentalista, ¿querés? Una milonga, sí —dijo—. Que también se baile cuarteto y rock o lo que quiera la gente, una pista de baile y amor para todos.

—Oíme, geniecito —dije—. ¿Qué es lo que te va a sacar de la depresión a vos?

Me miró sonriendo, en silencio. Se refregó las manos.

—Quiero escribir una novela —dijo.

Otra vez, tuve la sensación de que el tiempo se plegaba, se doblaba sin romperse. Igual al encuentro con Camilo: un aleteo en la energía, un chispazo en las grietas de la realidad. Te había dejado en el hotel, como te dejaba en tu casa hacía veinte años, ahora caminaba con Alejandro por la ciudad, recordé nuestros paseos en la avenida Corrientes. Y él me decía lo mismo de siempre. La novela. Serené la rabia que me generaba que repitiera la idea por millonésima vez. Ese día iba a tenerle paciencia.

—¿Por qué no arrancás? —pregunté.

—Me cuesta —dijo—. Estoy agotado. Me bosteza el cerebro.

Me reí, era una manera hermosa de graficar su cansancio mental. Cómo lo quiero a este boludo, pensé. Yo iba a inaugurar una conversación seria, preguntarle si seguía sus tratamientos, retarlo con el afecto suficiente para que no se sintiera mal. Pero me pareció que iba a ser inútil. Hoy Alejandro tenía ganas de hablar. Y yo iba a escucharlo. Sentí que me pedía cariño, como el niño que era. Como el niño que somos. ¿O no había descubierto yo mismo, hacía cinco minutos, que todas las edades estaban en mí? Me senté en el parapeto. Le dije que el cerebro ya dejaría de bostezarle. Apagué mi cigarrillo de un pisotón en el suelo. Iba a encender otro, pero Alejandro me agarró de la mano y me detuvo. Sonrió pícaro, se metió la mano en el bolsillo de la camisa. No tenía pulóver y yo pensaba: con este frío. Sacó dos habanos y me ofreció uno.

—Montecristos, my friend. Llegó el día.

En la época que hacíamos el «taller» de dramaturgia, le comprábamos los habanos más baratos, que eran los que fumaba él. Pero jurábamos que algún día seríamos famosos, delgados y millonarios, y en nuestra casa con pileta custodiada por periodistas íbamos a fumar el mejor habano del planeta: el que teníamos en las manos. Costó un huevo encenderlos, porque él quería hacerlo con fósforos. Mil veces me había cagado a pedos por usar encendedor, decía que el gusto del gas se impregnaba en el tabaco, yo le decía que no sentía nada y se enojaba, decía que yo tenía un paladar vago. Nos turnamos para hacernos casitas con las manos sobre el habano, uno se lo ponía en la boca y el otro trataba de prendérselo. Reíamos fuerte, como si fuera la situación más cómica del mundo. De mi parte, la hilaridad era porque estaba agotado y borracho. Creo que él también.

Logramos encender los habanos. Probé.

—No son la gran cosa —dije.

—Vos te vas a morir así —dijo Alejandro—. Amargo, con la pija caída y sin reconocer lo bueno. —Aspiramos, echamos el humo. Ale se quedó mirando su habano—. Me los regaló Gabi... La extraño, boludo.

—¡Y ponete las pilas! —dije—. Si ella te adora.

Se le llenaron los ojos de lágrimas, que no llegaron a caer. Entonces vi algo que me impresionó: esa capa de humedad desapareció de golpe, como si los ojos fueran dos bocas que aspiran saliva. Pasaron de la emoción a quedar secos en un instante. No quería ponerme a indagar. Me voy a arrepentir toda mi vida.

—Tu novela. Dale —dije.

—Creo que va a ser una obra, primero. Me resulta más fácil pensarla así, para después adaptarla, ¿me entendés?

—Claro, estás acostumbrado al otro formato.

—Eso —dijo. Aspiró del habano—. Hace años estudio cosas del Imperio Romano. Sus cuestiones técnicas. Los inventos. Para mí fueron más grosos que los egipcios. También leí sobre su moral. ¿Sabías que el suicidio era una cosa noble? No tenía la parafernalia culposa que después le enchufó el cristianismo. Eso es porque si un cristiano se mata, se le muere un cliente. Uno menos para poner diezmo.

—¿Cuándo vas a hacer algo más jodón? —pregunté—. Para ganar guita, digo. Una comedia que pueda actuar Moria Casán, por ejemplo.

—Esto va a ser liviano. El tono —dijo. Abrió la mano en la que tenía el habano y dibujó en el aire con los dedos, acompañando los conceptos que decía—. Imagino un lenguaje llano y compacto, de alto nivel poético, profundo en lo conceptual, pero no críptico ni rebuscado. Lo más difícil va a ser la escenografía. Porque ahí no cedo. Quiero montar un baño romano. Tengo que conseguir un anfiteatro al aire libre y poner en escena una pileta de unos diez metros de largo por cinco de ancho, mínimo.

—Epa.

—La trama no la tengo. Hay puntas, eso sí. Bloques de sentido. Ladrillos de acción que todavía no junto. Primero, lo central, tiene que ver con Vitruvio y sus inventos, que marcaron la base de la arquitectura. Todo centrado en lo que hacía para los baños.

—Perdón, ¿hablamos de donde se hace pis y caca?

—No, donde la gente se baña. En piletas. Es lo que hoy sería un spa, una terma y la pileta de un club, todo junto. En esa época, se reunían para tener negocios. Hay putas, también, en una habitación contigua. Feligresas de Afrodita. Lo quiero contar porque ningún tratado del asunto habla de ellas. Nos quieren hacer creer que los romanos eran todos sabios y cultos que se juntaban a filosofar. Todos tipos, además, de las minas no hablan. Altas jodas hacían.

—Qué degenerados.

—El foco va a ser uno: la construcción del hipocausto.

—¿Qué es? ¿Un caballito?

—El sistema de calefacción de las aguas termales. Un visionario, don Vitruvio.

Me contó la biografía de este personaje, sus estudios sobre arquitectura, su descubrimiento del orden matemático que escondía el cuerpo humano, que es en lo que se va a inspirar da Vinci para dibujar su *Hombre de Vitruvio*. Alejandro parecía un místico, un loco feliz explicándome su idea. En el medio de la exposición, se paró arriba del parapeto y abrió los brazos.

—Bajáte, boludo —dije.

No me escuchó. Desde ahí, relató el final de la obra:

—¡Una lluvia de fuego cae sobre Roma! Homenaje no muy subliminal a Nerón, ya sé. Pero es mi obra. Y autor viene de autoridad, así que mando yo. Se escuchan cantos corales, con sopranos en el tono dominante. Tambores. ¡Ratatatatatatata! ¡Silencio! Ondulaciones

estroboscópicas en el aire. Vitruvio sale del fondo del pasillo, una escenografía de falsa piedra bruñida. Va teñido de rojo, herido por los puñales de la ignominia. «Et tu, Vitruvio?», susurra. Lloro, por supuesto. Mira sus planos, que van a estar proyectados sobre paneles de fino hilo amarillo. Nuestro arquitecto, ingeniero y rey de las artes hidráulicas, se mete en la pileta romana que él mismo ha concebido. Camina y baja hasta que desaparece. La metáfora, la poiesis, es que se hunde en el agua de la mediocridad que no lo comprende. Nuestro héroe se deja ir. No grita. No saca la mano. Del sector donde metió su cabeza, salen burbujitas. Después nada. El agua ondula. ¡El resto de los legionarios hace mutis por el foro! Bajan las luces. No todas. Queda una roja, sobre el agua. La luz sube hasta un rojo imposible, de pronto se hace azul y cuchillo. Apagón. Fin. —Alejandro saltó del parapeto y volvió a la vereda—. Quiero que suene Bach, al final. «Suite para laúd en do menor». ¡Taraaaaaaaaaaaaan!

—¡Y todos a comer pizza y hablar de la obra! —dije. Me paré, le palmeé la cara—. Me muero de sueño, gordo. Mañana vamos a charlar un rato largo. Más descansados y menos borrachos ¿Está claro?

—Sí, papá —dijo.

Lo agarré del brazo y le pregunté si me acompañaba al hotel. Dijo que lo hacía, con la condición de que debatiéramos dos asuntos importantísimos: cómo hacer que se me parase la pija y si vos y yo podíamos volver a ser novios. Sobre el primero, coincidimos en que era hora de considerar tomar un Viagra; sobre el segundo, Alejandro

tuvo la idea de que te invitara a vivir conmigo unos días y probar. Llegamos al hotel, terminé mi habano, lo apagué en un tacho de basura de la calle y lo tiré. El de él ya estaba cortito, pero lo seguía fumando, dispuesto a aprovechar cada milímetro del tabaco.

—Ahora te dejo yo en la puerta, príncipe —dijo Alejandro—. Pero no voy a besarte.

—Pos al cabo que ni quería —dije—. Mañana vení al ensayo, o te voy a buscar.

—Sin falta. Capaz llego tarde, pero voy.

—Ah —dije, me había acordado del libro de Arthur Miller—. Te traje un regalo, me olvido de dártelo. ¿Me aguantás que lo bajo?

—Mañana —dijo—. Mañana me lo das.

Se quedó mirándome. Sonreía. Estaba luminoso, amplio, con una energía que no le conocí antes. Me agarró la cara y me besó con fuerza en un cachete, haciendo ruido.

—¡Salí, rompe bolas! —le dije.

—¡Ave César! —gritó, riéndose, y giró.

Lo miré irse. Recuerdo su espalda y el humo del Montecristo encendido, que subía y lo hacía parecer una chimenea ambulante.

En mi habitación, abrí la valija para sacar una remera para dormir, hurgué un poco entre las cosas y encontré el libro de Miller debajo de una pila de calzoncillos. Puteé por no haberlo sacado apenas llegué. Recordé que ese día me habían robado, era difícil pensar en otra cosa. Saqué el libro y lo puse sobre la cómoda, para no olvidármelo. Me acosté. Di varias vueltas en la cama, hasta que me dormí.



VIERNES



Me desperté con gusto a contradicción, como si hubiera tenido una pesadilla que no recordaba y dejó un sabor amargo en la mente. Desayuné y llamé a Alejandro. No respondió. Repasé letra. En una pausa, revisé mails y vi, con alegría, uno del banco, avisando que me habían depositado el pago por venir al festival. A las once y media tuve la última actividad, una mesa redonda llamada «Escribir, dirigir, actuar: los roles en la escena». Íbamos a ser cinco: Osvaldo, Miguel, una directora de un elenco de Tucumán, la astróloga y yo. La astróloga avisó un rato antes que no se sentía bien y faltó. La sala estaba llena, debían ser unas cien personas.

Terminamos y lo invité a Osvaldo a almorzar. Me contó más de su vida, de su hija. Me pareció un tipo noble, de buena madera. A esos los quiero siempre en mi equipo. Iba a irse el sábado, pero había cambiado el pasaje para quedarse un día más y ver mi unipersonal el domingo. Le agradecí el gesto. Volví a llamar a Alejandro, volvió a no responderme. Llamé a Gabriela y tampoco. Más allá de la preocupación, me harté. No necesitaba a Alejandro para ensayar, yo podía definir sobre las luces y el sonido. Fui al Teatro Real y hablé con Germán, el técnico. Decidimos

hacer mi puesta el mismo día temprano, porque no era compleja.

Volví al hotel. Repasé la letra en la cama y dormí siesta. Me levanté y agarré el teléfono. Me habías mandado una foto tuya y de tu hijo comiendo una Alta Salchichen, un pancho que se vendía en un lugar de comida alemana en La Cumbrecita. Decías que en un rato volvías y arreglábamos nuestro encuentro. Te dije que quería ir a ver el espectáculo del noruego, me intrigaba. En realidad, ya sabía que no me iba a gustar. A veces hago eso: ir a ver cosas que sé que voy a odiar, para encabronarme voluntariamente, como quien traga una comida horrible a propósito. Si estoy en la platea y advierto que no tienen intención de relajarme nada, me pongo malo, se me llena la sangre de rabia. Pierdo lo más valioso que tengo: tiempo. Esos cincuenta, sesenta minutos, no vuelven. Y ya sabés que no te van a dejar nada. O sí: bronca, solamente. Y, a mucha gente, la certeza de que no quiere volver a ver una obra en su vida. Me río cuando algunos de los que trabajan en teatro se quejan de la caída de espectadores, tratándolos de idiotas o menos cultos, o se excusan con «se va menos al teatro». ¿No pensaron que ciertos espectáculos son mortalmente aburridos? Hablan de que la mejor publicidad es el «boca a boca», sin recordar que el sistema funciona hacia ambos lados: también transporta información negativa.

Piensen en los efectos multiplicadores de este sistema. Alguien ve una obra y siente que le chuparon la sangre. Otro le pregunta qué tal estuvo, el primero responde: «Qué sé yo, bien». O peor: «La escenografía estaba buena».

Que es una manera de decir, por contraste, que el resto fue una cagada. El primero no tiene ganas de repetir la experiencia de ir al teatro, el segundo no quiere aventurarse después de escuchar semejante comentario y, si por casualidad se cruza con alguien que habla de la obra anterior, va a usar lo que sabe para advertir: «Dice equis que fue y está más o menos». Sumale que, si la entrada sale lo mismo que once meses de un servicio de streaming, producto disponible las veinticuatro horas, siempre subiendo títulos nuevos, donde si veo algo y no me engancho lo puedo dejar y nadie se ofende, ¿qué se creen que la gente va a elegir? Bueno, yo voy a ver cosas que ya sé que no me van a gustar. Para analizar lo que no quiero hacer. Y no digo «hay que hacer», digo «quiero», porque esto no es ciencia, es subjetivo. Y en este caso además iba porque entraba gratis.

Me vestí con camisa y hasta me perfumé, porque después íbamos a vernos. Salí a la calle. Fumando, caminé al Teatro San Martín. En la entrada se agolpaba una buena cantidad de gente, calculé unas setecientas personas. Saludé a algunos conocidos. En la boletería, pedí una entrada de gentileza, las que guardaban para quienes participábamos en el festival. Me preguntaron si había reservado. No, me había olvidado. Me dijeron que no había más localidades. Bárbaro, pensé. Me acerqué al jefe de sala, un señor de unos sesenta años, que tenía un cartelito con el nombre colgado en el bolsillo frontal del saco: Omar. Le expliqué la situación. Dijo que esperase a que entraran todos, que algún lugar me conseguía. Salí a la puerta y fumé otro cigarrillo. Cuando el hall se descomprimió, volví a

entrar. Omar me dijo: «Hay un palco con una persona, vení». Caminamos por el pasillo de la derecha, que se fue torciendo con esa forma de herradura, hasta que llegamos a una puerta con el número tres. Omar abrió, me dio un programa, saqué la billetera y dijo «dejáte de *joooder*», con una tonada que me hizo reír. «Te debo una», dije y entré. Qué buena onda que tienen los cordobeses, volví a pensar.

En el palco, había cuatro sillas distribuidas en dos filas. En la silla de la primera fila a la derecha, contra el balcón, una persona sentada me daba la espalda. Usaba un buzo azul y tenía la capucha puesta.

—Buenas noches —susurré.

La persona no se dio vuelta, ni respondió. Lo mandé al carajo internamente y me senté en una de las sillas de la segunda fila. Entendí por qué no vendían entradas para ese palco: el ángulo desde el que se veía el escenario era pésimo. La persona que me acompañaba debía ser, también, alguien que no había pagado. Me puse a leer el programa. Era una oda a este Santo del Teatro Noruego. Contaba que el espectáculo se había presentado en una veintena de festivales en todo el mundo. Te felicito, vikingo. Miré a la persona delante: tenía la cabeza agachada y miraba su celular. Apagué el mío. La voz de un locutor cordobés, el mismo que presentó la inauguración del festival, dio la bienvenida a la sala y anunció que el espectáculo duraba tres horas y media con intervalo. Pensé en usar una de las sillas vacías para apoyar los pies. O en rajar para verte a vos.

Se levantó el telón y se escucharon exclamaciones. La escenografía, hay que decirlo, era imponente: un castillo que parecía haber sido trasladado piedra por piedra al escenario. Sonó música clásica con aire marcial. Entraron unos veinte hombres, vestidos con armaduras con detalles futurísticos, como Robocops del medioevo. ¿Son los guardias? No sé, a esta gente no le interesa que uno los entienda, les interesa que los admire. Les gusta mostrar sus ideas. Está bien, es su viaje. Los Robocops empezaron a cantar de una manera extraña, hacían un grito medio gutural y terminaron (no sé por qué, insisto) parados en una pierna. Aplausos, porque lo hicieron al unísono. Estaban a punto caramelo para el Mundial de Nado Sincronizado. A los dos minutos de ver movimientos perfectos y sonidos tipo coplas nórdicas, yo no daba más. La persona delante de mí, en el palco, volvió a bajar la cabeza. Los codos se le movían un poco, porque chateaba con el celular. En el escenario, sonaron tambores. Era la llegada de Macbeth. Del aire cayó un actor que no debía tener más de veinte años, con un vestuario que era una mezcla de kimono y pijama.

La Persona Que Chatea me resultaba más interesante. Levantó la mano izquierda y se tocó la oreja; entonces vi apenas, por el reflejo de la luz del escenario, algo de forma redonda en su oído: tenía auriculares inalámbricos. Por eso no respondí mi saludo. Y yo lo había crucificado por irrespetuoso. Creí reconocerlo. Voy a quedarme quieto y esperar, dejaré que me torturen, pensé. Porque lo que siguió en el escenario no quiero ni contarle. Resumiendo,

tuve la sensación de un crecimiento desmesurado en mi nivel de aburrimiento en sangre.

Terminó el primer acto y la gente aplaudió. Pensé que faltaba una barbaridad para el intervalo. La Persona Que Chatea movió la silla hacia atrás y me pisó el pie. Giró, levantó la mano y pidió perdón. Era Camilo. Tenía un gesto de tristeza que me dieron ganas de abrazarlo. Decidí que iba a quitarle el peso que lo abrumaba.

—Terrible embole, ¿no? —dije. No respondió, pero hizo un gesto con la boca, mordiéndose los labios—. Yo me rajo al bar. Si tenés ganas, te invito.

Asintió. No hay dudas, es hijo de su madre: le prometés alcohol y agarra viaje. Me levanté primero, para infundirle coraje. Algunos en la platea nos miraron. La obra siguió. Camilo salió despacio entre las sillas, para no hacer ruido. Abrí la puerta del palco, lo dejé pasar y salí detrás; justo cuando en el escenario entraba Macbeth para empezar el segundo acto, cerré despacito.

Afuera, suspiramos aliviados.

Casualidad o destino, los únicos lugares para sentarnos en el bar del teatro eran las mismas dos banquetas junto a la barra donde, hacía unos días, había conversado con Nicolás, su padre. Lo señalo porque después la atmósfera se enrareció de más. Lo sentí apenas Camilo y yo salimos al hall. Primero pensé que era porque los teatros tienen esa cosa magnética, la sensación de que hay mil ondas silenciosas en el aire, que pueden ser la reverberación de lo que el público sintió o las huellas de los exaltamientos emocionales y mentales exudados por una multitud a lo largo de la historia. O no había nada, no sé. Iba a venir uno de los cachetazos más grandes de mi vida, y mientras tanto me comportaba como un tío macanudo que lleva al sobrino a la cancha, porque quiere hablarle de que ya le van a gustar el tango y las minas. Pero tomar algo con tu hijo era una anomalía demasiado grande, una rajadura profunda en la dimensión que habitábamos, y lo que me esperaba terminaría por derrumbar cualquier intento de normalidad o comprensión.

Nos sentamos. Se acercó el mozo, le pedí un café doble y Camilo un Campari con naranja. Tu hijo me cae bien, Julieta. Me quise hacer el sano y el pibe me enseñó que

no hacía falta. Cambié el café por una copa de malbec. Le pregunté a Camilo por vos. Dijo que pasaron el día en La Cumbrecita, que volvieron y que ibas a venir a ver al noruego, sola. Pero te sonó el teléfono y te fuiste a hablar afuera de la habitación. Cuando volviste, le dijiste a Camilo que ibas a otro lado y él te pidió la entrada. Me pareció raro. No me habías respondido los mensajes para coordinar nuestro encuentro de esa noche.

—¿Por qué hacen obras así? —dijo Camilo.

—¿Vas mucho al teatro?

—De chico —dijo—. Ahora me aburro un poco.

Pensé: más chico cuánto, imberbe. El adjetivo era exacto, porque el pendejo no tenía un solo pelo en la cara. El mozo trajo las bebidas. Camilo metió la mano en el bolsillo y le dije que se la iba a cortar. Saqué la billetera y pagué. Me agradeció.

—Un gusto —dije. Levanté mi copa, brindamos—. ¿Cómo se llama? La chica, digo.

Camilo sonrió. Bebió un trago largo de su vaso enorme, que le tapó la cara.

—Vanina —dijo.

—Uh —dije—. Nombre de mujer que te rompe el corazón, sin dudas.

Camilo se sacó la capucha, que todavía llevaba puesta. Lo miré en detalle. Era una mezcla perfecta de ustedes: tenía la belleza apolínea, la mirada triste y la boca del papá de joven, y tus pómulos y tu mentón. Volví a pensar cómo sería mi vida si hubiera tenido un hijo con vos. ¿Parecido a él? Seguro. Mitad de este ser había sido tu creación.

¿Y si Valentina fuera tuya? Por cierto, ¿habrá ido a mi departamento?

—Soy un boludo para las relaciones —dije—. Pero, si querés, contáme. O chupamos hasta emborracharnos, lo que prefieras.

Camilo volvió a tomar. Lo imaginé con cinco años, vos clavándole el sorbete en un tetra pequeño para que tomara su juguito de manzana. Nicolás llevándolo a ver una obra de teatro infantil. Encontrarme con tu hijo era casi tan fuerte como estar con vos. Camilo era la prueba viviente de que se habían acostado, mínimo, una vez más, aparte de la del sillón. Tenía enfrente la mayor consecuencia de su relación: una personita que antes no existía. ¿Y lo que vos y yo podríamos haber sido y no fuimos? ¿Dónde estaba? Pensé en todo lo que íbamos a vivir. Ese cúmulo de eventos potenciales, ¿deja de existir si no suceden, pero uno igual los piensa hasta el hartazgo? ¿No califica de real una situación que repaso en mi cabeza, hasta el punto de imaginar el botón exacto de la blusa que no hubieras tenido puesta en un invierno que no existió, donde no ibas a amamantar a un bebé nuestro? Y si volviéramos a estar juntos, ¿podría amar como un hijo a este rompetechos? Lo veo tan dulce y creo que sí, sería capaz de defenderlo y apoyarlo.

—No entiendo bien qué pasó —dijo, y saboreó el trago—. Me confesó que se había besado con una amiga. Le dije que la perdonaba y fue peor, no sé, se enojó más. Me pidió tiempo. Nos re gritamos, discutimos. Siempre terminamos peleados.

Me mordí la lengua para no decir «igualita a tu vieja». No hacía falta tirar limón sobre la herida de ese caballero. Sentí que, relatándome su historia, también me curaba yo. Pensé en Nicolás y en vos, que habían fabricado este pibe con el corazoncito roto, relatando su episodio como si estuviera condenado de manera perpetua a la miseria emocional, sin saber que esto se le iba a pasar en unas semanas, apenas conociera a una chica que le gustara y que le diera un centímetro de bola. Me contó que Vanina era alta y morocha y tenía el pelo largo, que era relinda, pero lo que más le gustaba era que se quedaban horas abrazados bajo una higuera del patio del colegio y que por eso se había enamorado. Quería abrazarlo y comprarle más bebidas. Pensé, esta vez sin ironía, que Vanina debía ser parecida a vos.

—Es que nunca quise tanto, ¿entendés? —dijo, rematando el episodio.

—Bueno, eso se queda con vos —dije.

—¿Qué cosa?

—Vos descubriste que podés sentir un amor así. Es tuyo. Le agradecemos a Vanina que lo haya activado. Si se queda, bien. Si se va, no tiene por qué llevárselo.

Bebí de mi copa bajando la mirada, temeroso de que Camilo me mandara a la mierda. Me había puesto muy José Narosky. No se lo iba a decir, él no iba a conocer la referencia. Para mi sorpresa, en su cara amaneció una suerte de esperanza. Le había dicho una verdad que para mí era tonta, no porque no fuera cierta, sino porque yo la conocía desde hacía décadas. Pero él no. Me tengo que

acordar de eso al hablar con mi hija: para ella es la primera vez de casi todo.

—Mamá me dijo una cosa parecida —dijo Camilo—. Igual se enojó con Vanina. Quería ir a hablarle, encima.

—Y sí. Le tocan al nene y la leona salta.

—Mamá habla mucho de vos. Sigue lo que hacés. Dice que eras hinchapelotas y buen actor.

—Hinchapelotas, seguro. Buen actor, no sé.

—Cuando vivíamos juntos no hablaban tanto. Me hablaron más después. Mamá, en especial. Se fueron a la mierda.

—¿Quiénes?

—Ellos. Con lo que te hicieron.

—¿Te contaron?

—No. Una noche se pusieron a discutir y los escuché. En el medio papá dijo que no podía confiar en ella, porque empezó la relación cagando a alguien que quería. Le pregunté a mamá y me contó. Después de eso, vi tu novela.

—Éramos chicos —dije, y sonreí—. Ya pasó.

—Igual. Es una mierda lo que te hicieron.

El pibe me consolaba. Pensé que era más adulto que todos nosotros. No quise entrar en detalle sobre lo que le habías contado del episodio del sillón, planeaba preguntarte más tarde. Le iba a consultar a Camilo si sabía dónde estabas y no quise meterlo en el medio. Le propuse comer. Dijo que no, pero aceptaba otro trago. Llamamos al mozo. Recién entonces encendí el teléfono. Tenía doce llamadas perdidas de Gabriela, la ex de Alejandro. Sentí miedo y un agujero negro de angustia, un vacío en el centro del pecho

que me chupaba la energía. Le pedí perdón a Camilo y fui a un costado del bar. Iba a marcar el número, pero llamó Gabriela otra vez. Atendí.

—¿Qué pasó? —pregunté. Le escuchaba la respiración, entrecortada y profunda.

—Alejandro —dijo, y se contuvo. Antes de volver a romper en llanto alcanzó a decir las dos palabras que había intuido cuando vi las doce llamadas perdidas, las dos palabras que me congelaron el mundo—: Se mató.

SÁBADO



Diez meses más tarde voy a volver a Córdoba, para acompañar una película que se va a estrenar en otro festival, esta vez de cine. En ese viaje, voy a hacer muchas cosas: voy a visitar la Iglesia del Sagrado Corazón y su mirador, donde voy a tener una vista magnífica de la ciudad; voy a comer alfajores cordobeses, algunos buenísimos y otros medio pelo; voy a hacer trekking en la reserva de La Quebrada, en Río Ceballos, donde voy a llegar, atravesando piedras y aguas claras, hasta una cascada digna de *La laguna azul*; a la vuelta me voy a perder y unos lugareños que tocan la guitarra sobre una piedra me van a indicar el sendero de regreso, para que logre salir un rato antes de que caiga el sol; un viejo alumno de teatro me va a invitar a dar una charla en una librería que tiene en La Calera, un pueblito divino a veinte kilómetros de Córdoba; al terminar una mujer rubia me va a preguntar si quiero tomar un café en la casa, un día en que su marido y sus hijos están en Bariloche, visitando a los padres de él, y yo voy a dormir con ella.

Pero lo primero que voy a hacer, incluso antes de la presentación de la película, va a ser ir a almorzar a la casa de Gabriela. Vamos a abrazarnos y a llorar, porque

el reencuentro nos va a despertar la angustia guardada. Después ella va a preguntar si quiero una tarta de verdura y yo voy a decir que me encanta. Voy a contarle que Valentina hizo el ingreso al conservatorio, la bocharon y va a intentar el año que viene. Salió al padre, va a decir ella, y me va a preguntar qué sé de vos y de Nicolás. Le voy a preguntar cómo andan los viejos de Alejandro y me va a decir que están tristes. En más de un momento de la charla, vamos a hacer silencios largos, que van a ser nuestra manera de decir que la vida sigue. Que nuestras vidas siguen. Antes de despedirnos, me va a dar una carpeta transparente de tapa roja, con elástico, llena de papeles que Alejandro catalogó de «ideas dignas» y que, según Gabriela, él recolectó para hacer una nueva obra juntos.

En ese viaje, también voy a volver al parapeto donde Alejandro, la última noche de su vida, contó pedazos de la obra que ya no iba a escribir. Porque voy a aprovechar la estadía para repasar sus últimas horas y voy a hablar con gente que no me conoce ni va a entender por qué le pregunto si recuerda a un hombre medio gordito, con barba tipo mosquetero, que hace un año más o menos anduvo por esta zona. «Usted que era el portero del edificio, ¿no vio nada extraño?». Voy a ir al psiquiátrico donde mi amigo se mató y, aprovechando mi condición de cuasi famoso, voy a hablar con enfermeros y doctores; voy a ser un detective ávido de encontrar la verdad. Voy a tratar de entender su suicidio como si fuera un asesinato, y voy a fracasar, porque Alejandro no dejó (o al menos no encontré) ninguna pista para armar un croquis lógico, una secuencia

de acciones cuya relación de causa y efecto me aliviara un poco el dolor. Tuve la ilusión de que, si comprendía, iba a sentirme mejor. Pero no fue así. No lo es.

Estaba con tu hijo en el bar del Teatro San Martín. Ahí lo supe. «Se mató», dijo Gabriela. Cada tanto recuerdo la frase, más bien el tono, que me hizo explotar la cabeza, fue una bala entrando en mi cerebro. No existe entrenamiento para mitigar un impacto semejante. Había perdido a mi padre y a mi madre, conocía esa sensación al recibir la noticia, una ráfaga de tristeza que te inunda los órganos y un vértigo en la quietud, como si una mano invisible nos hubiera agarrado de los pies para ponernos boca abajo. La mente lógica llega un segundo más tarde y ya no puede frenar la descarga química, de nada sirve que la cabeza grite preguntas que no tendrán respuesta (¿por qué lo hizo?, ¿cómo fue?) o repita los conceptos que adquirimos en ficciones y situaciones similares («ya descansa», «está con Dios», «fue a encontrarse con los suyos»). Te confieso algo: cuando Gabriela soltó la bomba, me acordé de Alejandro sobre el parapeto, vociferando ideas para la obra, y no me pareció tan sorprendente su decisión. Es decir, no llegaba —nunca llegaré— a comprenderla. Pero tampoco me extrañó. Tenía su lógica narrativa interna, como decía Alejandro.

«Se mató», dijo Gabriela. «Cómo fue», iba a preguntar, pero ella se adelantó y dijo: «Lo encontraron en la clínica». Le pregunté qué necesitaba. Me preguntó si podía ir a la morgue judicial. «Claro», dije. Antes te llamé. Llorabas, ya te habías enterado. Dijiste que ibas a acostarte y que nos

veíamos en el velorio. Le dije a Camilo que me encantaría seguir conversando con él otro día, pagué y salí. «Se colgó», me dijo Gabriela un rato después, abrazándome fuerte. Habían traído el cuerpo de la clínica a la morgue judicial, tenía que pasar por ahí para constatar que no había sido un asesinato o una muerte dudosa. Junto a Aníbal, compañero de trabajo de Alejandro, acompañamos a Gabriela a hacer los trámites. Tener contactos en la esfera política aceleró el proceso. Gabriela dijo que lo iba a velar al otro día, a cajón cerrado. Le pregunté si podía verlo. Me dijo que por ella sí, dependía de la morgue.

«Quiero verlo», le dije a un hombre vestido con uniforme de médico, que rengueaba y hacía clac al apoyar el pie con el zapato ortopédico. Explicó que no solían permitir ver al óbito (sueño con esa palabra: tiene forma, relieve), pero que podía hacer una excepción. Me llevó por un pasillo hasta una puerta enorme, gruesa: la cámara frigorífica. Abrió. Entramos. Había camillas vacías, apiladas contra una pared. Parecían carritos chocadores abandonados. En otra camilla, más al costado, estaba el cuerpo de Alejandro, tapado con un plástico de color verde claro y sucio, tipo cortina de baño usada y con moho. El hombre levantó la cortina y dejó al descubierto la mitad superior de Alejandro. Salí y me dejó solo. Dejó la puerta entornada.

Miré a mi amigo. Ale, Alejandro querido, loco lindo hermano, con los ojos semi abiertos como en una siesta profunda, la boca medio torcida, los bigotitos y la chiva congelados, la cara de un color amarillo de plástico barato, el cuello grueso, más grueso por estar acostado, cuello

gordito y tierno y pellizcable, ahora azul y con la marca del ahorcamiento. Esperé que el pecho se levantara, que los ojos se movieran, algún signo que indicara que él seguía ahí. Me asomé y le pregunté al hombre si yo podía cerrarle los ojos al cuerpo. Asintió. Entró. Sacó un par de guantes de látex de una caja y me los pasó. Me los puse. Me paré detrás de eso que había sido Alejandro, apoyé mis dedos anulares en los párpados: estaban duros. Hice una presión leve, bajé los párpados y los ojos dejaron de verse. Los solté y el párpado izquierdo volvió hacia arriba. Tuve que forzarlo para que cierre. Me saqué los guantes, los tiré en el tacho de basura y salí. En el pasillo, quise darle dos mil pesos al hombre. Los rechazó. Insistí. Los agarró.

La casa de sepelios se llevó el cuerpo al rato. Mientras esperábamos, Gabriela me contó algunas cosas:

—Hoy a la mañana Alejandro vino a casa mal. Me mostró una carta suicida y me pidió que lo internara. Lo llevé a una clínica. No quisieron ingresarlo. Hablé con un amigo de la Secretaría, que se comunicó con la clínica y lo tomaron.

Quise preguntarle a Gabriela por qué no me avisó, pero no era momento de reclamarle. Ella me ganó de mano otra vez y dijo que primero quería ocuparse de la internación y después de contarles a los más cercanos. Un rato más tarde, después del cambio de guardia, Alejandro se ahorcó.

Aníbal vino a decirnos que estaba todo listo y que, si ella quería, llevaba a Gabriela a la casa. Ella aceptó y nos despedimos hasta el otro día. Íbamos a tener un velorio corto y después el entierro.

En el siguiente viaje a Córdoba, Gabriela va a aportarme datos que van a completar la película. Alejandro era hipocondríaco. En un momento le empezó a doler el estómago. Fue al doctor y le dijo que tenía cáncer. Le hicieron los estudios y no tenía nada. A la semana volvió, diciendo que era una infección. Así estuvo años. Lo que parecía simpatía, era pura esquizofrenia, que empeoró por no seguir los tratamientos, sumado a la adicción a los medicamentos y al alcohol. En retrospectiva, una parte de mí quiere creer que armó todo para vernos antes de irse. Si lo pensás, no es tan delirante: nos convocó a los tres, a cada uno con su espectáculo. Me llevó al museo donde vos y yo nos reencontramos. No puedo dejar de pensar que poseía eso que declaraba no tener: método en su locura.

En una llamada telefónica, Gabriela va a decirme que hablaba de nosotros seguido, recordando una época de oro de su vida. Vida que terminó un rato después de entrar a la habitación veinticuatro del Instituto Neuropsiquiátrico Villegas, con una antigua valija de cuero que era del abuelo y que alguna vez llevó al conservatorio para usar de utilería en una escena. Gabriela me va a decir que lo dejó y estaba bien. Tranquilo. Nunca se habría imaginado que era la tranquilidad del final, que Alejandro había decidido que el sufrimiento que lo carcomía se iba a apagar pronto. Porque esa misma noche, con una pericia magistral, ejecutó el acto. Un enfermero se asomó a las once y cinco y vio la cama vacía y deshecha y la puerta del baño cerrada, con un trozo de tela asomando por arriba. El enfermero (que se llamaba Lucas, lo voy a conocer y me va a contar esto)

golpeó la puerta y no hubo respuesta. Miró hacia abajo y vio agua en el suelo. Bajó el picaporte, trató de abrir y no pudo. Empujó con fuerza y apretó un bulto. Era mi amigo, colgado del lado de adentro.

Cuando queríamos montar una obra y teníamos muchas ganas y poca guita, hacíamos lo necesario para sacar el proyecto adelante. El acto final de la vida de Alejandro tuvo algo de ese ímpetu: lo hizo con lo que tenía a mano. Ingresó y se puso a buscar patrones. Entendió que vendrían cada media hora a chequear cómo estaba. Pasó el enfermero de las diez y media. Sacó la sábana de la cama, fue al baño y la mojó en la pileta, para darle firmeza. Lo imagino escurriendo la tela, el excedente de agua derramándose hasta lograr la consistencia justa. La anudó para darle forma circular. Abrió la puerta del baño, colgó un extremo de la sábana contra la esquina pegada al marco y cerró para trabarla. Se puso el otro extremo en el cuello y con su mismo peso, se dejó caer. Siempre tuvo los pies en el suelo. ¿Cuándo se le ocurrió semejante forma de matarse? ¿Al entrar en la habitación? ¿Había estado practicando? Es posible. En mi hambre de comprender, devoré materiales sobre el suicidio, leí papers, entré en foros, consulté a especialistas y me detuve el día que un amigo psicólogo me dijo: «Dani, si tomaron la decisión, van a encontrar los medios». Si no fuera porque usó su talento para matarse, diría que es admirable. Porque el hijo de puta no iba a cerrar la obra con una imagen cliché, esa de subirse a una silla, ponerse en el cuello una soga peluda atada con nudo marinero, patear la silla y temblequear en el aire, hasta

que se acabaran los espasmos y el cuerpo quedara balanceándose. No. El genio metió el cuello en el lazo casero y bajó despacito, con los pies resbalando, al estilo de un gag físico, digno del mejor clown.

El enfermero me va a contar un detalle: la lamparita del baño no estaba encendida. Alejandro tenía el interruptor a la mano, así que hizo un gesto pequeño, el más impresionante de toda la secuencia: apagó la luz antes de dejarse ir. Como si precisara tener la oscuridad a la mano para fundirse con ella. Me lo imaginé observando el negro total, o un reflejo de las luces del pasillo pegando en los azulejos celestes. Sus pies bajan, la tensión crece y hay un temblor en los músculos. Es el cuerpo queriendo escapar de la decisión que el alma ya tomó por él.

Pero no hubo tal baile de la muerte. Esa misma noche apareció el comisario en la morgue y, después de decir que lo lamentaba y antes de avisarme que seguían buscando mi auto, me contó que el forense aseguró que Alejandro no sufrió: con la presión ejercida sobre su cuello, la falta de oxígeno lo dejó inconsciente enseguida. Y ya no se despertó. Mi amigo, que pasó años buscando un orden que nunca pudo encontrar, había consumado el número de salirse de la vida de manera impecable.

El velorio fue de ocho a diez de la mañana. El asistente del gobernador pasó a dejar una corona. Dijo que no tenía problema con que cancelara mi función. Le agradecí y rechacé el ofrecimiento. Suspendieron esa jornada del festival y decretaron duelo. Vos llegaste con la cara hinchada, habías llorado toda la noche. Vinieron Osvaldo y Miguel, con ese gesto se ganaron mi corazón. Nicolás hizo una escena patética: entró a la sala velatoria y pegó un grito desgarrador, como una madre italiana que ha perdido a su único hijo en el frente de batalla, y se tiró arriba del cajón. Fue exagerado e innecesario. No soy psicólogo, pero me huelo que su nivel de narcisismo es patológico. Vino con Lorena, que lo ayudó a sentarse y le sirvió agua. Yo entré a la sala mortuoria una vez, para ver el cajón cerrado. Mejor. Tomé café hirviendo. Fui a la vereda. El día estaba hermoso, radiante. Encendí un cigarrillo. Te acercaste.

—¿Cómo está Camilo? —pregunté.

—No entiende nada. No lo conoció a Ale. Mejor. En un rato se toma el micro y vuelve solo. No quiere irse con el padre.

Pensé que tenía que contarle lo de Alejandro a Valen. Mi nena se iba a poner triste.

—Me contó Camilo que le invitaste un trago —dijiste—. Gracias.

—Siempre listo para rescatar a alguien aburrido.

Gabriela se acercó, dijo que Alejandro hablaba mucho de nosotros. «Los cuatro éramos unidos», dije. «No, Daniel: de ustedes dos juntos», aclaró Gabriela. «Eran su pareja favorita». Gabriela preguntó si había sido un error haberlo llevado al psiquiátrico y lloró fuerte. Entendí que se culpaba. Yo también lo hacía. Una de las peores cosas con las que tendré que lidiar, Julieta, es esta emoción de mierda. El carbón que se enciende en mi cabeza al echarme una cuota de la responsabilidad por el suicidio de Alejandro. Si cuando lo hizo pareció obvio, ¿cómo no lo vi venir? ¿Me mostró signos que hubieran servido para evitar su muerte? Son preguntas que seguiré haciéndome, aunque me digan que Alejandro iba a llevarlo a cabo como sea. La cabeza no entiende por el hecho de estar informada. Lo que nos duele es pillo. Sabe morder. No importa si le mostrás un estudio realizado por la universidad más prestigiosa, con los mejores motivos racionales para que se esfume. El dolor va a quedarse de pie, como un centinela de la desgracia, para recordarnos lo único que no podemos hacer: cambiar el pasado.

Los empleados de la casa velatoria cargaron el cajón en el coche fúnebre. La mayoría de la gente se fue. Unas quince personas nos distribuimos en varios autos para ir al cementerio de San Jerónimo. Vos y yo subimos a la parte de atrás del auto de Osvaldo, que iba manejando. Lo acompañaba Miguel, en el otro asiento. Fue un viaje de cinco

minutos. En la entrada del cementerio, bajamos y volvimos a juntarnos. «Le conseguí un lindo nicho», le dijo a Gabriela un compañero de trabajo, y casi me quiebro, porque lo dijo con un poco de alegría, como si Alejandro fuera a estar más cómodo. Del cementerio salió un cura, se acercó a Gabriela y se ofreció para decir unas palabras. Ella dijo que no, y estuvo bien. Alejandro habría resucitado de la indignación, no toleraba a la gente con sotana. Un primo de Alejandro le dijo que hablara ella. Gabriela murmuró algo sobre despedirlo y dejarlo ir. No recuerdo las palabras exactas. Ahí empecé a llorar. Despacito, con un hipo medio arrítmico y solapado. Me agarraste fuerte la mano. Ahora el chico era yo. ¿Y mi amiguito? ¿En serio está adentro de esa caja y no va a venir a jugar más conmigo? Nah, mentira. La muerte de los que amo me pone en un estado de infantilismo descomunal. Aunque se haya ido hace décadas, advierto en mí, intacta y reluciente, las ganas de que mi mami me sirva la merienda, encienda la tele que tiene mala señal y ponga *Los pitufos*. Estoy sentado en una silla del living y mis pies que no llegan al suelo se balancean, ella plancha y huelo el vapor mezclado con el apresto para humedecer la ropa, y dice «tomá, mi amor» y me da el Nesquik en mi taza de plástico con manija y un paquete de vainillas Capri, y suena el teléfono y corro a atender el aparato, que tiene un cable que parece un fideo de rulitos y es a disco, con un círculo de acrílico en el centro, en el papelito debajo está el logo de la empresa y nuestro número escrito a mano, para que no lo olvidemos, y del otro lado del tubo escucho a papá que me pregunta

si quiero una sorpresita para comer de postre a la noche y sé que va a traer un chocolate Biznikke, y esto se repitió muchas veces que son infinitas en mí, porque las recuerdo una y otra vez.

Gabriela terminó de hablar, su hermana la abrazó. Alguien aplaudió y lo seguimos todos. Después de unos segundos, volvió el silencio.

—Seis caballeros para llevar el cajón, por favor —dijo el de la cochería.

Gabriela me miró y asintió. Me acerqué al ataúd y tomé una de las manijas; otra la agarró Nicolás y las cuatro restantes familiares y amigos que no conocíamos. Sacamos el cuerpo del coche y entramos al cementerio. Caminamos bajo el sol, el cielo estaba limpio, sin una sola nube. Vos ibas a mi lado. ¿En serio Alejandro había reparado tanto en nuestra relación? Él hubiera querido un amor así. O un amor, al menos. Lo tuvo con Gabriela, pero su locura no lo dejó disfrutar.

Caminamos unos doscientos metros hasta un sector con nichos al aire libre. Tenía seis niveles. Seis cajoneras de muertos, pensé. En el más alto, vi un nicho abierto y vacío. Debajo de ese hueco, había una escalera con ruedas en la base, como las que se usan para subir a los aviones, pero más corta. En algún momento fue blanca, estaba picada con óxido. La custodiaban dos sepultureros con la ropa roída y cara de anestesiados. Sospecho que es una actitud necesaria para ese trabajo: desensibilizarse frente a tanto dolor, aunque sea ajeno, para que no te destruya. Operaron con la eficacia de quienes han hecho una acción

mecánica cientos de veces: se pusieron a los costados del cajón, nos relevaron y agarraron dos manijas cada uno. El más grandote puso sus manos gigantes bajo la cabecera del ataúd y subió de espaldas la escalera, el otro empujaba desde abajo. Llegaron al descanso, el de arriba apoyó el ataúd en el hueco del nicho y el otro empujó adentro, hasta el fondo, con la naturalidad de quien guarda un objeto en el estante correspondiente. El de arriba sacó del hueco una tapa de mármol, la colocó y le dio dos golpes con el puño, para dejarla encastrada.

La lápida no tenía inscripción. «Se me pasó», me va a explicar Gabi más tarde. Una amiga de Alejandro tiró una flor que cayó en la escalera. «Chau, Ale», dijeron varios. Se escucharon hipos y llantos. Los sepultureros bajaron y dijeron que lo sentían mucho. Vos apoyaste tu cara en mi hombro. Te abracé. Decidí que otro día iba a volver acá, a tratar de entender. Ahora tocaba llorarlo y sentir cómo me apretabas la espalda con una mano y con la otra no, porque en esa tenías un pañuelo de papel deshecho, y cómo te contraías en un llanto profundo. La gente empezó a irse. Nicolás se acercó, nos abrazamos los tres y nos quedamos así unos segundos. Lorena tenía mala cara, la escena no le gustó nada. Que la chupe, pensé. Nicolás dijo que se quedaba para ver mi espectáculo, le dije que me alegraba. Dio la vuelta y salió con Lorena. Nos saludaron Osvaldo y Nicolás. Gabriela agradeció y se fue con alguien que la llevaba a la casa. Nosotros nos quedamos quietos. Te besé en la mejilla y nos abrazamos fuerte.

—Te quiero —dije.

—Yo también —dijiste—, pero sacame de acá, por favor. —Me diste la mano. Nos dimos vuelta y caminamos hacia la salida—. Ay, pobrecito.

Pensé que hablabas de Alejandro. No, mirabas un nicho con un toldito de plástico celeste y el escudo de Belgrano de Córdoba. La tapa era transparente y adentro estaba decorado tipo altar. Tenía la foto de un chico de unos veinte años, muerto en un accidente de tránsito. Me impresionó que lo habían llenado de cosas que lo representaban: una botella en miniatura de Coca Cola y otra de fernet, un muñeco de Ben 10, una carta de la hermanita y una foto con amigos.

Caminamos despacio, como paseando. Llegamos a una zona de nichos privados adentro de pequeños edificios. Algunos eran de gremios. Más adelante, empezaron los mausoleos. El cementerio parecía una mini ciudad, tenía calles con nombres y los mausoleos eran gigantes. ¿A qué se debe este simulacro de country? ¿Será por las ganas de imaginar que los muertos siguen entre nosotros? Decimos que estas cosas son «para sus almas», para que «descansen en paz». Mentira: los ritos de la muerte son todos para los que nos quedamos. A los mausoleos faltaría ponerles un timbre, para acompañar la ilusión de que están habitados por seres vivos. Me daban ganas de aplaudir, para ver si salía alguien de adentro. Leíamos las chapas con frases. «Te vamos a extrañar por siempre», «Tu recuerdo vive con nosotros». Muchos de los mausoleos tenían fotos. Frenamos ante uno enorme, con la estatua de un ángel a tamaño real. Parecía una casa de fin de semana.

—Mamita, qué caripelas —dijiste, ante las imágenes de los dos «habitantes».

Eran un matrimonio, tenían ese aire de angustia que se percibe en muchas fotos antiguas. Él estaba en la cripta desde 1968. ¿Hace falta guardar un cuerpo tanto tiempo? No, falta no hace. Pero el que tiene guita hace lo que quiere. Por ejemplo, se compra un monoambiente en un cementerio y «vive» acá para siempre. Te paraste ante la foto de la mujer. Tenía unos sesenta y pico, cara de villana de película infantil. Leí en voz alta:

—«Claudia, abnegada madre, fiel esposa, ¡siempre contigo! Tu esposo e hijos».

—Lo de fiel te lo creo, pero ¿abnegada? —dijiste—. Esta se los comió crudos a todos.

Nos reímos. El humor venía a rescatarnos. Te frenaste ante otro mausoleo:

—Juan A. Scroti. Parece una empresa de mudanzas —dijiste.

—Familia Cava —dije, leyendo—. Acá guardan vinos, seguro.

Estallamos de risa. Buscamos más apellidos para jugar. Lazzaro, estos resucitan. Pedro Rulo, una muerte en la peluquería. Rodolfo Nieto, lo mató la abuela. Escuchamos ruidos. Por una de las calles, apareció un hombre de unos sesenta años con una gorra. Tenía la piel curtida por el sol y cargaba una carretilla que adentro tenía varias palas. Al pasar junto a nosotros, saludó con una inclinación de cabeza. Le pregunté si había baño. Sin dejar de caminar, me señaló un edificio a unos cien metros y dijo «ahí». Le

agradecí. Fuimos hacia el sector. La risa de los chistes se evaporaba y volvíamos a entrar en la angustia. En un edificio, vimos un cartel con las imágenes clásicas de baños de hombre y mujer. Entramos en un pasillo húmedo y llegamos a una puerta roja, de chapa. Estaba cerrada con candado. Volvimos, caminamos a la salida.

—No hay un bar cerca ni de casualidad —dije.

—Y si hay no te prestan el baño, supongo —dijiste.

—En nuestra época lo prestaban todos, ¿te acordás?

—Obvio. A mí me salvó muchas veces. Soy re meona.

—Frenaste, miraste alrededor. No lo va a decir, pensé. Lo dijiste—: Y hacé acá.

—Estás loca.

—¿Quién te va a decir algo? ¿Los muertos?

Miré a los costados. Me metí entre dos mausoleos.

—Cubríme —dije.

Me desabroché el cinturón, me bajé el pantalón y empecé a mear contra la pared de un mausoleo. Que Dios me perdone, pero qué alivio. Me mirabas y sonreías.

—Sacame la vista, que me ponés nervioso —dije.

—¿Qué pasa, papucho? ¿Te da vergüencita?

—Me la mirás porque te gusta, eh.

—Para lo que sirve —dijiste—. Ya está muerta esa.

Aprovechemos que estamos en un cementerio, consigo una cajita de fósforos y la enterramos, ¿querés?

—Sos una hija de puta —dije, riéndome.

—Dale, que viene el de las palas.

—No me jodas, que no puedo mear.

—¡No te jodo, boludo!

Escuché el traqueteo. Apuré el pis, me subí el pantalón y te abracé, simulando un llanto. El de la carretilla pasó sin darse cuenta de nada.

—¿Me acariciaste con la mano con que te agarraste el pito? —preguntaste.

—Sí. Técnicamente, te cogí la espalda —dije.

Me pegaste en el hombro, riéndote. Salimos del cementerio a la plaza. Me lavé las manos en una canilla vieja que salía del arenero. Compré unas garrapiñadas y un alfajor. Comimos sentados en un banco. Te pregunté si querías que te acompañara. Dijiste que sí, por favor. Caminamos unas cuadras y subimos a un taxi. Le dimos la dirección de tu hotel.

—Alejandro me habló un par de veces de su suicidio —me dijiste arriba del auto—. Pensé que hablaba en chiste. ¿Tendría que haber avisado?

Rompiste en llanto, te abracé. «Quizá lo salvábamos», decías, y yo te besaba el pelo y te decía que no, mi amor, que vos no tenías la culpa de nada. Llegamos al hotel. Pagué el taxi y bajamos. Preguntaste si me podía quedar un rato. «Obvio», dije. Subimos a tu habitación, abriste la puerta y cuando la cerraste nos echamos uno encima del otro.

Por un segundo me entró un ataque de higiene, teníamos el calzado lleno de tierra de cementerio y nuestra ropa cubierta de polvo de muerto, caspa gris hecha con las cenizas de los cremados, porque el horno había estado funcionando cuando metíamos a Alejandro en el nicho. Pero no fue un problema. Era para mejor, porque

nosotros sacándonos la ropa como dos adolescentes calientes se transformaba en un contraataque a tanta muerte. Si me hubieras preguntado qué quería hacer, lo más probable es que te hubiera respondido dormir o ver algo para despejarme. Pero acá se ponía en juego algo más grande: estábamos ejecutando un acto de afirmación de la vida. Ni siquiera tenía que ver con nosotros. Podríamos haber tenido ese sexo salvaje con cualquier persona que nos hubiéramos cruzado, pero qué lindo que fuéramos vos y yo. Nos besamos, nos chupamos, nos succionamos, nos manoseamos y tratamos de hacer todo junto, porque la vida en nosotros quería revalidarse. En las últimas horas habíamos escuchado una docena de frases que eran puertas a la oscuridad («se mató», «reconocer el cuerpo», «le conseguí un nicho»), y todas mis células querían reafirmar su poder. Así que mirá cómo se me para ahora, guacha. Gritá, aunque tus gritos no son porque la tengo enorme: este placer es un certificado de vitalidad. Escuchános bien vos, Dios, naturaleza, fuerza superior o como mierda te llames: nosotros no nos morimos, ni planeamos hacerlo; acá estamos vivitos y culeando, gente viva haciendo vida, que se vayan a la mierda los muertos y esperen allá fumando o lo que puedan hacer, porque mientras estemos de este lado vamos a seguir gritando y haciendo y chupándonos y sobre todo garchando hasta el último segundo de nuestra existencia.

Nos dormimos profundo, más bien nos apagamos, como bestias que han escapado durante horas de sus cazadores. Me despertaron tus ronquidos, de hecho. Eran las cuatro de la tarde. Tenía dos llamadas perdidas de un teléfono desconocido, cuya ubicación decía «Córdoba». Busqué el número en Google: era la comisaría. Llamé, dije quién era y me pasaron con el comisario.

—Tiene suerte, Ahumada —dijo, y te miré desnuda, durmiendo. Pensé que sí, una gran suerte tenía. Más cuando agregó—: Apareció su auto.

Dijo que fuera a la comisaría a firmar unos papeles y cerrar el tema. Me cambié despacio, para no hacer ruido, pero te despertaste. Te propuse que te quedaras durmiendo. Nos veíamos más tarde, si teníamos ganas, porque sospechaba que íbamos a querer descansar. «Podemos descansar juntos», dijiste, y respondí que me encantaría. No sabía bien qué implicaba ir a buscar el auto, cuánto iba a tardar. Dijiste que te avisara y te acomodaste para seguir durmiendo. Te besé el pelo y me acuerdo del perfume, una mezcla de manzana con palta, deliciosa y tan vos. Verde y vital, linda. Eso: linda. A esta altura no tengo decirte que me volvías loco, Julieta. ¿O sí? Igual te lo dije:

—Me volvés loco, Julieta.

Te escuché la risa, leve porque te estabas quedando dormida otra vez. Seguí diciéndote cosas mientras te acariciaba el pelo. Creo que no está de más recordarle al otro que nos gusta, aunque estemos a su lado durante treinta y ocho años. Sobre todo, si estamos a su lado tanto tiempo: hay que hacerlo para que tenga bien claro que no es por inercia o comodidad, sino por elección.

El comisario me recibió en su despacho, donde ya tenía una nueva copa, ganada en «una final durísima». «Qué cagada lo del gordo, todavía no caigo», dijo. Fue el comentario más perfecto sobre la muerte de Alejandro. Le pregunté cómo habían encontrado el auto. Dijo que avisó a los «de arriba» quién era yo, y ellos empezaron una cadena donde un tipo le preguntó a otro que conocía a otro tipo que sabía de unos chorros y apareció. Firmé unos papeles que leí por arriba, básicamente decían que no los acusaba y que éramos mejores amigos. Mandó que me llevaran a buscar el auto en un patrullero. El agente quiso abrirme la puerta del acompañante y no pudo, explicó que estaba trabada desde hacía semanas. Preguntó si me molestaba ir atrás. Le dije que no. Pensé que podía ser divertido, como una investigación para un futuro personaje, porque nunca había estado en un patrullero. Entré, me senté y cerró la puerta. Me sorprendí de lo pequeño que era el espacio adentro. Tuve que levantar las piernas, las rodillas me quedaban casi pegadas al pecho. Claro, si es una especie de jaula, mejor que sea chica, para que la bestia no pueda moverse. Los diez minutos que duró el viaje, el

agente relató al detalle sus gustos futbolísticos, a todo yo le decía «claro», «más vale» o «seguro».

Llegamos a un lugar que tenía cientos de autos, mezcla de garaje y desarmadero. Bajé y el agente se fue. Me acerqué a una garita, donde me atendió un señor de unos cincuenta años, muy flaco, con los pómulos hundidos. Tenía una calvicie incipiente, pero se había dejado crecer el resto del pelo, que se ataba en una cola de caballo. Chupaba un mate chiquitito, de esos de lata con dos asas. «Buen día, amigo», dijo. Le expliqué quién era yo. Movié la bombilla como un joystick y señaló a un costado:

—Allá está lo suyo —dijo.

Vi mi auto. Muy sucio, con las ruedas llenas de barro. ¿Dónde habría estado? Le di unos pesos al señor, en agradecimiento. Abrí el auto y entré. Tenía olor a humedad. Abajo del manubrio, el plástico donde iba la llave de arranque estaba reventado y asomaban los cables. Revisé la guantera, me habían sacado un desodorante que me había regalado Valentina y los anteojos de sol. Salí de la playa de estacionamiento. Te mandé mensaje y no respondiste, imaginé que seguías durmiendo. Dejé el auto en un estacionamiento a una cuadra del hotel. Chequeé dos veces si lo había cerrado bien.

Subí a la habitación y me acosté. En la cama te dejé un mensaje diciéndote que iba a dormir, que habláramos más tarde. Me desperté solo, angustiado, cerca de las nueve de la noche. No me habías respondido, ni habías visto el mensaje. Pedí comida a la habitación, que salió una fortuna. «Disfrutá», me dije. «Justamente, ¿no te pagaron una

fortuna por venir?». Podía comer esa ensalada de camarones y la marquise de chocolate y lo que se me cantara. La verdad es que tenía mucha hambre; sentí que era otro episodio de afirmación de la vida y decidí poner el acelerador. Pedí doble postre (sumé un cheesecake, me quedé con las ganas porque Alejandro se había comido todo el que había en la presentación del festival) y una botella de champán. Mientras esperaba, tomé dos mini vodkas del frigobar. No se podía fumar. Encendí un cigarrillo. Recordé los funerales en Estados Unidos, que se juntan a morfar y chupar. Es buena esa, acá no la hacemos porque somos un país más pobre, supongo. ¿Y los funerales de New Orleans? Inclusive cantan y bailan ¿No son todas maneras de decir: «te recordamos con amor, pero seguimos vivos»? Devoraba mi cena pantagruélica, con un programa de preguntas y respuestas de fondo, y pensé que tenía que cerrar el ciclo. Abrí la computadora y entré al homebanking. Hola, querido dinero. Busqué el CBU de la concesionaria. Aboné lo que debía. Listo. Salí de mi cuenta. Aplaudí. Pedí otro champán, para festejar. Y un vino, de paso. Salud. Había logrado lo que quería: juntar guita y acostarme con vos. ¿Gané? Sin dudas. Ya está, pensé, y agarré más botellitas del frigobar. La mayoría de gin. Había agua tónica también. Los mezclé, claro. Tomé más y te mandé el sexto o séptimo mensaje de audio, diciendo cosas lindas sobre vos, que en serio pensaba y sentía. Te conté que tenía la sospecha de que me estaba agarrando un alto pedo. En el medio de lo que quería que fueran declaraciones de amor, en mi imaginación se disparaba la imagen de Alejandro

estirando el brazo derecho y alargando su índice, como Adán en *La creación* de Miguel Ángel; el dedo se apoya sobre la tecla de la luz, aprieta, y se hace la oscuridad para dejarse caer diez o quince segundos. Alejandro resbalando hacia el culo negro de Dios, un pedo del tiempo, eterno y definitivo porque se lo lleva para siempre. Después, el silencio. Tenía otras versiones. En una, la sábana se desengancha, Alejandro cae de culo al piso y tiene que repetir. ¿Habrás ensayado, gordo querido? Para mí sí. En su cabeza, lo imaginó cientos de veces. Salud, abro la tercera botella. ¿Y ese vino me lo tomé yo? ¿Todo? Sí, estaba espectacular. Vamos con otro.

Pensé que a mi vuelta a Buenos Aires iba a proponerte que te vinieras a vivir conmigo. Quizá esta era nuestra oportunidad adulta. Ya nos habíamos puesto en celo para desafiar la muerte de Alejandro, y yo ahora morfabo como si cortara un ayuno de ocho días y chupaba con la sed del universo en la garganta, quería vivir mi cuerpo y te pensaba y recordaba tu piel a los veinte y en simultáneo aspiraba la palma de mi mano para rescatar tu perfume de hoy, pieles que no eran tan distintas y al mismo tiempo sí, suaves a su manera cada una. Te amo, Julieta, pensé. Te amo. No te mueras nunca y si me muero tengamos otra noche antes, menos funeraria y más vital. Me rescaté un poco y le dejé mensaje a Valentina diciéndole que estaba orgulloso de ella y que hiciera lo que se le antojara en el departamento. Respondió con un emoji de corazón y preguntó si me pasaba algo. Qué piba, le tiro buena onda y ya cree que hay trampa escondida. Igual tiene razón, siempre fui ladino.

Le dije que no me pasaba nada, que estaba bárbaro en una cena y que ella lo pasara bonito y, como el diablo sabe por diablo, pero más por padre, olí que estaba con el pibe en casa y me acordé de que no sabía lo de Alejandro. Contuve el impulso de contarle, porque le iba a arruinar la noche. Ojo, quizá así evitaba que la tocaran. No, chabón, sé generoso: contarle no lo va a cambiar. Alejandro ya está muerto. Para siempre. Y tu hija está viva, como nunca. ¿O coger no es un símbolo de vida? ¿O lo es cuando cogés vos, nada más? Qué piola. Qué vivo. Sí, muy vivo. Vital. Valentina me tiró un «te quiero, papi» y me puse a llorar, porque mi vida era menos vida sin Alejandro, pero a partir de este instante era perfecta, porque yo iba a ser tu novio, Julieta, y con mi hija estábamos de diez. Quiero que la conozcas, se van a llevar bárbaro. Espero que aguante en hacerme abuelo, si no voy a pasar de cuarentón a anciano sin escalas y todavía quiero armar algunos quilombitos. Como el de ese día con vos, qué rosca nos dimos, Julietita mía, y para coronar mi gloria iba a hacer la función y así terminaría este viaje tan hermoso y tan de mierda. Me fui quedando dormido, borracho y vestido sobre la cama. Antes recité, primero en voz alta y después hacia adentro, el texto del unipersonal que mi amigo muerto había escrito conmigo y para mí y, por esa acción, el gordo se merecía el cielo, donde seguramente, mientras fumaba habanos carísimos y me miraba llorar, decía: «Sos patético, Danielito».

## SÉPTIMO DÍA



Me despertó el teléfono de la habitación. Abrí los ojos con esfuerzo y arrastré mi conciencia hacia la vigilia, como quien empuja una bolsa de cemento. Busqué signos de resaca. No tenía dolor de cabeza, nada. Había tomado buen alcohol, que es clave para no estar roto al día siguiente. Eso y litros de agua, para no deshidratarse. En unas horas, cuando me fuera del hotel y tuviera que pagar lo consumido, iba a arrepentirme de mi bacanal, pero al despertar celebré regalarme una borrachera de alta gama.

El teléfono de la habitación paró. Miré la hora en mi celular: diez y treinta y dos de la mañana. Revisé mensajes. Tenía uno de la organización del festival. Esa noche iba a haber una cena de cierre, pero la cancelaron por el duelo. «Sin embargo, queremos agasajar a los artistas que nos han honrado con su presencia —así decía el mensaje, con un tono empresarial que me desquició—, para lo cual haremos un pequeño ágape». Pusieron esa palabra, ¿te acordás? Iba a ser en el primer piso del Teatro Real, antes de mi función. No respondí. Tampoco iba a ir. Prefería concentrarme en repasar y estar tranquilo antes de actuar. Tenía otro mensaje. Tuyo. Pedías perdón por no haberme respondido y preguntabas si iba a ir al «ágape». Te dije que

ni mamado, que lo estaba. Dijiste que vos tampoco y nos veíamos después de la función. Te noté un poquito fría. No esperaba que dijeras «¿cómo estás, amorcito?», pero me tratabas como si lo de la noche anterior no hubiera pasado. Me sorprendió que no dijeras: «Toda la mierda para hoy». Cuando éramos novios me llenabas la cara de besos y me decías eso antes de que yo actuara. No le di importancia, pensé que era yo que estaba con resaca, medio dormido y conmocionado.

El teléfono volvió a sonar y atendí: «Qué pasa», pregunté con mala onda. «Buen día, señor Ahumada, usted solicitó el servicio de despertador a esta hora». «Ah, gracias», dije y corté. Cierito: había pedido que me llamaran para no perderme el desayuno. Me lavé la cara y bajé al comedor. Otro mensaje: Nicolás preguntaba si podía darme su obra antes de que me fuera de Córdoba. «Dale», dije. «En un rato la dejo en el teatro, que vamos a pasear por la zona y a la noche queremos a ver tu unipersonal». «Dale», dije. «¿Te veo antes en el ágape?», preguntó, y pensé que si volvía a leer «ágape» en mi teléfono iba a gritar. Le dije que no, ya me conocía: yo iba a ir temprano al teatro, encerrarme en el camarín, repasar la letra, elongar y preparar la voz.

Decidí comer un buen desayuno para saltarme el almuerzo y llegar con la panza media vacía a la función. Me pasó de tomar meriendas poderosas en días que tengo que actuar a la noche, y que en medio de una escena me dieran ganas de ir al baño. Cosa que igual suele sucederme antes de cualquier función. Porque el pánico escénico no se va, lo que hacemos es gestionarlo mejor. Siempre hay

miedo, con retorcijón de panza. Escuchá este dato, que leí en una revista: el miedo te afloja el vientre porque, al cagar, soltás un olor repelente, y con la baranda el enemigo que te amenaza (mamut, tiranosaurio, ladrón, relación tóxica) no puede seguirte si escapás, porque inhibís el rastro de tu aroma. La naturaleza es la mejor puestista del mundo: todo es bello y también tiene su función. No hay nada inútil. Que no moleste el propio olor a mierda es como expulsar un veneno al que somos inmunes. Perdón, me puse escatológico. Se viene el final de esta crónica y me siento liberado. Contarte lo sucedido desde mi óptica fue más difícil de lo que pensaba. Pero acá estoy. Vamos.

Ese domingo no tuvo nada de extraordinario. Desayuné y repasé el texto. Volví a la habitación y me duché. Me tiré en la cama y me quedé pensando en cosas que me venían dando vueltas en la cabeza. Te iba a proponer, después de mi función, que te vinieras a vivir conmigo. Me imaginé diciéndotelo en la puerta del Teatro Real, abrazados, vos susurrándome al oído «Qué bien que actuás, lindo», y yo diciéndote: «Vení conmigo, Julieta. Ya no tenemos veintipico y ayer Alejandro me recordó una verdad que cada tanto olvido: nos morimos. No quiero que tengamos una larga época de prueba, quiero saltar a la acción». Me gustó mi idea, se me llenó el pecho de calorcito. Otro mensaje en el celu. Era Valentina, se había enterado de la muerte de Alejandro por las redes. Preguntó cómo estaba, una tierna. Le dije que bien, iba a hacer la función para dedicársela a mi amigo. También preguntó por vos, y le dije que quizá te veía por allá.

Mi función era a las siete de la tarde. Dejé de sentirme un famoso de cabotaje en un evento que olía a política y empecé a sentirme orgulloso de cerrar el festival. Salí del hotel a las cinco, caminé esa cuadra chequeando mi nivel de angustia, intentando regularlo, para que no me impidiera pensar. Te dejé un audio que decía más o menos esto: que te quería mucho, que lo de Alejandro era la mierda más grande de mi vida, pero qué feliz estaba de haber venido a Córdoba. Y que nos véíamos después. Iba a entrar al teatro. Me frené y encendí un cigarrillo, mirando la plaza San Martín. Cómo cambió el tema de pucho. ¿Te acordás que antes podíamos fumar adentro de cualquier lugar? Incluso en hospitales. Levanté la vista y disfruté el paisaje. Miré la catedral, pensé que me iba de la ciudad y hubiera sido lindo entrar. Tenía un color anaranjado, el sol le daba de frente. A la noche parecía otro edificio, vestido del blanco furioso con que lo pintan las luces que le pusieron, como si quisieran indicar a los turistas «acá hay un monumento histórico piola, entren». Eran cinco y diez, tenía tiempo. Crucé a la plaza, me acerqué a la catedral. Era un día hermoso, había madres con algodones de azúcar a medio comer en una mano y un hijo quejoso en la otra, parejitas abrazadas, grupos de gente que, con tonadas de otras provincias, se daban las indicaciones para sacarse la foto perfecta delante de la puerta de la catedral. Alguno que otro me miró: sí, soy famoso. Dale, pedime la foto. Descubrí, sentada en uno de los escalones, a una persona que me resultó familiar. Recordé quién era cuando me miró: Lorena, la mujer de Nicolás. Tenía los ojos

llenos de lágrimas. Quién me mandó a cruzar, pensé. Ya no tenía manera de evitar el contacto. Me acerqué, le hice la pregunta más boluda del mundo:

—¿Estás bien?

Me sentí como esos periodistas que entrevistan a una persona que perdió su casa en una inundación y arrancan la nota con un «¿cómo estás?». Qué ganas de darles un cachetazo. Lorena se secó las lágrimas con la mano abierta. Le ofrecí un cigarrillo.

—No fumo, gracias —dijo—. Estoy bien, no pasó nada.

Me quedé callado. Ella miraba la estatua de San Martín y la escultura de letras que dice «AMO CBA». Lorena sacó de su cartera un paquete de pañuelos, agarró uno y se sonó la nariz con un estruendo que debe haber llegado a Calamuchita.

—Felicitaciones —dije—. Te acabás de recibir de trompetista.

Se rio con ganas. Le pregunté si necesitaba ayuda y negó. Yo terminaba mi cigarrillo. Me sentí incómodo.

—Bueno —dije—. Que andes bien.

—Esperá —dijo, abrió su cartera y sacó un sobre grande de papel madera—. Estaba yendo al teatro a dejarte esto. Te lo manda Nicolás.

Lo agarré y lo abrí. Adentro había un texto anillado. No tenía que preguntarlo: era la obra basada en nuestra historia.

—Gracias —dije. Sentí que había una relación entre lo que me daba y su estado—. ¿Qué pasó? ¿Me querés contar?

Lo pongo entre signos de interrogación, pero no sé si tuvo tono de pregunta.

—Me senté a leer la obra —dijo Lorena—. Nico nunca me la mostró.

—¿Tan triste es?

—No. Es hermosa. Muy.

—Bueno, gracias de nuevo, por traérmela —dije—. ¿Venís a la función?

—Puede ser —dijo Lorena. Contuvo el llanto. Yo no me moví.

—¿Se pelearon? —pregunté.

—Algo así —dijo. Suspiró largo—. No imaginé que estar casada era tan difícil.

—¡Bienvenida al club!

—¿Cuánto llevás de matrimonio?

—Me curé. Estoy divorciado.

—Te quiero hacer una pregunta —lo dijo seria, advirtiéndome que podía doler.

—Dale —dije.

—¿Qué tiene Julieta que los pone así?

Me impresionaron varias cosas: el caradurismo de Lorena, el hecho de que había formulado la pregunta en plural, su certeza de que nos producías un efecto innegable.

—¿«Así» cómo? —pregunté.

—No sé. Tarados.

—¿Por qué preguntás?

Levantó los hombros, como diciendo que no importaba, cualquier respuesta que le diera iba a significarle lo mismo. Entendí lo que pasaba entre ella y Nicolás: vos. Y

volví a confirmar que él no era boludo. Elegía bien: Lorena era inteligentísima, había observado todo con lucidez. Pero era chica, ilusa. Y me perdoné por no haber previsto nada en aquella época en que me volvías (¿de nuevo en pasado?) loco a mí. Porque yo también había sido así. No tenía por qué enojarme con el Daniel de hacía veinte años. Evité preguntarle más a Lorena. Imaginé que le había revisado el teléfono a Nicolás y encontró chats con vos, algo por el estilo. Pensé un poco mi respuesta.

—Julieta es una adicción —dije—. Cuando estás con ella, parece que te morís. Y a veces, esa es la única manera de sentirse vivo.

Se quedó mirándome. Asintió con la cabeza, con un movimiento que duró unos segundos. Y pronunció la frase más sabia de toda esta historia.

—Qué boludez, ¿no? —dijo, y aguantó el llanto—. Es como matarte porque tenés muchas ganas de vivir.

Me reí: esa chica me caía bien. Sin segundas intenciones, amoroso y paternal, le dije que si necesitaba algo contara conmigo. Sentí gratitud hacia ella, me estaba recordando lo que me habían hecho sentir Nicolás y vos. Le dije que me tenía que ir a preparar. Me deseó una buena función. Le dije que, si tenía ganas, estaba invitada. Agradeció. Volví al teatro. En la puerta me crucé con algunos de la organización del festival, que me saludaron. Uno o dos pidieron selfis, en las que traté de sonreír. Entré y sentí mucha tristeza. Los días de función, con Alejandro nos juntábamos un rato antes, hablábamos de lo que queríamos ajustar, él se ocupaba de la parte técnica y yo recorría el escenario.

Eso no iba a pasar nunca más. En el hall del Teatro Real hay un mostrador largo, desde ahí un hombre me saludó y dijo que, en el primer piso, entrando por la escalera de la izquierda, «estaban morfando los artistas», y pensé que eso sonaba mejor que el seco y técnico «ágape». Debería haber dicho: «No, gracias, voy al camarín a prepararme». Pero había visto a Lorena y algo me dijo que tenía que cambiar el plan. Ya empezaba a sospechar un posible desenlace.

Subí la escalera. En el primer piso, en una sala en la que entran unas cincuenta personas, había un tablón con comida y bebidas. Hice un saludo general. Eran las cinco y media, pero algunos ya chupaban lindo. Osvaldo me sirvió una copa de vino. Pensé en Lorena, en su cara triste; me acordé de Camilo, contándome que ibas a ir a la función del noruego, pero que te habían llamado y cancelaste. ¿Con quién habías hablado? Me acordé de cómo me habías respondido esa mañana y de que no ibas a venir al (¡ahí va otra vez!) ágape. Entonces le dije a Osvaldo que iba a mojarle los labios con el vino, porque no tomo antes de la función, chocamos las copas y le hice una pregunta inocua, estúpida, social. Innecesaria, casi. Le pregunté si te había visto.

—¡Sí! Julieta estuvo acá, hasta recién —dijo—. Con el muchacho ese, uno alto.

Nicolás, pensé. Y recordé una frase en inglés: «you're pulling my leg». La traducción literal es «estás tirando de mi pierna». El sentido expresivo es parecido a nuestro «me estás jodiendo». Se refiere a que nos están tirando de la pierna, para caer. Pero siempre tuve una teoría personal.

Mi abuela fue espiritista, que es algo así como médium de segunda mano. De chiquito, amaba que ella me contara cosas de mi abuelo, a quien no conocí, porque murió tres años antes de que naciera. Nos sentábamos horas y le hacía preguntas, ella cerraba los ojos, «hablaba» con mi abuelo y «traía» las respuestas. No sé hasta dónde era real, pero decía cosas interesantes y tiraba datos que mi madre después confirmaba. Cuestión que a veces, ante alguna pregunta, respondía: «Basta, el abuelo me tira de la pierna», lo que significaba que no podíamos hablar más de un asunto determinado. Pienso en esa anécdota al escuchar esa expresión en inglés. Y no se opone a lo que dije sobre la astrología y las pseudociencias: creo que es bueno tener una pizca de magia en la vida. Pero es como la sal: hay que usarla en su justa medida, su ausencia aburre y en exceso te destruye. Aclaro porque, cuando Osvaldo dijo que habías estado hasta recién con el muchacho alto, al instante pensé que vos y Nicolás me habían dicho que no iban a venir al (última vez) ágape. Y no te puedo decir que fue Alejandro avisándome, tirándome de la pierna, porque no estoy tan loco. La palabra correcta es intuición. Fue lo que llaman atar cabos sueltos. Más todavía: ver los cabos atados, donde antes no veía nada. Me sorprendió mi estado de lucidez. Quizá la ametralladora de eventos de alto voltaje emocional —la madurez de Valentina, reencontrarnos los cuatro, tomar algo con tu hijo, la muerte de Ale, pasar la noche juntos, recuperar el auto, pagar la deuda, la borrachera, estar por actuar— me hizo estar en otra frecuencia. Porque supe los pasos que iba a dar y anticipé los resultados. Saqué

el teléfono y te pregunté dónde estabas. No respondiste. Tomé un sorbo de vino y le dije a Osvaldo que me iba a preparar. Antes de irme, no supo por qué y se va a enterar si lee esto, lo abracé fuerte. Le dije que había sido un gusto conocerlo y que después de la función me iba corriendo, pero que habláramos pronto para vernos en Mendoza.

Salí de la sala, bajé la escalera y volví al hall. Le pregunté al hombre del mostrador por una mujer de pelo largo y un hombre alto. «Pidieron ver la otra sala, abajo», dijo y señaló la escalera que daba al sótano. Le pregunté si podía verlos, y me dijo que no había drama. Va haber drama, pensé. Bajé y, en los últimos escalones, los escuché. Te juro que sonreí. La entrada a la sala era una puerta negra, metí el dedo en el agujero donde debería haber un pica-  
porte, la abrí despacio y confirmé lo que ya sabía, lo que había visto en mi imaginación antes de verlo en la materia, cuando Lorena me preguntó por qué nos ponías así y Osvaldo me dijo que habían pasado por ahí, e imaginé la danza de los cuerpos y el juego de palabras que terminó en un: «Vamos abajo». Quizá propuesto por vos. O por él, no sé. No importa. Lo que importa es que estabas ahí, veinte años después del sillón, adulta con la pollera levantada (que era otra, no era la de bambula) y cabalgando arriba de Nicolás, él sentado con los pantalones bajos hasta los tobillos y los zapatos puestos, en una silla que debía ser una butaca de ese espacio informal convertido en sala. Puro, salvaje y hermoso sexo de reconciliación.

No sabía si ese encuentro era el primero que tenían en Córdoba. Tuve la sensación de que sí. De que se habían

hablado, chateado, y fueron inflamándose hasta desencadenar en esto. Y pensé tres cosas. La primera, que era una hermosa sala. La segunda, que no te conocía esa pollera. La tercera, que era un boludo por haberme ilusionado, pero no me estabas engañando, no tenía nada que reprocharte. También pensé, como aquella vez, que esto era lógico. Habían sido pareja durante casi dos décadas, tenían un hijo, ¿te sorprende que se tengan ganas y se den? Ni un poco, pensé. Cerré la puerta y subí las escaleras despacio, para no hacer ruido. Había aprendido la lección: no me parecía bien interrumpir un momento tan íntimo, menos teniendo la certeza de que lo disfrutaban.

Mi parte más turra tuvo ganas de cruzar a la plaza y decirle a Lorena que viniera a ver la escena. Pero no tenía sentido: Lorena lo sabía. Tuve la sensación de que lo sospechaba desde que había conocido a Nicolás, pero vivió la relación de esa manera que te comenté al principio, la que no conviene: se hizo la boluda con su percepción. Pensó que podría cambiarlo, que podría reemplazarte en el corazón y la cabeza de Nicolás, y en esos días la realidad le pasó el cheque. Yo subía las escaleras con una liviandad absoluta, porque verlos me había liberado de las ideas de intentar, de invitarte a pasar tiempo juntos. Me enojé conmigo, eso sí. ¿En qué momento creí que habíamos cambiado? O que habías cambiado vos. Le agradecí a Alejandro por habernos invitado.

Llegué al hall. Me metí en la sala por donde entra el público. Germán y otros dos técnicos acomodaban luces. Del escenario bajó un chico de unos treinta años,

tenía una chomba con el logo del festival y del cuello le colgaba una cinta, que remataba en un carnet de la organización. Dijo que se llamaba Marcelo e iba a ser mi asistente. Me guió al camarín, que era amplio, con dos sillones. Dijo que si necesitaba algo se lo pidiera. Le agradecí, se fue, cerré la puerta y puse la traba. Me aflojé y dejé salir la angustia. Lloré sentado, frente al espejo cubierto de lamparitas, pensando que era mejor llorar ahora o se me iba a correr el maquillaje. Lloré sin saber bien por qué. Por Alejandro seguro, por Nicolás que era un forro, por vos que tanto te quise, pero ya no te quiero. O sí te quiero, mentira, sé que quererte no me hace bien y te quiero igual. Lloré por los futuros que imaginé y debía sacrificar en el altar de mi memoria, lloré porque estaba cansado y lloré porque sí. Saqué los restos de llanto, como quien expulsa el último chorrillo de pis. Y encaré la preparación con actitud marcial, porque había decidido que esa iba a ser la última función del unipersonal, e iba a ser la mejor.

Faltaba más de una hora para empezar. Hice unos estiramientos. Me cambié y me maquillé. Marcelo tocaba la puerta cada diez minutos, avisándome cuánto faltaba. Veinte minutos antes de empezar, mandaste un mensaje larguísimo. Pedías perdón por no responder, contabas que te habías estado preparando para vernos y que ya estabas en una butaca cerca del escenario. Me deseabas toda la mierda y decías que me querías. Era un texto relajado. Sospeché que habías acabado un par de veces, por lo menos. No te lo iba a decir. Pero quería tirarles un palito, un poco de veneno, mínimo. Te agradecí el mensaje. Te

dije que te amaba con todo mi corazón y que te fueras a la mierda. Me preguntaste qué pasaba. Respondí: «Al menos hubieran cogido en otro lado, boludos». Llamaste. No atendí. Apagué el teléfono y lo guardé en mi saco. Me puse a hacer estiramientos y ejercicios de vocalización.

Cuando faltaba un minuto, caminé hasta la bambalina junto al escenario. Respiré profundo, largo. Escuché el aviso invitando a silenciar los teléfonos. Desde adentro, vi las luces de la sala apagándose. En la oscuridad casi total, iluminado por una tenue luz azul de apoyo, caminé al centro del escenario. Podía escuchar mis zapatos sobre la madera antigua. Me coloqué en posición. Empezó la música. Respiré profundo mientras se abría el telón, escuché el roce de las arandelas y los antiguos mecanismos de tramoya moviéndose, trabajando para exponerme. ¿Cuántos textos se habrán dicho acá? Lo de «si estas paredes hablaran» es más que válido en los teatros. Pensé en Alejandro. Acá vamos, una última vez. Te quiero, hermano. Empecé a hablar en la oscuridad, sentí el calor de las luces pegándose en la cara.

La función salió muy bien. A mi regreso al camarín, le dije a Marcelo que iba a demorar en cambiarme y que avisara a los que quisieran pasar que ya me había ido, que había salido rápido del teatro, que estaba angustiado porque el autor era mi amigo y ayer había fallecido. Me dijo que no había problema. Le agradecí y él se fue a hacerme ese favor. Me saqué el maquillaje. Me duché y me cambié tranquilo. Miré el teléfono y vi siete llamadas perdidas tuyas. Me mandaste mensaje preguntando si

podíamos hablar. No respondí. Sí respondí a los mensajes del asistente del gobernador y otros saludos protocolares. Me senté en el camarín con el pelo húmedo. Cerré los ojos y respiré. Y me sentí contento. Volvió Marcelo, preguntándome si estaba todo bien. Le pregunté si no había quedado nadie afuera y me dijo que no, que se habían ido hacía rato. Lo saludé y salí del camarín. Un minuto después, en el pasillo, escuché que Marcelo gritaba mi nombre. Giré, vi que trotaba hasta mí.

—Te olvidaste esto —dijo. Tenía un sobre en la mano: la obra de Nicolás.

—Es basura —dije—. Tirálo.

Le agradecí por todo y salí. En la calle, confirmé que no estabas. Nicolás tampoco. Nadie del público. Mejor, no estaba de ánimos para recibir felicitaciones y palmadas, «qué lindo estuvo, che, muy bueno». O los peores, los que sienten que uno los habilitó a la crítica, a la famosa «devolución». «Se cae un poco el segundo acto, acá tendrías que probar otra cosa», comentarios que en general son dichos por aquellos que desean hacer, pero no pasan a la acción. No tienen idea de lo que implica crear y sostener un espectáculo; se relacionan con su ideal y evitan los problemas que trae bajarlo a la realidad. Tienen la cabeza inflada como la de los marcianos de *Marte ataca*, con el conocimiento teórico necesario para decirte «la posta». A tomar por culo, gente.

Pero no me enojé. Al contrario, estaba relajado, como si hubiera fumado un porro del tamaño de mi brazo. Me paré en la puerta del teatro y encendí un cigarrillo. Era

noche cerrada, el aire estaba frío y hermoso. Caminé al hotel. En la habitación, armé la valija y me metí en la cama. Puse el despertador a las seis de la mañana. Me levanté e hice el check out. Subí al auto y anduve hasta el arco en la entrada de la ciudad, paré en la estación de servicio, compré cositas y arranqué la vuelta a Buenos Aires. Unos kilómetros más adelante, a media mañana, me volviste a llamar y yo volví a no atender. Nicolás también. Sonreí al ver su número en la pantalla de teléfono, su falta de vergüenza es admirable. Viajé pensando que me gustaría conocer más a Camilo, porque es un gran chico.

Estoy bien, Julieta. Lo digo porque sé que te importo. Supe que Nicolás se divorció de Lorena. Que volviste con él unos meses y no funcionó. Lo lamento, de verdad. Miro en mi corazón y me dan ganas de que sean felices. No los odio. No me sale. Y no es bondad, es economía de recursos: vivir enclaudado es desgastante, y tengo muchas cosas lindas para hacer. Acabo de volver de Córdoba, del festival de cine que te comenté. El otro día, por fin, vino a comer Valentina con el novio. Uno nuevo. Con el anterior cerró el asunto rápido. Me contó que durmieron juntos en mi departamento, pero no pasó nada. Con este chico lleva cuatro meses, se llama Diego y lo conoció en su clase de teatro. El pibe me cayó de diez y ella está feliz. Yo quiero presentarle pronto a Leticia, mi nueva pareja. Estamos juntos hace cuatro meses y la pasamos bien, que para mí es un montón. ¿Adiviná qué? Es abogada, trabaja de nueve a diecisiete, a la noche vemos series y los fines de semana nos acostamos temprano. Me encanta ella y me encanta lo

que siento. La conocí donde voy a hacer pilates. Sí, hago pilates, no te rías. El resto funciona, anda. Tengo bastantes alumnos y están contentos. Dos actores me ofrecieron dirigirlos en una obra de teatro independiente. Agarré. Tenías razón, me gusta ese rol. A uno de ellos le regalé el libro de Miller. Anoche llamaron para ofrecerme un papel chiquito en una miniserie. Creo que lo voy a hacer, viene bien la plata y tengo ganas de actuar. Lo estoy evaluando. Porque, después del festival, pienso más las cosas.

En la vuelta, a lo largo de la ruta, sentí que reescribía mi futuro, borrando imágenes mentales creadas hacía un rato en Córdoba: vos durmiendo en el asiento del acompañante; vos comiendo asado con la mano, en la parrilla donde nos atendió el mozo con la servilleta sucia; nosotros pasando por la zona del accidente; yo contándote lo que había visto y vos exclamando «qué horror». Un grupo de fotos que se esfumaron, como las de *Volver al futuro* cuando cambian los eventos del pasado. También quería parar en algún puesto en San Pedro para comprar salame y queso. Me imaginé haciéndolo juntos. Y aunque no estabas conmigo, lo hice igual. Porque puedo tener el corazón roto, pero no soy boludo. Incluso levanté dos tarros de dulce de leche casero. Paré a cargar nafta por la zona. Llegué a mi departamento a eso de las cinco de la tarde. Valentina había dejado un chocolate en la mesa del living, con una notita que decía «Gracias, pá». Valentina es mi verdadero tesoro. Deshice la valija, me duché y me acosté temprano. La primera semana llamaste una vez por día. No atendí. Después de un tiempo, no insististe más.

Las ganas de hablarte me surgieron ahora porque recibí varias ofertas para homenajear a Alejandro y ninguna me convenció. Recordé que él quería hacer una novela y pensé que capaz podía escribirla yo. Contar lo sucedido, sin mucha pretensión. Porque recordar es más fácil que inventar. Costó bastante, pero acá está. Tenía razón Alejandro: la narrativa es libre. No tengo que lidiar con las estupideces de un proceso de creación colectiva con gente del teatro. Al comienzo te dije que eran todos una mierda, pero ahora que recordé a muchos en detalle, el porcentaje de rescatables se me hizo mayor al dos por ciento. Lo cual es un montón. Tanto que me restaura la fe en mi oficio, incluso en la humanidad. Sí, muchas personas que hacen teatro son buenas. Alejandro, seguro. Osvaldo y Miguel. Los que organizaron el festival, poniendo el corazón en cada detalle. La viejita dulce que dio sala en el teatro donde hiciste el unipersonal, por ejemplo. Capaz que incluyo a la astróloga, porque me agarraste bueno. A Lorena. A Nicolás y a vos también. Porque no creo que sean dos mierdas: antes que nada, son dos boludos.

Y quiero que te quede claro algo: mis palabras no son motivadas por la generosidad. Te hablo a vos, Julieta, te revelo cosas que —si querés saber— te pueden iluminar mi proceso, pero lo hago por eso que aprendimos juntos en nuestras clases: si el texto es direccionado hacia alguien, siempre funciona mejor. Te lo conté a vos, porque me sirve para escribir y así lograr lo que deseo: sentir que Alejandro está presente en lo que me dejó, y de esa manera soltarlo. Esto es para mí. Que podría tener una sensación parecida

haciendo el unipersonal, pero ya no quiero repetirlo. Cosa que también me ofrecieron y rechacé. Cada tanto recuerdo la última función y vuelvo a confirmar mi decisión. Siento que fue el último capítulo de un camino que Alejandro, consciente o no, digitó para que sucediera todo, inclusive esto que escribo. Y si bien su muerte y el volver a encontrarme con vos fueron eventos que me rasparon el alma, no me cuesta recuperar la cuota de alegría que tuvo el viaje y en especial esa noche, porque aquella función fue una de las mejores de mi vida. Espero que estés de acuerdo, vos la viste. Me gusta saber que esa fue nuestra última noche juntos.

Estás en la platea. Yo actúo y disfruto el sabor de cada palabra, porque las escribió mi amigo. El espectáculo termina. Contengo la emoción para que no me impida hablar claro. Digo mi última línea. Desaparece la música que me acompaña y bajan las luces. Todo está negro. En el silencio, respiro la oscuridad y advierto que se levanta despacio, creciendo como la ola de un tsunami, el aplauso del público. Es para vos también, Alejandro, pienso, y dibujo una sonrisa en mi cara antes de que se enciendan las luces. En las butacas cercanas, distingo personas que tienen los ojos húmedos y sonrín; las veo antes de que las luces que tengo enfrente lleguen al máximo de su potencia y me dejen ciego con su resplandor. Entonces cierro mis ojos, junto las manos y me inclino en una pequeña reverencia, mientras recibo los aplausos.









Esta primera edición  
se terminó de imprimir en Semilla Creativa,  
Ciudad Autónoma de Buenos Aires,  
septiembre de 2023.

## COLECCIÓN LIGERA

Una colección de novelas con tramas ágiles que no alardean sobre lo complicado que es, en definitiva, contar una historia simple. Textos que mantienen el ritmo, que atrapan hasta el final y que muestran, en la secuencia de sus acciones, que en lo cotidiano está siempre la semilla de lo extraordinario.



## AUDIOLIBRO

Podés escuchar esta historia si escaneás este código en cualquier dispositivo.



«Odio a la gente que hace teatro, son todos una mierda», dice en esta novela Daniel, un actor cuarentón en decadencia, que viaja a Córdoba para participar de un festival de teatro.

En esta novela el pasado se entrelaza con el presente, y nos muestra cómo antiguos amantes y compañeros de conservatorio se vuelven a juntar después de veinte años. Allí, los personajes asumen nuevos roles y la historia se reescribe con el peso de los años vividos y las sorpresas que les traerá el encuentro.



Durante 2022, realizamos el Primer Concurso de Narrativa Orsai. *Festival* resultó ganadora del premio de la comunidad.

**Orsai**

